

HQN™

Y, de repente, un beso



Calista Sweet

**Y, de repente,
un beso**

Calista Sweet



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 María Rosario Naranjo
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Y, de repente, un beso, n.º 164 - julio 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-021-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Si te ha gustado este libro...

Capítulo 1

Nunca volví a ser el mismo después de conocer a Marta.

Recuerdo el momento: su cabello desparramado sobre mi pecho, igual que una maraña de miel y coco. Ondulado. Interminable. Como una cascada de olas marinas a punto de fundirse con el horizonte. Cada poro de su piel latiendo al ritmo de su corazón. Excitada, asustada al mismo tiempo. Pero exultante. Con el peso de sus extremidades raídas sobre mi anatomía.

Como caída del cielo. O, para ser exactos, literalmente caída del cielo. Porque de allí es de donde vino aquella tarde. Del mismo modo que un ángel al que le hubieran cortado las alas. Lo que pasa es que Marta sí podía volar, y llegar adonde solo lo hace el pensamiento. Marta es un alma errática y aún no ha nacido quien le ponga coto a su libertad.

Aquella tarde de agosto, cuando cayó sobre mí, eso es precisamente lo que hacía: batir las alas, escapar lejos. Más allá de donde la imaginación alcanza. Un instante bastó para que nuestras miradas se encontraran bajo un cielo plomizo. Sus labios cayeron sobre los míos en una caricia frágil, suave. Tanto que creí haber sido rozado por el viento.

De no haber sido por lo que vino a continuación, me hubiera parecido vivir un sueño. Pero ella me despertó a la realidad, arrebatándome un beso. Lo hizo con autoridad, apremiándome a devolver una respuesta. Su lengua irrumpió en mi boca con una fiereza insospechada. Nadie la había invitado, pero se movió en el interior con la soltura de un huésped habitual. Rebuscó, exploró a placer y, una vez obtuvo lo que quería, se alejó de mí. Prorrumpió en una carcajada digna de una sesión de risoterapia y se fue por donde había venido. Del mismo modo que apareció en mi vida: sin mediar palabra, con prisas. Y dejando una estela de preguntas sin responder.

Más tarde, cuando me hube repuesto del susto, supe que una chica a la que apodaban la Gata había estado a punto de aplastarme. No se hablaba de otra cosa en la feria. Cada quien tenía su versión y, cuanto más se extendía el rumor, mayor era el número de detalles que se concretaban.

Marta era una de esas tías cuya leyenda iba por delante de ella: no

mantenía la misma imagen por más de dos meses, vestía de un modo estrafalario; no frecuentaba los lugares comunes y cambiaba de novio con la misma facilidad con que un político se pone la chaqueta nueva. Una fuerte discusión con el último la había animado a saltar desde la cabina de la noria en movimiento. De no ser porque el propietario había conseguido detener a tiempo la atracción podríamos haber acabado en el hospital. O alojados en el cementerio.

Marta estaba en boca de todos y todos parecían conocer su historia. Pero quedaba todavía mucho que escribir sobre ella: Marta debía tener su propia versión, y yo estaba resuelto a conocerla de primera mano.

Capítulo 2

Durante los siguientes días no me la pude quitar de la cabeza.

Regresé a la feria cada tarde, con la esperanza de cruzármela de nuevo. Ni siquiera me importaba que la posibilidad de soportar por segunda vez el peso de su cuerpo sobre el mío fuese tangible. En cualquier circunstancia, Marta resultaba apetecible, y la perspectiva de volver a tocarla bastaba para animarme a contemplar el cielo como si fuera a caer desde las nubes en cualquier momento.

Igual que un perturbado, me enredé en un peregrinaje irracional por las calles del recinto, anhelando descubrir en cada rostro alguno de los rasgos de Marta. Detectar esa fragancia a coco que desprendía su cabello la tarde en que nos conocimos. Ese olor único, excitante e incomparable.

Me había creado una fantasía en torno a ella y, como un novio celoso, la dibujaba en mi mente entregada por completo a adorarme. Teniendo en cuenta que apenas nos habíamos contemplado durante unos segundos, me extrañaba la nitidez con la que era capaz de reproducir cada uno de los detalles que completaban su fisonomía. En especial, aquella expresión pícara en sus ojos y el brillo que los encendió mientras estallaba en una carcajada sonora que, en lugar de ofender mi vanidad, me convirtió en adicto a sus desplantes.

Al cabo de un millar de vueltas alrededor de la feria comprendí que no la volvería a ver jamás. Allí no, y tampoco en aquel momento. Marta era una ilusión, y como tal se había desvanecido. Se la había tragado la tierra, aunque en mi interior permaneciera intacta e intocable como una diosa.

Ni siquiera quedaba el rastro de su leyenda. En una especie de acuerdo tácito, un pacto de silencio contraído con el único propósito de volverme loco, todos aquellos que aseguraron conocerla la tarde del accidente parecían haberse olvidado de su existencia. El suceso acaecido a los pies de la noria había perdido hasta la categoría de anécdota. Tanto me la negaron que llegué a dudar de que todo hubiera sido un producto de mi imaginación desbocada. Me pellizqué cientos de veces, tratando de encontrar sobre mi piel el camino

que me llevara hasta ella: una pista, el rastro de que Marta pasó por allí de alguna manera. Me estudié los labios, en busca de una señal. Repasé mentalmente cada movimiento, cada gesto.

Pero la huella de Marta permanecía indeleble solo en mi recuerdo, en tanto ella continuaba en paradero desconocido. Asumir esa realidad me pareció más duro que recorrer cada uno de los rincones de la ciudad a la caza de algún indicio. Y eso es lo que habría hecho, de no ser por Nina. Nina ejerció de tabla de salvación en el momento justo. Comenzaba a ahogarme en un océano de desesperación inconmensurable cuando vino a rescatarme. Me devolvió al mundo, recomponiendo mis pedazos. Asumió el control de todo cuanto debería importarme.

Y hubiera sido perfecto que el regreso a mi vida tal como la conocía se concretase. Hubiera sido perfecto, cómodo y fácil. Lo que ocurre es que, a menudo, lo cómodo se convierte en aburrido, lo fácil es difícil de alcanzar y lo perfecto es el marido de lo absurdo.

Capítulo 3

Seis semanas bastaron para recuperar la normalidad.

Había llegado a la conclusión de que alguna especie de locura pasajera se había apoderado de mí. Resulta ridículo, bien pensado, colarse por una chica con la que ni siquiera has intercambiado media palabra. En mi mente se fue desdibujando el episodio de la noria. Incluso los rasgos del rostro de Marta, antes nítidos, se alejaban paulatinamente. El cabello color miel, la nariz apuntando hacia el cielo, los ojos almendrados... Cada detalle se iba oscureciendo con el paso de los días, al tiempo que mi respiración recuperaba su ritmo habitual. Me costaba dibujar su rostro, aunque no conseguía zafarme del desafío de su mirada salvaje. La tenía clavada en el alma como un dardo venenoso que hubiera sido lanzado a conciencia.

Nina hacía cuanto estaba en su mano por devolverme el equilibrio. Proponía planes, trataba de sorprenderme con visitas a exposiciones o salidas nocturnas a los pubs de moda. Pero nada de eso me llenaba ahora. Secretamente, pasaba el tiempo buscando entre los desconocidos algún detalle que me llevara hasta ella. Todo era en vano. Y así, poco a poco y a la fuerza, la fui desterrando.

No sucedió en un momento concreto. De forma paulatina, al ritmo con el que el tiempo todo lo cura, regresé a la que había sido mi vida antes de ella. Sé que puede parecer exagerado. Para alguien que no haya conocido a Marta resultará un disparate lo que estoy narrando. Pensará que soy un paranoico, un obseso. Que no sé nada del mundo, de la vida. Y, no obstante, he presumido siempre de tener un sexto sentido para clasificar a las personas. Regálame una mirada y habré llegado hasta el fondo de tu alma. Soy, como los cirujanos, capaz de traspasar la piel con mi bisturí sensitivo. Por eso no me resultó difícil descubrir en Marta una pasión imposible de experimentar lejos de ella.

Yo quería compartirla, disfrutar de lo que sabía que podía ofrecer. De ahí que me costara resignarme. Pero el tiempo y la constancia de Nina trabajaron en mi beneficio y, cada vez que intentaba evocar a Marta, era otro rostro el

que comenzaba a vislumbrar: el rostro de Nina, la fiel amiga, la eterna compañera de viaje.

Nina había estado en la mayoría de buenos y malos momentos de mi existencia. Éramos amigos desde niños, prácticamente nos habíamos criado juntos. Compartimos juegos, confidencias, triunfos y alguno que otro chasco. Fue ella quien estuvo junto a mí cuando sufrí mi primera decepción amorosa. Conocía a todos mis amigos, había asistido a todas y cada una de las carreras populares en las que había participado. Me animaba; había puesto su hombro decenas de veces para que llorara sobre él. Me había revelado sus más íntimos secretos y guardado los míos en su cofre de cosas valiosas.

Porque Nina era algo más que una amiga. Era todavía más que eso: formaba parte de mi familia, parte de mí. Si me hubiera faltado Nina me habría quedado perdido. Sin rumbo. Desorientado y vacío como si me hubieran amputado un miembro.

Nina era la hermana que yo no tenía y jamás habría pensado en ella como posible candidata a ocupar un puesto amoroso dentro de mi corazón. No podía verla de aquella manera. Solo contemplar la idea me parecía una aberración. Con todo, aquel beso resultó de lo más natural, además de una súbita revelación: la paz que tanto anhelaba estaba allí, prendida de los labios de la incondicional Nina.

Capítulo 4

–Yo digo cincuenta –me desafió, mientras con un dedo ocultaba el pie de foto.

–Ponle algunos más.

–¡Pero no es posible! Nadie puede lucir así de bien pasados los cincuenta.

–Mírame, Nina –di una vuelta sobre mí mismo para ofrecerle una perspectiva completa de mi anatomía–, ¿crees acaso que este cuerpo no mejorará en los próximos veinte años?

–¿Te quedas con cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco? –exigió, después de manifestar su aprobación con un leve chasquido.

–Cincuenta y cinco.

Deslizó el dedo, dejando libre el texto. *George Clooney*, rezaba el pie de foto de la revista, *fabuloso recién cumplidos los cincuenta y cinco*.

–¡Has ganado!

–¿Sorprendida?

Se trataba de un juego que habíamos inventado cuando éramos adolescentes. El que se aproximaba más a la edad real del famoso de turno se ganaba el derecho a escoger película.

–Moriré de aburrimiento si me llevas otra vez a una de esas cintas demoledoras sobre los estragos de la guerra en el mundo.

–¡Qué superficial eres!

–¡No es cierto! –bufó, al tiempo que me arrojaba un zapato que pasó volando junto a mi cabeza.

–Lo has perdido para siempre –bromeé, sujetándolo entre mis dedos con aire amenazador.

Después me lancé hacia ella y acallé sus protestas con un beso. Nina lo recibió feliz, aunque todavía tímida por lo novedoso de nuestra situación. A veces la notaba incómoda ante mis constantes muestras de cariño. Reacia, incluso fría. Como si midiera cada paso que daba en nuestra historia.

Con todo, en apenas dos semanas de besos y caricias Nina me había demostrado un entusiasmo que jamás habría sospechado en ella. Esto hacía

que me quedara a menudo con ganas de más. Estaba ansioso por estar cerca de ella, por tocarla. Y aún deseaba con más intensidad alcanzar la intimidad que todavía no habíamos mantenido: abrazarla hasta la madrugada y despertar con ella entrelazada a mis piernas.

Nina, en cambio, se mostraba prudente. Aseguraba que no había motivo para darse prisa.

—Hemos esperado más de veinte años para llegar hasta aquí y no veo qué hay de malo en tener un poco más de paciencia.

A mí, por el contrario, me parecía haber perdido ya demasiado tiempo. Pero Nina podía ser tozuda como una mula y, cuando estaba segura de tener razón, no había fuerza que la empujara a cambiar de opinión.

Así los días fueron transcurriendo sin que la balanza terminara de inclinarse a mi favor. Si bien con el paso del tiempo Nina ganaba confianza y comenzaba a relajarse. Me ofrecía más, dejaba ver que compartía la necesidad de traspasar esa barrera que todavía nos separaba.

Contrariamente a lo que cabría esperar, aquello comenzó a inquietarme, porque en el fondo no estaba seguro de querer dar ese paso. La quería, me gustaba estar con ella. Incluso había comenzado a sentir algo distinto a la amistad que nos había unido hasta aquel momento. Pero la responsabilidad de llegar más allá en nuestra relación empezaba a pesar como una losa.

Nina era demasiado intuitiva como para no apreciar mi cambio de actitud, pero se mantuvo expectante. La pelota estaba en mi tejado, y era yo quien debía tomar una decisión: era con ella o sin ella, porque Nina no permitiría las medias tintas. En aquel punto, dar un paso atrás supondría destruir todo lo que habíamos construido. De modo que resolví desterrar mis dudas. Poner una venda, estrangular aquella parte de mi cerebro que lo racionalizaba todo. En pos de una vida de amor y tranquilidad con Nina.

Seguramente había motivos más egoístas relacionados con una parte muy básica de mi anatomía; no quise profundizar en los análisis, porque había llegado la noche de marras. Nuestra noche, la que habíamos estado esperando durante semanas.

Nada podría interponerse ya entre nosotros. Un último paso, y Nina y yo sellaríamos nuestra unión para esta vida y la siguiente.

Capítulo 5

Las cosas, sin embargo, no salen siempre del modo en que las proyectamos.

Aquella noche trazamos un plan. Teníamos muchas ganas de estar juntos y un mundo de horas por delante. Quedamos en la entrada del centro comercial. Nos dejamos arrastrar hasta la parte superior del local por la escalera mecánica, decidiendo a quién le tocaba escoger película. Riendo, tocándonos. Rindiéndonos a la euforia como dos adolescentes enfebrecidos. Nina, un peldaño más arriba, bromeaba sobre lo alta que parecía mientras dejaba caer tiernos besos sobre mi cabeza. Estaba radiante: por fin había conseguido derribar todas aquellas barreras que había interpuesto entre nosotros durante los últimos días y se mostraba relajada. Confiaba en mí y, aunque quedaban cuestiones por responder en torno a lo sucedido últimamente, no se mostraba impaciente por poner nombre a las cosas.

Nina era distinta a las demás en este sentido. Cualquiera mujer, después de un paso de este calibre, habría planteado la consabida pregunta. Mas no ella, que estaba por encima de convencionalismos. Sabía cómo disfrutar del momento y sus reservas iniciales habían estado más que justificadas, teniendo en cuenta que nos conocíamos desde hacía demasiado tiempo. Ahora se dejaba llevar por lo que acababa de nacer entre nosotros con naturalidad y alegría. Con ese modo de caminar por la vida, prudente pero seguro a un tiempo, que manifestaba en cada paso.

La cartelera no ofrecía alguna de aquellas propuestas por las que tanto nos divertía discutir: la última de Woody Allen, un par de comedias románticas, una de esas cintas de culto en versión original y un drama social.

—¿Qué tal Woody? —propuso Nina, tratando de mostrar entusiasmo. Aunque ambos éramos conscientes de que la película era lo de menos aquella noche—. He leído la crítica y la ponen muy bien.

Eché un vistazo al folleto informativo. Dos horas y media me parecieron una eternidad.

—Esta noche preferiría una más corta.

Nuestras miradas se encontraron en aquel instante. Y de inmediato a Nina se le encendieron las mejillas.

—¿Por qué no una comedia ligerita? —contraataqué, antes de que el rubor se extendiera al resto de su rostro—. Antes te gustaban.

—¡Claro! Me parece una buena opción para un día como hoy.

Especial. Nuestro, murmuré para mis adentros. *El día en que nuestras almas se confundirían con nuestros cuerpos*.

La tomé del brazo y la conduje hacia las taquillas. Tenía prisa por adquirir las entradas, acceder a la sala y sentarme a ver cómo terminaba la película. Todo el proceso se me antojaba un trámite: quería estimular el paso del tiempo, apremiarlo para llegar hasta el punto en que la última barrera que nos separaba desaparecería. Soñaba con sentarnos en la oscuridad, rodearla con el brazo y tocarla en la clandestinidad. Me sentía mucho más joven y ardoroso. Como cuando en el instituto invitaba a alguna chica al cine con el propósito de meterle mano. Me emocionaba aquel primer encuentro, la intimidad que se crearía una vez lo culmináramos.

Nina, en cambio, comenzaba a mostrarse extrañamente inquieta. Noté que había perdido algo del terreno recuperado en los últimos días. ¡Era tan sensible...! Cualquier detalle podría haber hecho mella en su resolución. Me pregunté si algo en mi comportamiento la había puesto en guardia: ¿habría dicho algo incorrecto? ¿Se estaría arrepintiendo de dar el paso definitivo? No podía permitirlo. No ahora que estaba decidido a hacerla mía. De modo que traté de calmarla regalándole una caricia. Tierna, exenta de intencionalidad. Lo suficientemente respetuosa como para provenir de un hermano. Me recompensó con una sonrisa sincera. Faltaban todavía diez minutos para el comienzo de la sesión. Teníamos tiempo para proveernos de palomitas y aquellas barras de chocolate que tanto gustaban a Nina. Aguantamos la cola, rodeados de niños gritones que lampaban por unas cuantas chucherías y, una vez pertrechados con todo lo necesario para pasar el rato, nos sumamos a la fila para acceder a la sala. Un poco tensos, en silencio. Sabedores de que los minutos iban anotándose en el contador.

—¡Ya pueden pasar! —exclamó una voz desde el otro extremo—. Y sentí que Nina se estremecía a mi lado.

Pensé que lo mejor sería dejarla un momento a solas, para que me echara de menos.

—Sé que puede parecer algo típico de chicas, pero debería pasar por el

baño. Ya sabes, para no perderme un segundo de esta obra maestra –bromeé, decidido a distender el ambiente.

–Iré cogiendo sitio –me aseguró Nina, al tiempo que me tendía una de las entradas.

Casi pude palpar el alivio que experimentó al ver que me alejaba por unos minutos.

El baño estaba situado más lejos de lo que había previsto, así que a mi regreso habían comenzado los próximos estrenos, y la sala estaba completamente a oscuras. Estaba desconcertado, pensando en el modo de llegar hasta Nina, cuando la luz de una linterna me alumbró directamente.

Se me fue el aliento: detrás del foco había una chica. Pálida como el ocaso, sus ojos refulgían con el brillo de una burla.

Era Marta, la Gata.

Capítulo 6

Si alguna vez os habéis encontrado en medio de un *tsunami* comprenderéis lo que sentí en aquel momento.

Así era Marta: capaz de arrastrarlo todo a su paso como una de esas olas gigantescas que envuelven la playa sin previo aviso y desaparecen al momento siguiente, dejando tras de sí un paisaje nuevo.

Dentro de mí se removieron cosas que ni siquiera sospechaba que existían. Mientras caminaba hacia mi asiento, precedido por la luz de la linterna de Marta, solo era capaz de pensar en su olor. Ese aroma que me transportaba al Caribe más puro. Y en el hechizo salvaje de su melena alborotada. Un solo roce, y caería en el embrujo como la primera vez.

La oscuridad de la sala me obligaba a imaginarla; no importaba. No era necesario verla para saber que estaba preciosa, resplandeciente, única. Incluso con la ropa de trabajo y aquella ridícula gorrita que suelen llevar los empleados de las salas de cine.

La seguí durante unos segundos agónicos. Parecía volar por el pasillo, del mismo modo que una ninfa etérea. Era un hada mágica y malvada a partes iguales. Mientras caminaba lo llenaba todo y alrededor el mundo se desvanecía. Mi mundo se desvanecía. Marta era poderosa, irradiaba energía. Y constatar ese hecho me hacía sentir vulnerable.

Con todo, aquella sensación me dominaba, al punto de doblegarme. Cerca de ella resultaba imposible pensar con claridad. Como una barca en medio de la tempestad, navegaba a la deriva por el océano de la incertidumbre.

Estábamos a punto de alcanzar la fila diez. Marta dirigió la linterna hacia el asiento que yo debía ocupar y el tiempo se detuvo en aquel instante. El asiento vacío me produjo un estremecimiento: angustia, terror. Una sensación de pérdida definitiva e irreparable. Después, el foco se desplazó unos centímetros mientras Marta comenzaba a alejarse. Lo suficiente para alumbrar el rostro de una sonriente Nina.

En otras circunstancias, la sonrisa de mi amiga habría resultado el bálsamo ideal para reconfortarme. Ahora, en cambio, aquel gesto se me antojaba una

espada traicionera. Un dardo envenenado con destino directo a mi conciencia.

–Coge –propuso, alargándome el paquete de palomitas.

La voz se me había atragantado, de modo que le ofrecí una negativa silenciosa.

–¡No puede ser! El mejor amigo del maíz, ¿rechazando un buen puñado de palomitas?

De mala gana extendí la mano y me eché unas cuantas en la boca. Solo por evitar suspicacias o preguntas que no me sentía capaz de responder en aquel preciso momento.

–Así está mejor –susurró Nina–. Te has perdido unos buenos avances, ¿sabes? Uno de esos milagros de la tecnología, algo así como *Avatar*. ¡Y un musical!

Comenzaban los títulos de crédito y el chico que ocupaba el asiento de detrás exigió a Nina que guardara silencio. No se ofendió; compuso una mueca divertida antes de redirigir su atención a la pantalla. Sentí un profundo alivio: disponía de casi noventa minutos para pensar en Marta. Sin interrupciones. La oscuridad era mi aliada: ni siquiera estaba obligado a fingir interés en la película, tampoco a hablar. Paradójicamente, el tiempo se me quedaba corto ahora y habría deseado haberme decantado por aquella última cinta de Woody Allen.

Era tarde, sin embargo. Así que, en vez de lamentarme, decidí aprovechar los minutos que tenía por delante para analizar la situación y buscar la manera de provocar un nuevo encuentro con Marta. Y por fin había resuelto salir a buscarla bajo el pretexto de ir al baño una vez más cuando una fuerza más poderosa que mi determinación me detuvo.

Era la mano de Nina: sus dedos se habían entrelazado con los míos, de improviso y casi tan naturalmente que no hubiera sido descabellado asegurar que fueron puestos allí desde el origen, en suave prolongación de los míos.

Como una mosca en la tela de una araña, me sentí atrapado. Y cuanto mayor era el calor que desprendía la mano de Nina sobre la mía, más fuerte era el lazo que estrangulaba mi cuello hasta asfixiarme.

Capítulo 7

Aquella noche no volví a ver a Marta.

La busqué al terminar la película. Desesperado, ansioso. Recorrí cada uno de los pasillos del centro comercial como un perro en busca de su amo mientras Nina, armada de paciencia, esperaba mi regreso junto a las puertas de cristal. Fingí haber perdido mi reloj, cuando en realidad lo había escondido en el bolsillo de mi pantalón. Era una bajeza, una mentira infantil, absurda. Pero es que nada tenía lógica en lo que concernía a Marta.

Había pasado más de media hora cuando salí al encuentro de Nina. Trastocado, perdido y, lo que es peor, sintiéndome el mayor judas del mundo.

–Quizás prefieras que te acompañe a casa –sugerí, y noté que en sus ojos se encendía una luz de esperanza.

–Está bien.

El camino de vuelta se convirtió en una incómoda entrevista donde yo ejercía de convidado de piedra. Me limité a responder con monosílabos: quería que Nina supiera que la noche había tocado a su fin, que no había nada que rascar. Me había impuesto la obligación de decepcionarla. Y lo cierto era que no necesitaba fingir, pues el reencuentro con Marta me había dejado tan fuera de mí que apenas acertaba a pronunciar palabra.

Nina me observaba, recelosa e inquieta. Una persona perspicaz como ella no podía pasar por alto mi cambio de actitud. No obstante, lo achacó a una preocupación pasajera de la que yo no quisiera hablar. Tamaña era la bondad de su espíritu. Esbocé una excusa, apenas creíble. ¿Cómo podía sincerarme con ella si ni siquiera había sido honesto conmigo mismo? Sentía que el momento había pasado. Hubo una época en que fuimos solamente amigos, pero la habíamos dejado atrás. Entonces lo compartíamos todo y, a pesar de ello, una fuerza superior a mi voluntad me retuvo cuando debería haberle relatado el incidente de la noria. ¿Por qué? No era capaz de encontrar una respuesta. Me lo había impedido cierto recelo irracional. ¿Había presentido, tal vez, que hacer partícipe a Nina de la existencia de Marta habría dado al traste con la posibilidad de conocer sus auténticos sentimientos? Mi ego, ese

monstruo capaz de devorar cualquier oportunidad de ser sincero en lo que al sexo contrario se refiere, tenía que haberse impuesto. No cabía otra explicación.

Ahora, no obstante, nada de eso importaba. De no haber llegado tan lejos con Nina podría revelarle el secreto que me carcomía y atormentaba mi espíritu. Ser libre, volver sobre mis pasos para recorrer cientos de veces, miles si fuera necesario, el centro comercial hasta dar con ella. Casi odié a Nina por eso. Si no hubiéramos derribado aquella barrera... Si hubiéramos seguido siendo lo que éramos... La culpaba por ello. Como si lo hubiese planeado todo desde el principio. Como si me hubiese enredado con sus horribles mañas femeninas a propósito, para apartarme de Marta.

En el colmo de la injusticia, comenzaba a sentir rencor hacia ella por haberme puesto en una situación tan embarazosa, cuando todo podía ser tan fácil como en otro tiempo. Ya no había manera de retroceder, a aquellas alturas de la película. Eso me hizo recordar que aquella noche, a mayor escarnio, ella esperaba algo más de mí. Y detesté la posibilidad. Maldije a Nina por pretender acceder a una parcela íntima de mi ser que, desde el instante en que había recuperado a Marta, le había quedado vetada.

Consideré la posibilidad de culminar la faena. Aunque solo fuese por otorgarme la satisfacción de abandonarla a posteriori. Sin explicaciones, arrebatándole su dignidad y su confianza. Pero descarté la idea porque el solo pensamiento de yacer con Nina me provocaba náuseas. Nunca sucedería algo entre nosotros, me prometí. Jamás. Mientras existiera una mínima opción de encontrar a Marta, un solo cabo al que agarrarse, no la dejaría escapar.

Habíamos llegado a la puerta del bloque de pisos donde Nina tenía su apartamento.

—Aquí estamos —anunció, con una estúpida sonrisa en la cara.

En mis ojos se había instalado un brillo duro, y la sentí estremecer bajo mi mirada gélida.

—Creo que será mejor despedirnos ahora. —Observé cómo su sonrisa se diluía, al perder la batalla entre el desencanto y la desesperación.

—Como quieras. —Acercó sus labios a los míos, pero estuve lo suficientemente rápido como para girar la cabeza a tiempo.

—Adiós, Nina.

Ni siquiera me volví a mirarla, pero durante las siguientes horas no pude apartar de mi mente la expresión de su rostro: desconcertada, presa de la

angustia. La viva imagen de la desilusión que le estaba corroyendo el alma.

Capítulo 8

Las mayores frustraciones de mi vida han venido tradicionalmente asociadas a cuestiones amorosas. Desde que la adolescencia hiciera acto de presencia, imponiéndome al imberbe escuálido en el que me había convertido, los fracasos fueron amontonándose en mi currículum igual que cadáveres de una batalla perdida.

Nunca he sido especialmente guapo, y ni siquiera atractivo, mucho menos cuando la explosión de las hormonas me cubrió el rostro con esas marcas de acné que castigan de forma implacable la ya de por sí mermada confianza del joven que estrena masculinidad. Yo no era de esos pocos, bendecidos por la diosa fortuna, que consiguen desviar la atención hacia otras partes, mucho más poderosas, de la anatomía. Nunca hubo en mí nada llamativo, nada digno de admiración, al margen de mi personalidad. Y si hacía algún esfuerzo por mostrar las bondades de mi carácter, este quedaba irremediablemente aplastado por las ocurrencias del chistoso de turno. No había manera de competir con el guapete de moda, o con el musculitos capitán de un equipo de fútbol con legión de fans incorporada. Con quince años la primera línea de batalla no se gana con un coeficiente de 150 puntos. Se requieren cualidades mucho más obvias que un cerebro extraordinariamente dotado.

Nina solía animarme cada vez que le planteaba aquel tipo de conflictos. No es que le interesara mucho el tema amoroso; más bien al contrario, su mundo no parecía girar, como el de otras chicas de su edad, en torno a las incipientes relaciones con el sexo opuesto, las salidas nocturnas y la ropa de moda. Ella prefería invertir su tiempo en pensar en cosas más interesantes, como los últimos estrenos cinematográficos o las posibilidades reales del género independiente americano. Era una enamorada del séptimo arte y su preocupación fundamental consistía en devorar cualquier información relativa a esa pasión. Con todo, jamás descuidaba nuestra amistad, por lo que se esforzaba en comprender mis inquietudes abriendo sus orejas a mi desánimo.

–Esa tal Rosi, ¿es lista? –me preguntó aquella vez, después de aguantar

estoicamente más de una hora de lamentos, y la sorpresa hizo que mi boca adoptara la forma de un túnel.

¿Realmente importaba? Me desesperé. Nina no había pillado nada: Rosi era la chica más popular del instituto, ¿qué tenía que ver su grado de inteligencia en el asunto, cuando era capaz de arrastrar tras su estela a una piara de tipos capaces de besar el suelo que pisara?

Nina debió reparar en la expresión de mi rostro porque se apresuró a aclarar.

—Lo que quiero decir es lo siguiente: una vez que te hayas cansado de manosearle las tetas, ¿encontrarás debajo de todo ese cabello rubio un cerebro capaz de idear planes lo suficientemente divertidos para que valga la pena permanecer más tiempo junto a ella?

Aquella tarde comprendí que Nina era una romántica, a su pesar. Jamás lo admitiría, pero soñaba con encontrar a alguien que arañara más allá de esa capa de niña repelente con la que se protegía.

—No entiendes de qué va la cosa, ¿verdad? —Nina me dirigió una mirada arisca, pero nada me detiene cuando siento la necesidad de poner las cosas en su sitio—. En esta vida hay triunfadores y perdedores. Y no se miden por las notas que presentan en el boletín de final de curso. A la sociedad le importa un bledo si eres un tío listo o el más torpe del mundo. Y de un chico que está siendo atacado por la revolución de sus hormonas no puedes esperar que satisfaga sus inquietudes escuchándote recitar a Quevedo o disertar sobre los efectos especiales de la guerra de las galaxias. ¡Lo que queremos es tocar la mayor cantidad de carne posible, Nina!

Me había escuchado con un rictus de desagrado colgándole del labio inferior.

—El que no ha comprendido nada eres tú —sentenció, una vez dio por terminada mi perorata, al tiempo que se ponía en pie—. Lo poco que pudieras tener de interesante a los ojos de una chica decente acabas de perderlo con esa disertación sobre testosterona y retraso mental.

Luego se alejó, dejándome clavado en la acera con la extraña sensación de haberme comportado como un estúpido.

Capítulo 9

Sin remordimientos. Sin conciencia. Así es como decidí vivir a lo largo de las siguientes semanas.

O debería decir sobrevivir, porque no alcanzo a recordar en qué consistió mi existencia durante aquel período. Si respiraba o no lo hacía no era una cuestión que me preocupara más allá de mi ridícula obsesión por Marta. Me limitaba a ver pasar la vida, como un muñeco al que le hubiesen dado cuerda. Cada paso que daba, cada bocado que tragaba mientras comía, era maquinalmente dirigido por una fuerza ajena a mi voluntad. Una fuerza lejana y extraña.

No me interesaba otra cosa que no fuera ella. Para todo lo demás, me dejaba arrastrar por la corriente de la rutina. Después de dormir algunas horas, un par de ellas, tres a lo sumo cada noche, desayunaba, me vestía y tomaba el metro para acudir al trabajo, donde debía pasar las siguientes ocho horas. De regreso me detenía en aquellos lugares que me la recordaban de alguna manera. Como si el simple hecho de perseguir su recuerdo la acercara más a mí.

Me sorprendía sentado ante la pantalla del cine, en la misma sala donde habíamos estado juntos por última vez. No importaba qué película pasaran; una tras otra, en sesión continua, iban deslizándose ante mis ojos las imágenes de toda clase de filmes: dramas, comedias, *remakes* de grandes clásicos, cintas de autor. El género era lo de menos, porque apenas alcanzaba a comprender media palabra. Me sentía como un extranjero en su primera incursión en el idioma: desorientado, perdido, completamente dependiente.

Era como si hubiese sido abducido por una fuerza exterior que tiraba de mí hacia un universo paralelo donde habitaba solamente Marta, la Gata. Era estúpido, habida cuenta de que ella ni siquiera estaba allí para compartirlo conmigo. Y, no obstante, yo seguía empecinado en reencontrarla. Aferrado a aquel pequeño hilito de esperanza que todavía me sostenía.

En el centro comercial me informaron de que aquella noche había sido la última que Marta había trabajado para ellos. Se había marchado sin más; ni

siquiera había pasado a reclamar su finiquito. Así era Marta: volátil, tan constante como una pluma en una mañana ventosa. Tomaba trabajos por el placer de probar cosas nuevas, se comprometía en proyectos que jamás llevaba a término no importaba a quién dejara atrás por el camino. Iba en su naturaleza libre: saborear la vida, beberla a sorbos intensos pero breves.

De manera que no me quedaba pista alguna para seguir sus pasos. Y en una ciudad de más de siete millones de habitantes las probabilidades de cruzármela de nuevo eran remotas. Buscar una aguja en un pajar habría sido más productivo. O una lágrima en medio del desierto. Pero yo me repetía frases del tipo «no hay dos sin tres» o «el que la sigue la consigue», para insuflarme ánimos.

Entretanto, el contestador acumulaba centenares de mensajes de todas aquellas personas que me querían y se preocupaban por mí: mi padre, algunos colegas del club de pádel, astutos compañeros de trabajo que intuían que algo no marchaba bien... Y Nina.

Nina... sabía que le debía una explicación, pero no me sentía preparado. No podía hablar con ella hasta saber adónde me llevaría aquella locura. No hasta haber saneado mi espíritu, hasta haber encontrado a Marta o haberme liberado de ella para siempre.

Por fin, una noche resolví dar un paso hacia delante. Hacer algo distinto, cualquier cosa. Recordé entonces que aquella tarde en la feria hubo junto a Marta un chico. Compartían cabina en la noria. Era un chico que esperaba, que sonreía. Alguien cuyo rostro palideció bajo el cielo de agosto mientras contemplaba como su compañera se lanzaba hacia el vacío.

Capítulo 10

–¡Pero tú tienes que saber dónde está!

–Te digo que te vayas. Me das miedo. Estás tan loco como ella.

Apenas había conseguido una rendija en la puerta para acceder a él. Pero sabía su nombre, sus apellidos. Sabía dónde vivía y a qué se dedicaba, y no estaba dispuesto a moverme de allí hasta obtener lo que había ido a buscar.

–No puedes hacerme esto. Lo único que te pido es que me dejes hablar con ella. Dime dónde puedo encontrarla y me iré por donde he venido.

–Pregunta en comisaría. Si te han dado mis datos también podrán decirte dónde vive Marta. Yo no lo sé. Te lo he repetido mil veces.

–¡Tú salías con ella! –objeté, mientras colaba un dedo acusador por el hueco.

Observé que daba un salto hacia atrás. Igual que un pajarillo asustado ante el inminente zarpazo de un gato asesino. La puerta quedó temblando y a expensas de mi mano firme, que la empujó hacia adentro.

–Has perdido la cabeza, tío –aseguró con voz trémula–. Si no te largas llamaré a la policía. Haré que te detengan.

–Una dirección. Es todo lo que necesito.

Avancé unos pasos: tenía que convencerlo, aunque me costara una denuncia.

Observé que retrocedía y me detuve.

–Por favor... –le supliqué.

–Solo dos meses. Es el tiempo que estuve con esa tipa. ¿Cómo quieres que sepa adónde se ha ido?

–Su casa, la habrás visitado alguna vez.

–¡Jamás! Nunca quiso llevarme allí. Todos nuestros encuentros se produjeron en mi choza. Decía que su piso era su guarida, que no compartiría esa intimidad con nadie. Nunca más.

Sentí ganas de vomitar. Imaginarme a Marta desnuda entre los brazos de aquel imberbe era más de lo que podía soportar. En aquel vulgar apartamento, rodeada de montones de lienzos descoloridos e inútiles. Con

aquellas luces extravagantes, chillonas y de mal gusto.

Pero contuve mi rabia, porque era consciente de que aquel individuo era la última gota de agua sobre el campo yermo en que se había convertido mi búsqueda.

—Recordarás un sitio. Uno de esos lugares preferidos donde Marta te llevara alguna vez. Un bareto, una cafetería, un rincón al borde de la ciudad, ¿qué sé yo!

—Puede ser... Ahora que lo mencionas, le gustaba mucho el *bloody mary*. Pero no cualquiera. Prefería el de un garito que hay en el centro, lindando con el barrio chino.

—¿Recuerdas el nombre? —inquirí, esperanzado.

Se quedó pensando unos segundos. Sentí que el corazón me golpeaba el pecho, tal era la fuerza ejercida que temí que este se abriera para dejarlo salir.

—¡El Diablo Rojo! —exclamó al fin, autocomplacido y jactándose de su buena memoria—. Aseguraba que allí ponían los mejores del mundo. Una noche la acompañé hasta allí. Es la tía con más saque que he conocido en la vida. Le contabilicé ocho en apenas una hora. Después se soltó la melena. Literalmente. Se encaramó a la barra y revolucionó la pista. Fue genial. Nos sacaron de allí a empujones, pero no le importó. Es una chica única.

Se había puesto melancólico. Con Marta. Mi Marta. De buena gana le habría dejado un bonito recuerdo sobre la alfombra. Porque gustoso hubiera emulado a uno de esos perritos falderos cuyas travesuras ponen en aprietos a los dueños más serenos. Pero una vez terminó su discurso puse pies en polvorosa. En apenas un minuto mediaban entre el lechuguino y yo unos cuantos metros.

Atravesé la calle, feliz y contento. La posibilidad de encontrarla comenzaba a materializarse. Solo hacía falta caminar unos kilómetros, con rumbo al barrio chino.

Capítulo 11

El barrio chino había sido uno de nuestros lugares fetiche cuando cumplimos la mayoría de edad. Ese rincón mágico, prohibido, adonde tus pasos te dirigen de manera recurrente en esa ansia por traspasar los límites que la juventud sabe, como ninguna otra circunstancia, arraigar en el alma. Nos sentíamos casi delincuentes cada vez que traspasábamos la frontera con nuestro mundo occidental, eternamente representada por el mercado donde era posible encontrar desde ropa hasta electrodomésticos imposibles de catalogar.

Recorriendo las calles de este peculiar barrio nos sentíamos transgresores. Contribuían las leyendas alusivas a tugurios poco recomendables y peleas interraciales donde los blancos tenían todas las de perder. Nos gustaba jugar a descifrar lo que ponía en los carteles. Hasta hacíamos quinielas que ninguno ganaba pero lograban arrancarnos más de una carcajada.

–Plato del día: caniche en salsa con acompañamiento de algas marinas. – Nina añadió una mueca a la improvisada traducción, utilizando sus dedos índices para estirarse la piel a la altura de los ojos.

–Eres una china demasiado aburrida. Hubiera sido más interesante un menú compuesto por rata en escabeche con guarnición de cucaracha americana.

–¡Puag! –protestó mi amiga.

–A mí me parece muy apetecible –le aseguré, al tiempo que ahuecaba el brazo invitándola a colgarse de él–. Y antes morías por la comida china, así que... ¿Gustas?

–Me parece que hoy prefiero tortilla. Los roedores resultan un poco indigestos los jueves.

–Suerte que hoy es viernes.

Nina se llevó una mano a la boca y ahogó una exclamación.

–¡Malvado!

–No tienes excusa, Nina.

–¿Y si nos acercamos al pub y echamos una visual a los contenedores? –

propuso, mientras juntaba las manos en un gesto de súplica.

Nos pirrábamos por rebuscar entre la basura para identificar los restos de comida y bebida servidos en un pub de mala muerte donde nos tenían vetada la entrada.

–Hoy tampoco hemos dado con el cadáver –anunció Nina con voz cavernosa, después de más de una hora de investigación y análisis.

–Pero lo haremos, tarde o temprano.

Habíamos decidido creer que la prohibición estaba relacionada con ciertas actividades ilegales que se desarrollarían en el interior del local.

–No es justo que se reserven el derecho de admisión. Deberíamos ponerles una denuncia –protestó mi amiga.

–Cuando encontremos algo incriminatorio –continué la broma, y puse mi mejor cara de detective.

–Si solo permiten la entrada a chinos debe ser porque dentro realizan algún ritual. Seguro que se comen a los occidentales.

–¡Nina!

–Si no hacen nada malo... ¿Por qué no nos dejan echar un vistazo?

–¿Porque somos unos entrometidos cuyo único objetivo es meter las narices en los asuntos ajenos?

Otras veces hacíamos guardia cerca de la puerta e íbamos anotando los movimientos de entrada y salida de los asiduos. Tratábamos de localizar en sus gestos algún indicio que nos condujera hasta el origen del crimen.

–Son todos iguales –se lamentó Nina.

–No estoy del todo de acuerdo... Yo he visto un par de chinitas guapas que no se parecían ni remotamente a sus acompañantes. –Nina metió la cabeza para fisgar en el cuaderno donde yo tenía apuntadas mis impresiones.

–“Piernas de escándalo, tetas impresionantes, la de la melena roja es capaz de provocarte un infarto...” –Leyó en voz alta–. ¿Eres un detective o el seleccionador de un equipo de aspirantes a mujeres florero?

Le respondí enarcando una ceja.

–No me digas que te has puesto celosa. –Nina dejó escapar un gritito de indignación mientras un adorable rubor se le extendía por las mejillas.

–¿En serio crees que soy de esa clase de chicas, de las que se preocupan por que el rímel les alargue las pestañas o que su boca no pierda el carmín de su pintalabios?

La miré de arriba abajo antes de responder.

—Obviamente no. —Me giré. Sabía que mi amiga estaría preparando una réplica lo suficientemente contundente para ofrecerme una vez que el habla arrebatada por la frustración le hubiera sido restituida. Y tuve que ocultar una sonrisa cuando sentí el peso de la bola de papel que acababa de hacer diana contra mi cogote.

Capítulo 12

La fisonomía del barrio chino había cambiado mucho desde entonces y ya no se me antojaba el lugar mágico, intrigante, que una vez fue. Me introduje en el entramado de calles, tratando de apartar el pellizco de nostalgia provocado por las imágenes protagonizadas por una Nina muy joven capitaneando un dúo de ignorantes e intrépidos amigos.

Había todo tipo de locales a izquierda y derecha. Permanecía el batiburrillo de restaurantes que emanaban aromas asiáticos y las tiendas abarrotadas de cacharros y buenas intenciones. Las luces y el colorido de los letreros se esforzaban por imponerse a la oscuridad de la noche, y una anciana esgrimió una débil sonrisa cuando pasé junto a ella, invitándome a entrar en lo que debía ser un prostíbulo clandestino controlado por la mafia. *A Nina le habría hecho gracia la expresión complaciente de su rostro*, me dije antes de continuar mi camino. Y reflexioné sobre el hecho de que la excursión al barrio chino no me parecía ahora tan divertida como antaño, desechando enseguida la idea de que se debiera, en gran medida, a la ausencia de mi impenitente compañera de batallas. Luego me dirigí hacia la frontera, dejando atrás mis recuerdos, dormidos entre los rincones de un distrito tomado por los inmigrantes y la variedad de oferta gastronómica donde el pato asado ejercía de indiscutible protagonista.

Una sucursal del averno en pleno corazón de la ciudad. Eso es lo que era el pub de marras. Esperaba encontrar el típico local donde suelen darse cita los amigos de la noche: luminoso, colorista. Uno de esos rincones en los que se mezclan a partes iguales los desarrapados y los reyes del mambo. Pero nunca una concentración de crápulas y chicas malas como la que se presentaría ante mis ojos.

Tuve que bajar una docena de escalones antes de acceder al Diablo Rojo. Un sótano es lo más próximo al infierno, al menos eso debieron pensar los propietarios cuando resolvieron instalar allí su chiringuito.

Una vez que se empujaban las puertas de metal había que recorrer todavía un estrecho y lúgubre pasillo hasta alcanzar la entrada, que era custodiada por

una especie de monstruo de apariencia imposible. Mitad zombi, mitad vampiro. Tan ancho como un oso polar y tan pequeño como un tapón de alberca. Solamente apto, en definitiva, para ser incluido en una versión remasterizada de *El jovencito Frankenstein*.

–Contraseña. –No se dignó mirarme. Ni siquiera movió los labios, pero su voz sepulcral parecía sonar en estéreo desde el interior de lo que debía ser su pecho. Grave, estentórea. Evocaba aquellas intervenciones de Regan, la niña de *El exorcista*, durante sus archifamosos ataques de posesa. Esos que, en los últimos cuarenta y cuatro años, han puesto mirando hacia las nubes tantos vellos.

Había dejado un zumbido suspendido en el aire. Un silbido grotesco que vibró durante unos angustiosos segundos. Su aspecto, su voz... todo invitaba a salir por patas. De hecho, aquella habría sido la opción más coherente en caso de haber conservado la cordura.

Yo, en cambio, decidí no dejarme amedrentar. Ya estaba mucho peor que loco; había llegado a ese punto en que todo te importa una mierda. No tenía nada que perder, así que me quedé parado frente a él tal como lo hubiese hecho un pistolero en medio del desierto. Me temblaban las piernas, pero estaba resuelto a entrar, costase lo que costase. Aquel tipo constituía la última barrera entre Marta y yo, y la derribaría aunque en ello me fuera la vida.

–¡Contraseña! –bramó esta vez. Y a sus ojos asomó un brillo de advertencia.

Sentí como mis huesos eran sacudidos por el miedo. Titubeé y, a punto estuve de dar un paso atrás antes de recordar que la mejor defensa es un gran ataque. Entonces me escuché exclamar, lleno de ira:

–¡Por todos los demonios! ¡Pienso entrar ahí adentro, aunque sea lo último que haga en este mundo!

Hubiera preferido una regañina. Una amonestación. O una buena patada en el culo. Cualquiera cosa antes que aquella carcajada sobrecogedora.

–¡Adelante! –admitió, con una mueca tan parecida a la de un ángel caído que por un momento estuve seguro de haber ido a parar directamente a la boca del infierno.

La posibilidad de ver cumplido mi sueño de reunirme con la bella Marta disipó cualquier resquicio de duda sobre la salvaguarda de mi dignidad; no le di más vueltas al asunto. Me limité a empujar la puerta y colarme dentro del local. Deprisa, sin mirar atrás. Como las ratas cuando abandonan el barco.

Lo último que escuché antes de que la puerta se cerrara detrás de mí crujiendo sobre sus goznes fue el eco de la risa del portero. Igual que una voz salida de ultratumba. La banda sonora original del *Thriller* de Michael Jackson habría resultado mucho menos espeluznante.

Capítulo 13

–Una cola, por favor.

Un melencólico que estaba acodado en la barra me lanzó una ojeada curiosa. Acto seguido dejó escapar un gruñido de desaprobación. Parecía entre ofendido y disgustado. Bien pensado, era como pedir almejas en un asador. Pero habida cuenta del plantel de personajes que llenaban El Diablo Rojo yo desentonaba de cualquier manera. Era un pequinés en medio de una jauría de animales salvajes.

Para evitar suspicacias, agarré el vaso y me alejé cuanto pude de aquel tipo. De otra parte, la misión que me había propuesto era incompatible con un asiento en la barra fija. Mientras no tuviera una pista para llegar hasta ella el sedentarismo estaba prohibido.

Recorrí el local de cabo a punta a la caza de algún rincón más amable desde el que tomar perspectiva. Los ojos tan abiertos como una de esas tiendas veinticuatro horas, y el corazón alerta. Un brinco en el pecho daría la señal de alarma. Me sentía nuevamente excitado, como un niño la noche de Reyes. Confiaba en sorprenderme ante la aparición de mi diosa rizada, pero durante las siguientes dos horas los únicos sobresaltos que agitaron mi espíritu fueron los provocados por las miradas de los asiduos del bar: noctámbulos, vampiresas. Seres, en definitiva, de otro mundo. Habían captado que yo era gallina en corral ajeno y presa fácil para comentarios jocosos y no me daban tregua.

Decidí sacar ventaja de la situación: desde mi pequeño baluarte al fondo del local estuve empapándome de las últimas tendencias *underground*. Había tal variedad de especímenes que no se prestaban a una clasificación rigurosa.

–¡Eh, tú! ¿De qué vas? –una punki con una cresta coloreada de fucsia y unas mallas imposibles de mirar acababa de convertirme en su objetivo–, ¿qué haces ahí plantado, te parece que somos monos de feria?

Siempre he creído que los prejuicios no son patrimonio exclusivo de lo que suele considerarse gente normalita. También los alternativos los tienen, por mucho que ondeen la bandera de la libertad.

Durante unos segundos deseé que se abriera bajo mis pies un enorme agujero, para lanzarme dentro y dejarme caer hasta tocar el fondo del infierno. Rápido, sin mirar atrás. Cualquier cosa antes que soportar la mirada de desprecio de aquella chica. Cuando creía estar a punto de ser devorado por una manada de seres extraordinarios la música dio paso al comienzo de un espectáculo. Todos dirigimos la mirada hacia el escenario, y aquello supuso la tabla de salvación a la que necesitaba aferrarme.

Estuve atento durante la siguiente media hora. Sobre las tablas desfilaron un puñado de *drags*, a cual más exótica. Desde negras de largas melenas doradas hasta asiáticas vestidas a lo Marilyn, todas ellas encaramadas a tacones que ni la sufrida Victoria Beckham hubiera sido capaz de resistir.

Cantaron. Bailaron. Actuaron. Incluso se atrevieron con algún chistecito sobre los temas más recurrentes. Y terminaron su exhibición con una especie de striptease que dejaba visibles partes de su anatomía que muchos hubiéramos preferido ignorar. Con todo, se trataba de una presentación elegante que me dio unos minutos de respiro durante los que me olvidé de Marta y sus originales compañeros de juerga.

Una vez se retiró la última artista, las luces volvieron a brillar y el hilo musical recuperó su hegemonía. De no ser por esa sensación de haber vivido algo asombroso que me pellizcaba la boca del estómago habría podido asegurar que había sido el protagonista de una fantasía almodovariana. Eché un vistazo alrededor: como si el tiempo se hubiera detenido, me encontré con aquella chica, la punki, quien me apuntaba con un dedo acusador. Me sentí el ladrón sorprendido por el propietario de la vivienda y lo único que se me ocurrió fue levantar las manos, no estoy seguro de si para protegerme o para entregarme.

La vi conchabándose con un par de amigotes tan peculiares como ella, y estaba a un paso del pánico cuando una sombra me ocultó del resto del bar. No supe si salir corriendo o aullar como un mono: frente a mí se hallaba una de las *drags*. Tenía una melena tan oscura como la noche y tan rizada como una ensalada de coles. Iba embutida en un estridente mono verde limón de lentejuelas, y se había subido a unos Jimmy Choo de plataformas mastodónticas que sugerían que estaba más próxima a un rascacielos que a un chico disfrazado de mujer.

–Tendrás que agradecerme que te salve el pellejo. Jenny tiene muy malas pulgas, te lo aseguro –anunció, con un tono de voz forzado.

Y acto seguido agachó la cabeza y se apoderó de mis labios.

Completamente sobrio y sin anestesia. Así es como estaba dándole mi primer beso a una *drag queen*.

Capítulo 14

Todo el mundo tiene un primer beso. Ese que jamás se olvida. El mío siempre estuvo asociado a un amargo recuerdo.

Acababa de cumplir los dieciséis. Comparado con muchos de los chicos de mi edad, tenía la absurda convicción de que iba tarde y las ganas de estrenarme en el universo íntimo de las chicas amenazaban con imponerse a la cordura.

Rosi había pasado a un segundo plano, barrida por una horda de nuevas chicas que llegaban pisando fuerte sobre el terreno de la popularidad escolar. Diana, Paula, Rita (a la que apodaban la Molinillo, pronto descubriría por qué) o Mamen eran algunas de las que apuntaban maneras y yo deseaba dejarme arrastrar por el manantial de las delicias amoratorias del que muchos de mis colegas aseguraban haber probado ya un trago.

Sabía que Nina lo reprobaba: no desperdiciaba ocasión para asegurarme que yo era especial, que merecía mucho más que un morreo efímero y sin sustancia. Entonces ni siquiera lo sospechaba, pero lo supe más tarde: Nina me valoraba por encima de mis posibilidades. Sus expectativas respecto a mí eran más altas de lo razonable y, lejos de sentirme halagado, lo único que lograba era provocarme cacaos mentales que no estaba preparado para afrontar: yo no era más que un chico deseoso de experimentar, acorde a lo que se esperaba de mí a mi edad. Mientras que ella, soñadora, me encaramaba a los altares de la honestidad, a cotas donde yo no deseaba situarme.

Terminé por evitarla en la medida de lo posible, porque me venía a recordar lo básico y burdo que era; no tenía derecho a cuestionar mis ansias de ser como el resto, a limitar mis posibilidades de subirme al carro del desarrollo. En más de una oportunidad estuve a punto de expresarle la opinión que me merecía su rigor, esa insistencia febril en mantenerse pudorosa y alejada de los vicios necesarios de la incipiente juventud. Muchos consideraban a Nina una friki, sus rarezas estaban en boca de todos. Pero mi fidelidad me impedía acusarla, infligiéndole un daño gratuito que, era consciente, no me perdonaría jamás. Porque ella, aunque le costara admitirlo,

sufría también la dicotomía entre sus principios y las exigencias sociales, y si aún no había caído en lo que ella denominaba “vulgaridad de las primeras experiencias sexuales”, se debía más al miedo que le provocaba un posible rechazo que a esa pretendida apatía que se empeñaba en traslucir.

Una noche, asumida la necesidad de mantenerla apartada de mis planes y alejando a propósito cualquier sensación de traición, me incluí en la lista de invitados para una de las habituales fiestas donde el alcohol y los besos corrían como embates de un océano embravecido. Acompañado por algunos de mis nuevos amigos, me incorporé a la marea de cuerpos excitados por la música y el deseo de acumular experiencias.

–La noche es joven –me susurró una voz al oído, y aquella afirmación fue sellada con un lametón en la oreja.

Sentí que las piernas me temblaban: era una invitación rotunda que, después de hora y media de cubatas y miradas cayendo en saco roto, no podía rechazar. Mis ojos se fueron tras la huella de Rita, artífice de la erección que se me había acomodado entre las piernas, y sus ojos confirmaron el mensaje que aquella simple frase y la incursión de su lengua habían querido poner de manifiesto.

La seguí como un perro faldero, atravesando dos estancias de la casa antes de ir a parar al sótano, inminente escenario del intercambio que iba a producirse en apenas unos segundos. Estaba lo suficientemente oscuro para evitarnos la vergüenza. Oía a sudor y a colonia barata. Obviamente no estábamos solos: otras parejas se entregaban, desperdigadas aquí y allá, a la oportunidad de acariciarse.

Rita me arrastró hacia una esquina, la única que quedaba libre, y me rodeó el cuello con un brazo que amagaba mañas de sogas. Al momento me arrepentí de mi osadía: Rita era una experta en la materia, y yo un pelele en sus manos. Sus labios se pegaron a los míos como las lapas a la roca y mi respiración se detuvo. Había llegado el momento de la verdad.

Traté de relajarme y disfrutar de la experiencia, pero resultaba difícil mientras los labios de Rita se agarraran a los míos con aquella ansia incontenible. Me alegré de haber dejado a Nina en casa unas horas atrás. De haberla invitado a acompañarme estaría ejerciendo el papel de jueza y, aunque no estaba orgulloso de haberle mentado, lo consideraba un mal necesario para evitarnos a ambos nuevas discusiones que solo conducirían a mermar una amistad consolidada por los años.

Pronto Rita se mostró más impaciente, mientras que yo andaba desconcertado por todo lo novedoso que encontraba en la situación. Pensaba, para empezar, que lo placentero que pudiera haber habido en tener una chica entre mis brazos quedaba implacablemente anulado por el dominio que Rita ejercía sobre mi cuerpo mientras me condenaba a fundirme con la pared. El roce de su boca tampoco resultaba como tantas veces lo había dibujado en mis sueños: su lengua había tomado rumbo hacia el interior de mi boca, alcanzando más temprano que tarde el área de la campanilla. Era una lengua interminable, áspera, y parecía un torpedo. Allá donde llegaba lo arrasaba todo, dejándome sin argumentos.

No me sentía capaz de replicar a aquel ataque que, lejos de provocarme el placer anhelado, me asqueaba. Quise tomar distancia, terminar con aquella presión cuanto antes, y de mi garganta escapó una especie de ronquido que ella, erróneamente, interpretó como un estímulo. Eso la animó a apretarse más contra mí, si es que ello era posible, aumentando mi desesperación. Y, aunque me repetía lo necesario que era dar aquel paso adelante y experimentar en carnes propias las sensaciones que tantas veces me habían narrado mis amigos, solo era capaz de naufragar en aquella amalgama de lenguas y saliva.

No era el delirio que esperaba. La lengua de Rita daba vueltas haciendo honor a su apodo y sus babas habían emprendido frenética carrera hasta mi barbilla. Era repugnante. No podía pensar en otra cosa, y ni siquiera tuve el empuje necesario para tocarla como me ofrecía cuando dirigió mi mano hacia ese escondite prohibido bajo las faldas de toda chica con el que fantasea cualquier adolescente. Lo primero que me pasó por la cabeza fue que aquel debía ser un territorio sobreexplotado y el hacerme cargo de cuántas manos se habrían detenido allí antes que la mía pisoteó los últimos vestigios de mi natural curiosidad. Estaba decidido a dar por terminada la aventura, aun cuando tuviera que golpear a Rita para convencerla de que me dejara ir. Haría lo que hiciese falta antes que permanecer entre sus garras.

Todavía pergeñaba un plan cuando fui rescatado por una providencial irrupción. Las luces se encendieron como por ensalmo y aproveché el desconcierto de Rita para despegarme. Mi mano no fue tan rápida, y permanecía atrapada entre la tela de sus bragas cuando mis ojos identificaron a la persona que acababa de poner fin a mi suplicio. Se me quedó cara de bobo: Nina estaba junto al interruptor, observándonos. Había tristeza en sus

pupilas y en los labios un gesto de desilusión que me partió en dos el alma.

La dejé ir; luego, eché a un lado a Rita, ignorando sus protestas. Me limpié la saliva, que me estaba provocando empacho, y traté de recuperar la dignidad perdida antes de abandonar la fiesta.

Aquel episodio marcó mis relaciones con el sexo opuesto durante el siguiente año. Las que implicaban cualquier clase de contacto físico fueron inexistentes. También tuvo efectos desoladores sobre mi amistad con Nina. A ella le costaba dejarlo pasar: aseguraba que le dolía el engaño, y que no lo consideraba necesario. Tuve que hacer encaje de bolillos para conseguir redimirme ante sus ojos.

Desde Rita no había experimentado sensaciones tan contradictorias durante el acto del beso. Y, no obstante, aquella noche, mientras la *drag queen* violaba la última parte de mí que podría considerarse incorrupta, regresé a mi adolescencia, al sótano donde malgasté mi primer beso, ese con el que sueña cualquier romántico. Era como si Nina estuviese mirándome otra vez, con aquella expresión mezcla de decepción y censura atravesándole el rostro.

Capítulo 15

Muchos besos habían llovido desde entonces, de todos los colores y sabores. Los había habido dulces y amargos, acompañados de amor o simple lujuria; había habido besos largos como un día de verano y besos más cortos que el cuento de Monterroso. Pero aquel beso resultaba único y tremendamente excitante. Era una locura; debería haberlo rechazado y, en cambio, me obligué a permanecer enganchado a él durante más tiempo del que se diría oportuno.

Tal vez se debiera a que me sentía embriagado por aquel ambiente distinto y enrarecido. El caso es que experimenté la necesidad de besar a aquel chico, profunda y largamente. Era como si me hubiese quedado pegado a sus labios, como si aquel fuese el lugar donde siempre hubiera querido estar.

Y en aquella suerte de familiaridad pasamos los siguientes minutos: abrazados, ajenos a la realidad exterior. Su lengua se movía en el interior de mi boca con ávida curiosidad. Y a cada incursión yo respondía con mayor deseo, igual que un drogadicto ante una dosis de su droga preferida. Dejándome llevar, tal como lo haría un niño de la mano de su mamá.

Su piel era tan suave como la de un recién nacido. No había rastro de la barba ni cualquier otro indicio de testosterona. Y, no obstante, la fuerza que ejercía para acorralarme contra la pared y su necesidad de llevar la voz cantante revelaban la ambigüedad de su género: me hallaba ante un varón con ínfulas de Cher. Perfumado y tan preparado como una pija en la pasarela Cibeles. Pero varón, en última instancia.

Un vaso cayó y el ruido del cristal al estrellarse contra el suelo nos incitó a despegarnos. De repente la realidad me golpeó en la cara. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¿A qué estábamos jugando? ¿Por qué me había dejado embaucar por el primer cantamañanas que se me tiraba encima?

—¡Déjame en paz! —grité, al tiempo que lo empujaba, tratando de apartarlo de mí—. ¿Quién te has creído que eres?

Pero, en lugar de amedrentarse, volvió a la carga, tocándome el culo con sus manos enguantadas. Con descaro y sensualidad al mismo tiempo. El

simple contacto debería haberme provocado repulsión y, por el contrario, avivó en mí el deseo de volver a probar la miel de sus labios.

—¡Vete a la mierda! —exclamé, aunque mis ojos decían lo contrario. Lejos de echar chispas, comenzaban a entornarse por efecto del roce de su lengua, que había emprendido un recorrido circular desde mi nuca hasta mis hombros.

Debería haberle dicho que parara. Que no estaba bien, que éramos dos degenerados envueltos en una maraña de pasión irracional. Al menos yo lo era; a él no lo podíamos culpar: ya se sabe que ser homosexual no es condición indispensable para dedicarse a la vida *drag*. Pero aquel chico parecía bastante interesado en descubrir lo que yo escondía entre mis piernas. Y estaba en su derecho. Yo no soy ningún libertino; más bien al revés: soy de lo más formalito. Serio y sensato hasta el aburrimiento. Pero le había dado motivos más que suficientes para tomarse libertades conmigo. Quejarse habría sido deshonesto y cruel. No se puede encender una candela y pretender que no ardan los troncos que has echado al fuego.

Por eso cuando me tomó de la mano para arrastrarme hasta los camerinos ni siquiera me sentí capaz de protestar. La voz se me había quedado atragantada en el pecho, ensordecida por los latidos de mi corazón desbocado, absurdo. Había dejado de pensar porque mi mente se había convertido en un cóctel de ideas contradictorias y emociones dislocadas.

Lo último que se me pasó por el cerebro antes de que se apagara definitivamente la luz de mi conciencia fue una pregunta: ¿cuál habría sido la conclusión de Nina sobre aquel extraño episodio? De haber tenido una sola posibilidad de opinar, me habría dado ejemplos de conductas similares entre los más celebrados artistas e intelectuales de todos los tiempos. Habría vertido una pátina de naturalidad sobre el asunto, deslizando un velo tupido sobre cualquier sentimiento de culpabilidad o arrepentimiento.

Pero ella nunca llegaría a enterarse de lo ocurrido aquella noche, porque entre nosotros había crecido durante las últimas semanas un abismo imposible de superar.

Capítulo 16

–Tienes que relajarte. Estás un poco tenso.

–¿Y quién no en mi lugar? Con un machote a punto de mostrar su arma más contundente, tú también lo estarías.

–Deja que te toque, a ver qué tienes para ofrecerme. –Su voz era un susurro inquietante, aunque acariciador.

Sin embargo, ni el tono sugerente ni la oscuridad de la habitación bastaron para ahuyentar los fantasmas.

Soy poco arriesgado, lo admito. No me gusta salirme del menú cuando voy a mi restaurante favorito. De modo que mi cuerpo se contrajo hasta convertirse en una almeja cerrada, como el puño de un niño que se aferra a su última moneda.

–¿Qué tienes? ¿Por qué te paras? –Su mirada escupía un brillo de perversión—. ¿Acaso eres un rabón?

–¡Nada de eso!

–Demuéstrame entonces cuánto vales.

Mi incomodidad aumentaba con cada propuesta. Acababa de tomar conciencia de lo que estaba haciendo y estaba decidido a parar.

–Ha sido una locura. Debo irme.

Pero tratar de escapar de un hombre decidido a practicar sexo es como pretender sujetar el agua del río cuando se ha roto la presa.

–No –respondió mientras me doblegaba con un brazo de acero. Y un temblor me sacudió de los pies a la cabeza—. Tú te quedas aquí. Conmigo. Vamos a acabar lo que hemos empezado.

Y, como un oso resuelto a darse el banquete, se abalanzó sobre mí.

–Después puedes irte si quieres –aseguró mientras me sujetaba las manos—. Ya no te necesitaré.

–Estás loco si crees que puedes obligarme. –Aun sin estar convencido de mis posibilidades, la voz me salió firme, taxativa.

Una carcajada por respuesta era mucho más de lo que mis nervios estaban dispuestos a soportar.

–¡No te tengo miedo! Gritaré hasta dejarte sordo.

–Nadie podrá oírte –me advirtió–. Los camerinos están insonorizados. Tecnología punta.

Mi estómago había comenzado a agitarse como un vagón en una atracción de feria.

–No seas tonto. Déjate llevar –sugirió, paseando una lengua rasposa a lo largo y ancho de mis mejillas.

–Jamás –respondí, alzando la barbilla y desafiándolo con los ojos–. Nunca he estado con un hombre. No me va ese rollo.

–Siempre hay una primera vez para todo. ¿Tienes miedo de que te guste?

Me recorrió el rostro con un dedo lánguido y pertinaz, provocando un escalofrío en mi columna vertebral. Un escalofrío de rechazo, quise interpretar.

–Déjame ir.

Había puesto sus labios sobre mi cuello y comenzaba a desplazarlos hacia rincones más ocultos.

–¡He dicho que me sueltes! –bramé, hasta el punto de sorprenderme a mí mismo. Normalmente soy más comedido. Doy mi palabra. Pero aquel tipo me sacaba de quicio como nunca antes nadie lo había hecho.

–Está bien –admitió al fin, al tiempo que dejaba de ejercer presión sobre mis muñecas–. Puedes irte. ¡Eres libre, pajarito!

Me lo había puesto tan fácil que vacilé.

–¡Lárgate! –chilló.

Esta vez no lo pensé dos veces: me incorporé, como un vampiro al que acabasen de clavar una estaca.

Y estaba a punto de salir por patas cuando me detuvo una voz femenina.

–Tanto buscarme, tanto preguntar por mí, para huir a la primera de cambio.

Me di la vuelta. El *drag queen* seguía allí, pero era la voz de Marta la que acababa de helarme la sangre.

Capítulo 17

La vida nos sorprende continuamente. Y, a menudo, respecto de las cuestiones que asumimos como verdades absolutas. Para protegerla del mundo, o quizás para protegerme a mí mismo, había diseñado en mi mente una imagen de mi amiga que deseaba con ahínco conservar intacta para siempre.

Como una de esas flores prensadas que uno guarda entre las páginas de un libro con la esperanza de que mantenga eternamente su esencia, así es como pretendía yo apartar a Nina de cualquier cosa que pudiera adular su inocente belleza. La Nina niña, esa joven incauta, ajena a cuanto a su alrededor pudiera corromperse, era el último nexo que me ligaba a mi propio imaginario infantil, y yo me había propuesto que ese templo jamás fuera violentado.

Ni siquiera me había parado a reflexionar sobre lo inevitable: antes o después, la propia naturaleza se impondría y Nina dejaría de ser la chiquilla que era para dar paso a la mujer curiosa y atractiva que habría de llegar a ser. Era lo lógico, lo natural. Y, aunque yo me resistiera a admitirlo, aquel cambio se estaba ya produciendo.

Mientras tanto, me jactaba viéndola embutida en aquellos pantalones anchos que disimulaban sus carnes delgadas en vías de desarrollo. Desde el último verano, época en que la había contemplado en bañador por última vez, la figura de Nina había quedado delimitada en mi pensamiento como la de una adolescente flaca, de pecho y vientre planos, sin otras curvas que unas resbaladizas nalgas que quedaban perfectamente ocultas bajo la ropa deliberadamente masculina.

No sospechaba que una realidad bien distinta estaba a punto de sacudirme. Había pasado un año entero desde aquel día, tiempo suficiente para que el cambio obrara el milagro. Era una tarde de junio de esas en las que el calor imparte una justicia mal repartida en forma de impenitente sol. Como si se tratase de una hermana incómoda, me había visto obligado a arrastrar a Nina conmigo hasta la piscina municipal. Esta vez no podía arriesgarme a

decepcionarla: el recuerdo de aquella fiesta estaba todavía fresco en nuestras memorias y, aunque el deseo de yacer en la hierba junto a Carolina (última conquista) y aprovechar para que mi mano incursionara en terrenos aún inexplorados de su anatomía, camuflada bajo el influjo de la deslumbrante luz de un incipiente verano, era poderoso, decidí dejarme acompañar por mi amiga y encalumarle a alguno de mis amigos la impagable tarea de distraerla mientras yo me entregaba a un entretenimiento menos intelectual pero estimulante.

El asfalto parecía querer derretirse bajo nuestros pies mientras caminábamos hacia las instalaciones radicadas en la periferia de la ciudad. Nina arrastraba las deportivas, acompañando cada paso de un bufido.

–No hacía falta que vinieras si no te apetecía –le reproché.

–¿Y perderme la diversión de contemplar un espectáculo tan primitivo?

Me molestó aquella alusión directa a lo que ambos sabíamos que ocurriría entre las hamacas. Pero resolví guardar un elocuente silencio. No me apetecía discutir con Nina, precisamente ahora que acabábamos de retomar una amistad durante meses en la cuerda floja.

Continuamos avanzando, envueltos en un mutismo obstinado solo roto por el sonido de nuestros pasos y el golpeteo de la mochila de Nina, perfectamente alineada contra su espalda.

–¿Qué llevas ahí que hace tanto ruido? –me atreví a preguntar, con la esperanza de recuperar el tono de una conversación cordial.

–Un equipo de salvamento para recuperar a memos en estado de shock ante la posibilidad de vislumbrar un pedacito de carne femenina.

–Nina...

–Exhaló un suspiro exagerado.

–Toalla, chanclas y biquini –admitió, con resignación–.Y un libro, para evitarme la tentación de sucumbir al odioso cotilleo.

Había dejado claro que estaba en pie de guerra, de modo que preferí afrontar lo poco que nos quedaba de camino con la boca cerrada. Además aquella referencia a un biquini me había dejado sin palabras. Me costaba imaginar a Nina dentro de una prenda de aquellas características, habida cuenta de que no había pecho con que rellenar el sujetador. ¿Cómo se las arreglaría para llevarlo con dignidad? No tuve tiempo de encontrar una respuesta pues, casi enseguida, alcanzábamos la entrada y, mostrados los pases, accedíamos a las instalaciones.

Había poco hueco para extender las toallas, si bien Carolina y sus amigas, que habían llegado con antelación, nos tenían reservada una buena porción de césped. Carolina lanzó una mirada suspicaz a Nina que no pretendía pasar inadvertida. Nina la recorrió de arriba abajo con la expresión de un gato frente a un pescado rancio. Después colocó sus cosas a una prudente distancia antes de agarrar su mochila para dirigirse al vestuario con gesto aburrido.

Fueron unos pocos segundos, pero tensos, así que decidí que era un golpe de suerte perder de vista a Nina y contar con algo de margen para avanzar en la conquista de la tierra prometida; Carolina parecía estar de acuerdo, pues no tardó en invitarme a sentarme en su toalla, donde me sirvió un aperitivo de lo que vendría más tarde en forma de beso. Acto seguido comenzó a parlotear sobre tendencias de moda para la temporada y planes con amigas que me interesaban tanto como una mosca a una vaca. Mis ojos se perdieron en el balcón de su escote; buscaba la manera de llegar hasta sus pechos, que se mostraban impúdicos bajo un trozo de tela demasiado pequeño para tan generosas carnes.

Entretanto, mis amigos se nos unieron, momento que Carolina aprovechó para incorporarse y mostrarse en todo su esplendor. No es que tuviera un cuerpo diez, era más bien gordita y desproporcionada, pero no se necesita más que lo justo en el lugar apropiado para colmar las expectativas de un joven en pleno apogeo sexual. Ella era consciente y no dudaba en pavonearse a lo largo y ancho de la piscina, provocando miradas de admiración. Experimenté una necesidad salvaje: unas hormonas revueltas como las mías no estaban preparadas para dos embates como el que suponían aquellos saltos en el agua con los que Carolina me lanzaba significativos mensajes. De no ser por lo abultado de mi bañador no habría dudado en sumarme a tamaña fiesta; no obstante, me vi obligado a permanecer sentado, con la frustración golpeando contra la tela de mi traje de baño. Me resigné, además, a aguantar las burlas de mis amigos, que disfrutaban tanto con la escena que se me habían puesto delante, tapándome parcialmente la visión. Lanzaban silbidos y palmas, organizando tal alboroto que consiguieron aplacar mi excitación. Por fin pude ponerme en pie y busqué entre sus cabezas un hueco que me permitiera disfrutar otra vez de las buenas vistas. Al fin y al cabo, yo había pagado mi entrada en primera fila y no estaba dispuesto a ceder la butaca.

La sorpresa me heló la sangre: Carolina estaba en el agua, enrojecida y muerta de la envidia. No era a ella a quien iban dirigidas aquellas muestras de

aprobación, sino a Nina, quien, recién salida del vestuario luciendo un bikini floreado en tonos vivos, se aproximaba hasta nosotros. Ajena al revuelo que ocasionaban sus caderas al caminar, sonreía tímidamente. Reparé en su cuerpo, que nada tenía que ver con esa fotografía mental que tan celosamente guardaba yo en mi memoria. La Nina de ahora era una mujer por derecho, con una figura espectacular, de seductoras curvas que se dirían delineadas por las manos de un demonio tentador. Había florecido de repente. Y, lo que resultaba más fascinante y atractivo: apenas parecía consciente de ello.

No hizo falta trajinarse a ningún amigo para que entretuviera a Nina, puesto que todos ellos se lanzaron muy gustosamente a la tarea de rodearla y captar su atención. Me sobraban las ganas de envolverla en una toalla y echármela sobre los hombros para sacarla de allí antes de que algún gañán intentara ponerle la mano encima. Resultaba extraño, pero me sentía traicionado: ¿acaso no se mofaba Nina de toda suerte de intercambio entre sexos? ¿Por qué entonces lucía tan altanera y satisfecha mientras unos cuantos babosos competían por arrancarle una sonrisa?

Durante las siguientes horas no pude concentrarme en Carolina, y mi propósito de disfrutar de una tarde de plácidos baños y deliciosas caricias se vio reemplazado por una nueva misión: la de proteger la virtud de mi temeraria amiga, quien estaba siendo cortejada por una cohorte de zánganos resueltos a aprovecharse de su virginal condición. Cada vez que trataba de dirigir mi atención hacia cualquier parte de la anatomía de Carolina era la imagen de Nina la que se interponía: su piel deliciosa, brillante, su elegante cuello expuesto a los ávidos ojos de cualquier observador por obra y gracia de un improvisado y gracioso recogido. Me distraía de mi propósito, porque me sentía en la obligación de velar por ella.

—Pensaba que preferías leer antes que participar de las ofensivas diversiones a las que nos entregamos los tristes mortales. —Le eché en cara, aprovechando la primera oportunidad en que nos quedamos solos.

—¡Álex! Solo estaba dándome un baño! —se defendió, y un rastro de diversión mal disimulada asomó a sus ojos.

No pudimos continuar con la conversación, y tuve que tragarme mis reproches, porque Carolina no tardó en marcar distancia entre Nina y yo. Fue una tarde amarga y reveladora. Nina había dejado atrás a la niña para dar paso a una mujer con poderosas armas. Me sentía confuso y decepcionado. Tanto que necesité una semana para poder mirarla otra vez a los ojos. Me

daba cuenta de que nada volvería a ser como antes, y eso me dolía igual que si me hubieran amputado un trozo de alma.

Unos cuantos años habían pasado sin que una sorpresa de tal calibre alterara mi paz de espíritu. Esta vez el escenario no fue una piscina, sino un camerino sito en un oscuro pub lindando con el barrio chino. No era de día sino de noche, cuando descubrí que, bajo el disfraz de *drag queen* se escondía otra vil impostora.

Y, como aquella tarde quince años atrás, deseé que su traición fuera lo suficientemente grande como para alejarla de mí para siempre.

Capítulo 18

–Te has estado burlando de mí –le reproché, mientras la observaba deshacerse de su negra peluca. Debajo asomó su cabello melado, y un intenso olor a coco invadió la estancia.

–Así es. Y me he divertido mucho, puedes jurarlo.

Tiró de las pestañas postizas, las depositó sobre un pequeño cenicero que descansaba sobre el tocador, e hizo otro tanto con el collar de cuentas que adornaba su estilizado cuello.

–A mi costa.

–¡No seas quisquilloso!

–Sin embargo, no era necesario llegar hasta el extremo. Me has causado miedo. Asco. Has abusado de mi buena fe –protesté.

–También tú lo has hecho: acosándome, pidiendo informes sobre mí. Me has puesto en un aprieto, ¿sabes?

–¿Qué eres? ¿Una prófuga de la justicia? ¿Una espía? ¿La principal testigo de un asesinato acogida a un programa de protección policial?

Me guiñó un ojo hipermaquillado y sus largas pestañas aletearon en la penumbra de la habitación.

–Algo así.

–¡Venga ya! Eres solo una de esas chicas malas que se dedican a cazar almas erráticas con el único fin de torturarlas.

–¿Y tú? ¿Te ha asaltado la inspiración o eres un poeta aficionado?

–Ambas cosas.

–Ven aquí. –Me tendió una mano. Sus uñas postizas despidieron destellos dorados. Eran largas, como los días sin ella, y sobre la laca bermellón que las recorría de parte a parte había estrellas de oro dibujadas—. Me aburre discutir.

Estaba tentado. Más que eso: sentía una fuerza extraña empujándome hacia ella, como si yo fuese un camarón en medio de una marejada. Marta era uno de esos titiriteros que manejan los hilos de la vida con destreza, y yo me había convertido en su muñeco.

La miré a los ojos: sin aquella peluca ensortijada y bajo un sinfín de capas

de maquillaje se adivinaban los rasgos de la chica de la noria. La mujer de mis sueños, aquella que llevaba semanas buscando: mi Marta.

Pero no podía pasar por alto aquel agravio. No todavía.

–La verdad es que estoy molesto. Muy molesto.

–Estás perdiendo el tiempo. Y el tiempo es un bien demasiado valioso como para desperdiciarlo. –Su afirmación sonaba a amenaza, pero aún sentía la necesidad de recriminarle. Había renunciado a muchas cosas por ella; de alguna manera, me lo debía.

–Te he buscado por cielo y tierra. Estaba desesperado.

–Lo sé.

–Regresé a la feria. Un día tras otro. Fui a la comisaría, a casa de ese noviete tuyo... ¡Recorrí la ciudad montones de veces! –relaté.

–Y, sin embargo, aquí me tienes. Este, y no otro, es nuestro momento. Aprovéchalo. ¡Exprímelo! Deja atrás los reproches... o vete ahora.

Sentí una sacudida. Marta sabía como nadie poner cada cosa en su sitio. Recorrí la distancia que nos separaba y me dejé envolver por sus brazos de araña. Me sentía como en un sueño y no deseaba despertar nunca.

–Eres muy romántico, chico de ojos tristes –afirmó mientras me acariciaba el pelo–. Has venido a mí, a pesar de todo. Debe ser una broma del destino.

Se incorporó, tiró de la cremallera hacia abajo y dejó caer el mono sobre la alfombra de sisal. A sus pies refulgió una masa de lentejuelas. Aquellas que, hasta un momento antes, había acariciado su cuerpo. Pero mis ojos volaron más arriba, hacia el lugar donde resplandecían sus pechos de nácar.

–Pero quedas advertido: no debes esperar nada. Yo no podría estar a la altura.

–Correré el riesgo.

Capítulo 19

Marta no creía en las promesas, así que se negó a asegurarme que nos volveríamos a ver. Sin tener en cuenta mis sentimientos, sin reparar en mi agonía. Me dejó contando los minutos para la próxima vez, soñando con otra noche como la que habíamos pasado juntos: apasionada, bestial.

No teníamos una cita en el sentido estricto de la palabra. Pero ahora que sabía dónde encontrarla, había recuperado un poco de la calma perdida durante los últimos tiempos. Marta trabajaba dos noches por semana en El Diablo Rojo. Ejerciendo, por otra parte, de lo que no era.

–No se trata de engañar a nadie –me había explicado, en tanto jugueteaba con el vello de mi torso desnudo–; los clientes quieren vivir una ilusión. Y eso les doy yo.

–Pero ellos creen estar viendo a un grupo de chicos disfrazados de chicas. Artistas. Travestidos –discrepé.

–Bienvenido al mundo del espectáculo, *baby*. Un paraíso donde los límites entre fantasía y realidad se diluyen para procurar el placer del respetable. No importa si lo que ves es solo una ilusión óptica. Lo que interesa es el resultado, la emoción que te despierta el *show*.

A pesar de lo convincente de sus argumentos, no conseguía quitarme de la cabeza el hecho de que en aquel local se vendía un producto tarado. Que se aprovechaban de la ingenuidad y la confianza de los clientes.

–¿Todas sois chicas?

–¡Me ofendes! ¿Crees que existe alguna otra a la altura? ¡Ni hablar! –se respondió ella misma–. Únicamente yo puedo hacerlo. Para llegar hasta ellos, hay que saber comprenderlos. Entrar en su mundo, respetarlos. No es una empresa fácil, puedes creerme.

No dudé de sus palabras, porque para entonces intuía ya que Marta era capaz de hacer cosas tremendas. Cosas distintas, de esas con las que los demás solo podríamos soñar. Podía ejercer de Bella y, al momento siguiente, de Bestia. Ser una miserable hormiga enfrentando a un elefante africano. Jekyll y Hyde.

—De alguna manera, todos vivimos una irrealidad —expuso Marta a modo de conclusión—. La mentira forma parte de nuestra existencia. Es como la sangre: fluye por nuestras venas, alimenta nuestro espíritu. Y no podemos vivir sin ella.

Aquella filosofía de vida la llevaba Marta hasta el extremo. Pero esto lo supe mucho más tarde. Esa noche fue solo el comienzo. Yo era apenas un iniciado en el juego del amor.

Hicimos el amor dos veces. Nos movíamos acompasados por el ritmo de nuestros cuerpos febriles, enredados en el sudor y la densidad del maquillaje artístico. No hubo ternura; aquello era naturaleza en estado primitivo. Al fin y al cabo, no éramos más que un par de desconocidos unidos por un común deseo: gozar del momento, saborearnos la piel hasta quedar exhaustos.

Una vez caímos sobre la alfombra sentí el peso del adiós planeando sobre nuestras cabezas. Temblé: Marta era implacable en lo que a cuestiones formales se refería. No admitía presiones, no toleraba debilidades. Del mismo modo que había llegado hasta mí aquella primera vez bajo la noria, me despidió: a las bravas, sin detenerse a escuchar réplica alguna.

—Ya tienes lo que querías —afirmó mientras me empujaba hacia el exterior. El primer rayo de luz del alba comenzaba a filtrarse por la buhardilla que asomaba a la calle. Como una señal premonitoria del fin que se cernía sobre nosotros.

—¿Puedo verte otra vez? ¿Quieres que te deje un número, una dirección, algún dato para que puedas localizarme?

Sabía que sonaba desesperado, patético. Que mis ruegos me ponían a la altura de los charcos que sus botas de tacón pisaban durante los días de lluvia. Pero poco importaba ya, toda vez que Marta había cerrado la puerta del camerino y, con ella, la entrada a su corazón quedaba indefinidamente vetada.

Capítulo 20

De recuerdo había dejado unos cuantos mordiscos en mi cuello y la marca sobre mi espalda de unas uñas tan falsas como un billete de tres euros. Además de un corazón esclavizado que ya no latía más que al ritmo que marcaba ella: la Gata. Mi Afrodita. Mi oscuro objeto del deseo.

Pronto me convertí en asiduo de El Diablo Rojo. No podía apartar de mí mente sus ojos: esa mirada extraña, por momentos vacía, en la que refulgía un brillo sobrecogedor siempre que una emoción la dominaba. Asistía a cada pase del espectáculo solo para disfrutarla aunque fuera de lejos, mendigando luego unos pocos segundos de su tiempo, los que pocas veces se dignaba a regalarme. Porque si desde el escenario Marta se negaba a ofrecerme apenas unas pobres miradas, no se prodigaba mucho más una vez que se apeaba del tablero.

La mayor parte del tiempo me ignoraba a propósito, para incitarme después, prolongando la agonía de la que yo era preso. Me traspasaba con sus pupilas penetrantes, para castigarme acto seguido con una cruel indiferencia. Necesitaba hablarle, pedirle que nos viéramos a solas, pero en algunos momentos dejaba traslucir en sus ojos un desprecio tan crudo como un invierno en la Antártida, paralizando mis intenciones. Acto seguido requería de mi presencia en la barra, agitando un dedo seductor a modo de vara de mando. Y me sacaba un par de copas, obligándome a adularla en tanto daba cuenta de su contenido.

Eran tan variadas sus poses que parecía una actriz representando distintos papeles para una misma obra. Se le notaba que gozaba a mi costa, mientras que yo me paseaba a lomos de una montaña rusa emocional. Me tenía oscilando entre el cielo y el suelo: a punto de tocar el paraíso, adonde me transportaba rendido entre promesas que imaginaba anidadas en sus labios seductores. Me llevaba de la mano hasta las nubes, para después soltar mis dedos de entre los suyos y contemplar desde su pedestal mi caída, con aire satisfecho y una malicia insospechada para una criatura tan aparentemente frágil.

Jugaba conmigo, no mostraba piedad. Mientras que yo me sentía bajo, despreciable. El ser más indeseable del mundo; un miserable. Hasta algunos de sus amigos habían sucumbido a mi padecimiento y ahora empleaban parte de su tiempo en darme ánimos. Imaginad a una desconocida Jenny, aquella chica de cresta rosada que tan mala baba había tenido conmigo en mi primera visita al local. Había terminado por compadecerme, y era rara la noche que no me ofrecía un poco de compañía o una copa con la que ahogar las penas. Yo no acertaba a dirigirle media palabra: cada uno de mis sentidos se concentraba en los movimientos de Marta. Vivía hipnotizado. Marta era coqueta, descarada. Disfrutaba desplazando sus carnes delgadas de un lado a otro del local. Vaporosa, como una ninfa alada. Era flaca y aparentemente endeble como el tallo de una amapola. Pero su seguridad en sí misma la hacía aparecer ante los ojos de los demás como una poderosa guerrera, tan fuerte y atractiva como la más pintada de las Amazonas.

Me atraía de un modo enfermizo. Y ahora mucho más, después de haber experimentado nuestro primer encuentro sexual. No hallaba explicación a su conducta: si ella también parecía entregada aquella noche, si disfrutaba como yo del sexo en común. Si en su mirada, naturalmente opaca, parecían haber prendido chispas de fuego... ¿Por qué me rehuía de una manera tan obstinada?

Por fin una noche se produjo un acontecimiento. Un hecho que determinó que mi destino quedara marcado para siempre. Marta terminó su función y se dejó caer por la barra. Pidió un *bloody mary*, se lo echó en la garganta de un trago y se volvió hacia mí. Era la primera vez que nuestras miradas se cruzaban en los últimos tres días y mi pecho se agitó bajo el peso de una emoción intensa.

—Te lo advertí, bebé. Pero no has querido escucharme. Te dije que no debías esperar nada.

—Lo sé —balbucí—. Y no lo espero, te lo aseguro. Solo quiero estar cerca de ti. No pretendo molestarte. —Sabía que sonaba patético. Pero no me importaba mientras tuviera una mínima oportunidad de acceder a ella.

Me puso un dedo sobre los labios.

—Calla para siempre. Ya no tienes escapatoria. Ahora me perteneces, en cuerpo y alma. Pero no olvides esto: yo nunca seré tuya. Jamás. Así lo has querido, así lo tienes.

Acto seguido se abalanzó sobre mí y asaltó mi boca con el deleite de la

mantis religiosa que paladea a su pareja antes de llenarse el estómago con ella.

Capítulo 21

–Nunca haré eso –le advertí–. Por más que insistas. Jamás podría.

–Estás sacando las cosas de contexto. Solo es un beso. No significa nada, Álex–Nunca había visto a Nina tan decidida respecto a algo. Parecía llevar un cartel en la frente que rezara “pienso hacerlo”.

–Para mí sí. Me sentiría raro. Como si estuviese haciendo algo horrible.

–¡Pero si eres hombre! No necesitas estar enamorado para besar a una chica.

–¡Es que tú no eres una chica! –Enseguida me arrepentí de mis palabras. En el rostro de Nina la incredulidad se mezclaba con la indignación.

–Sí. Ya sé que no te resulto atractiva. Apenas puedes disimularlo, ¿verdad?

–No se trata de eso, Nina. –La agarré del brazo antes de que comenzara a alejarse–. Eres bonita, cualquier chico daría un dedo de su mano por poder besarte.

–Cualquiera menos tú.

–¡Sería incestuoso, reprobable! Eres como una hermana para mí.

–No somos hermanos, Álex. Aunque te empeñes, somos solo un par de amigos.

–Y los amigos no se besan –objeté.

–Se trata de un favor. Precisamente en honor a esa amistad que proclamas a boca llena es por lo que me he atrevido a pedírtelo. Un beso, sin más implicaciones.

Nina tenía una cita aquella noche y estaba resuelta a adquirir cierta experiencia antes de lanzarse a la aventura de un primer beso.

–¿Estás dispuesta a desperdiciar tu primer beso conmigo?

Un extraño fulgor atravesó sus ojos.

–Es una cuestión práctica, Álex. No quiero ir de pardilla cuando Iván me asalte. Sé que ocurrirá hoy.

Experimenté una sacudida de rabia. Algo parecido a los celos, aunque era absurdo. Yo no sentía nada por Nina más allá del cariño. Sin duda, debía tratarse del recuerdo de las babas de Rita derramándose por mi barbilla.

Nadie merecía pasar por una situación tan traumática.

–Ten cuidado, Nina. No vayas a hacer algo de lo que te arrepientas. No tengas prisa y procura que sea una ocasión difícil de olvidar.

–Lo que te pasó con Rita no tiene nada que ver con esto –aseguró, adivinando mis pensamientos–. Además, yo ya he esperado mucho.

Traté de sofocar las ganas de seguir discutiendo. Nina no era de esas chicas lanzadas que ejecutan y luego piensan. Sus decisiones eran producto de una larga reflexión. Pero algo me impulsaba a pelear con ella a pesar de todo.

–¿Crees que eres más lista que yo solo porque has sabido esperar?

Alzó la barbilla y me sostuvo la mirada.

–Iván me gusta, y ahí radica la diferencia. No es solo cuestión de piel. –El estómago me dio un vuelco. Pero estaba seguro de que se debía al hecho de que osara cuestionar mis razones, y no a otra cosa.

–Adelante, entonces, señorita testaruda. Lánzate, deja que se aproveche de ti hasta donde pueda.

Noté que sus mejillas tomaban el color de las cerezas. La cara de Nina era un espejo de sus emociones y, cuando se enfadaba, una llamarada furiosa la recorría de parte a parte.

–¿Qué es lo que te pasa, Alex? ¿Acaso eres tú el único que tiene derecho a disfrutar de lo bueno de la vida? Estoy harta de reservarme para alguien que me merezca, ¿sabes? Mientras tanto, quiero experimentar. ¡Quiero vivir! Así que no inventes más excusas, si no quieres ayudarme ya buscaré a alguien mejor dispuesto–. Vi cómo se daba la vuelta y sentí que un abismo se abría delante de mis pies.

–Está bien. –Claudiqué, porque la perspectiva de que Nina fuera regalando besos por ahí me parecía desoladora–. ¿Quieres un beso? Pues un beso vas a tener.

Una sonrisa triunfal asomó a sus labios y di un paso hacia adelante, pero Nina me detuvo, poniendo una mano sobre mi pecho.

–Así no. ¡Espera! Ya que estamos, vamos a hacerlo bien.

Mi rostro se contrajo en una mueca interrogativa. No entendía a qué se refería con aquello de “bien”. ¿Querría Nina prepararse para vivir un instante único? Quizás esperara mucho más de lo que un simple beso significaría: un choque de labios, un mero contacto físico, la puerta de entrada a una gama de posibilidades que esperaba estuvieran fuera de su alcance todavía por mucho tiempo más. De repente el riesgo de desilusionarla se me antojaba

aterradoramente elevado.

–Cacahuets. –Arqué una ceja. ¿Me estaba pidiendo un beso o una cita para tomar el aperitivo?

–Tu comida preferida –anunció, igual que si estuviera asegurando que la Tierra es redonda–. Debe saber a cacahuets.

Disimulé la sonrisa que me provocaba aquel empeño de Nina por hacer de algo tan básico pura magia.

–No tenemos cacahuets.

–Te equivocas –me contradijo, y sus pupilas se iluminaron con los ecos de una victoria–. Luego sacó una bolsita del bolsillo de su chaqueta y se echó unos cuantos a la boca–. ¿Quieres?

–Mejor no. –Me quedé pensativo. Aquello estaba tomando el color de una manada de bisontes–. ¿No te parece algo asqueroso?

–Creía que te gustaban los cacahuets –respondió con naturalidad.

Me abstuve de explicarle que me gustaban, pero en mi propia boca, no en otra. Con todo, la ilusión que Nina le estaba poniendo al asunto terminó por derribar mis defensas. Era su beso, poco importaba lo que yo sintiera cuando se trataba de ayudarla a adquirir cierta experiencia antes de enfrentarse al momento crucial.

–No hagamos esperar a Iván. –Me acerqué y la rodeé con un brazo. Me sorprendió que temblara. Probablemente estuviera asustada; después de todo, para ella era la primera vez.

Pegué mi boca a la suya y dejé caer un beso sobre sus labios trémulos. El olor del cacahuete me embriagó, como lo hicieron sus labios, suaves como retales de terciopelo. Deseé anidar allí, pero era más sensato tomar distancia. No se trataba más que de una prueba, un juego. Además, estábamos hablando de Nina, no de cualquier otra: un paso en falso hubiera puesto nuestra amistad en tela de juicio. Esperé una reacción por parte de Nina y busqué en sus ojos la respuesta que no me daba. En ellos se leía la expectación.

–¿Qué te ha parecido? –Me atreví a preguntar.

–Apenas me he enterado –respondió, desafiándome con la mirada–. Yo creía que jugabas en otra liga, Alex. Esto es para niños de diez años. Lo que yo quiero es un beso de verdad.

Ni siquiera me detuve a pensar en lo apropiado o inapropiado del caso. El aroma de los cacahuets, los dulces labios de Nina entreabiertos, invitándome a continuar con lo que apenas acabábamos de empezar, y aquel desafío, eran

mucho más de lo que cualquiera con sangre en las venas hubiera sido capaz de soportar.

La cuestión es que me lancé sobre su boca por asalto, introduciendo mi lengua hasta el fondo, buscando la suya, que se entregó por completo a la tarea de enredarse con la mía en un baile sensual, interminable. Una especie de corriente eléctrica se había instalado entre nosotros, obligándonos a permanecer abrazados. Nina se mostraba atrevida, sus dedos me acariciaban la mejilla mientras se entregaba a la misión de darse y darme placer. Había mucho erotismo en el modo en que su lengua rozaba cada parte de mi boca: primero tímida, después con autoridad, como lo haría solo alguien que se sabe dueña y señora. Sentía, además, su cuerpo blando y tibio apretándose contra el mío y aquello desató una oleada de pasión que me desconcertó. No sé cuánto duró el beso; podría haber sido eterno de no ser porque la mano de Nina se interpuso, apartando la mía, que se había deslizado hasta uno de sus pechos.

—¡Álex! —gritó, dando un salto hacia atrás. Sentí un frío helador en el cuerpo, como si acabaran de dejarme desnudo a la intemperie—. ¡No soy una de esas chicas que sumas a tu lista de conquistas!

Quise responderle, pero estaba excitado y sin aliento. De modo que apenas acerté a dejarla ir, mientras permanecía allí parado, con cara de bobo, pensando que si aquello había sido un beso fingido Nina y yo teníamos todas las papeletas para ganar el próximo Goya a mejores actores.

Capítulo 22

Desde el momento en que Marta decidió que yo le pertenecía puedo decir que sé lo que significa tocar las estrellas. Invito a los incrédulos a seguir leyendo, para que conozcan la gloria de pasar unas horas junto a la Gata.

Me había adosado a su piel y a su olor. Entregado al huracán de su personalidad arrebatadora. Nos citábamos en El Diablo Rojo, después de cada una de sus actuaciones. El ritual era siempre el mismo: Marta me arrastraba hasta su camerino, entre besos y caricias desenfrenadas. A veces ni siquiera nos desvestíamos; no hacía falta. Nos rozábamos con ansia, con una pasión desbordante, para terminar montados el uno encima del otro, cabalgando juntos hacia el éxtasis de un orgasmo distinto en cada ocasión. Acto seguido me empujaba hacia la puerta y me despedía sin más. Sus ojos se tornaban fríos, misteriosos.

No intercambiábamos más que fluidos porque las palabras sobraban. Y jamás dormíamos juntos. Era un acto demasiado íntimo para Marta: ella prefería quedarse sola, con lo que quiera que fuese que le pasaba por la cabeza.

A cualquier otro no le habría bastado con aquella suerte de relación insólita. A mí, no obstante, un trocito de Marta me sabía a todo. Me parecía tocar el cielo cada vez que me acercaba a ella, de ahí que resolviera interponer un velo frente a cualquier atisbo de duda que pudiera acecharme. Me había costado tanto llegar a aquel punto que no estaba dispuesto a renunciar a lo que teníamos, por poco que fuese.

Marta se negaba a darme una dirección, otro lugar donde localizarla distinto al pub. No se cansaba de recordarme que, si alguna vez me atrevía a seguirla, jamás volvería a verla. Resultaba misión imposible descubrir cualquier cosa sobre su vida: de dónde procedía, cuáles eran sus aspiraciones y sus metas, hacia dónde se dirigía. Por el mismo motivo, era igualmente discreta respecto de sus amistades, su familia y el resto de cosas importantes. No ofrecía datos. Todo cuanto la rodeaba era un universo insondable.

Había dejado muy clara su opción: no había nada que rascar. No toleraba

preguntas ni agobios. Era ella quien controlaba la situación: el momento en el que debíamos encontrarnos, el tiempo que habríamos de pasar juntos. Y también el que no. Si debería haberme pesado aquella barrera unilateralmente impuesta era una cuestión que no me preocupaba entonces. Las migajas que Marta me daba le restaban interés a lo que pudiera hacer durante el día.

El local nocturno se había convertido en una segunda casa para mí, hasta el punto de que abandoné la mía, como antes había abandonado mi vida. Por ella. No podía culparla: Marta no me lo habría pedido nunca. Pero en aquel momento era lo que más me apetecía: besar el suelo que pisaba era mi principal ocupación las veinticuatro horas del día. Hasta cuando no estaba con ella respiraba por ella. La veneraba, la traía a mi mente una y otra vez, deleitándome con los detalles de cada encuentro. Como un drogadicto después de cada dosis letal.

Empecé a entrar en un estado casi cósmico. Había construido una especie de burbuja en torno a la Gata y me sentía tan a gusto en el interior que era capaz de perdonarlo todo, de olvidarlo todo.

Y fue en uno de esos arrebatos de buen rollo y generosidad cuando me decidí a llamar a Nina. Habían pasado casi tres meses desde la última vez que estuvimos juntos. Sabía que debía estar enfadada, pero no me importaba. Marta me había insuflado una energía positiva que me hacía inmune a los momentos amargos.

Capítulo 23

–Tal vez nos precipitamos. –Las palabras escapaban de mis labios como balas de una metralleta, añadiéndose unas a otras de un modo mecánico.

A idéntica velocidad latía mi corazón. Con su runrún aplastante golpeándome el pecho. Dispuesto a salirse de él si las cosas se ponían feas. En cualquier momento. Había querido sentirme un hombre sin corazón: hacerme fuerte, para enfrentarla sin complejos. Pero había sido en vano: yo era vulnerable, estaba receptivo a sus sentimientos aun proponiéndome lo contrario.

De otro lado, necesitaba conocer su opinión como un pez necesita el agua para respirar. Nina había formado parte de mi historia y compartido mis decisiones hasta donde alcanzaba mi memoria. Quería su aprobación, a pesar de ser consciente de que ella no se sentiría inclinada a dármela. Era todo lo sensata que cabría esperarse de un consejero, y su criterio había determinado muchas de las más importantes elecciones que había hecho en mi vida.

Egoístamente, había llegado a la conclusión de que todo habría de volver a su sitio, al lugar donde lo dejamos antes de que Marta irrumpiera en nuestras vidas. Antes de que cayera sobre mí con todo el peso de su personalidad arrolladora. Lo supe desde que levanté el auricular: Nina era parte de mí, incluso a pesar de mí mismo. A pesar de Marta y de lo que ella suponía ahora.

Nina, no obstante, no parecía dispuesta a reconocerlo. Desde que había descolgado el teléfono se había desarrollado un triste monólogo donde yo parecía el único interlocutor en medio de un vacío desconcertante. Obligado a sentir el eco de mi propia voz, a reconocer en ella mi ansiedad, mi delirio. Nina se limitaba a respirar al otro lado de la línea, abrumándome con su silencio. Me agobiaba su actitud, estaba seguro de que lo hacía a propósito para mortificarme.

Y lo cierto es que producía efectos desoladores sobre mi conciencia: sentía un peso enorme, una opresión en el alma. Me habría gustado trasladarle mi alegría, compartirla con ella. Pero era como pretender bailar al sol con un

nubarrón planeando sobre la cabeza. Dolía más lo que callaba que lo que había calculado escucharle decir. Hasta hubiera preferido que me insultara, que me recriminara por haberla mantenido lejos de mí en las últimas semanas.

–Creo que estoy hablando demasiado –reconocí, en un intento desesperado por salvar los restos de nuestra resquebrajada amistad–. Y todavía no me has dicho qué opinas tú.

Esta vez el silencio se hizo más largo, más profundo. Y el rumor de mi corazón se intensificó, hasta el punto de golpearme los oídos obstaculizando cualquier otro sonido que pudiera generarse alrededor.

–Nina, ¿estás ahí?

Una respiración intensa, un carraspeo. Y, después, una voz que sonaba extraña, distinta.

–¿Quieres mi opinión, verdad? Hace semanas que no sé nada de ti. No respondes llamadas, no te comunicas con las personas que te aprecian. ¿De verdad te interesa lo que pienso? –escupió.

–Deberíamos vernos. –Las palabras escaparon de mi garganta sin que tuviese oportunidad de frenarlas. Sin motivo ni razón aparente. Acababa de lanzar una cuerda al otro lado de la valla. Pero Nina no estaría allí para recogerla–. Me gustaría contarte algo.

–No creo que sea una buena idea. –Se apresuró a oponer, dejándome una comezón inexplicable.

La inquietud dio paso a la rebeldía: si había pretendido hacerme sentir culpable, estaba lista. Aquel era mi momento con Marta y, bien pensado, nadie tenía derecho a estropeármelo. Ni siquiera una buena amiga. Ni siquiera mi gran amiga. Habíamos sido tan importantes el uno para el otro que dolía pensar en el trato que ahora nos dispensábamos. Era realmente triste, pero necesario. Durante unos trágicos segundos me sentí el protagonista de un culebrón. La víctima en un dramón de tercera categoría.

Poco importaba que hubiese sido yo mismo el causante de mi desdicha. Había llegado el momento de escoger: se trataba de Marta o Nina, porque ambas no cabían en el mismo espacio. Y no valía la pena detenerse a pensar más sobre ello. Era una decisión drástica pero inevitable: no podía renunciar a Marta; se me había metido en la sangre. Y, aunque doliese, ella había acabado con lo poco que Nina y yo habíamos compartido más allá de nuestra amistad de años. Sin proponérselo, había destruido nuestra confianza mutua y

puesto en entredicho nuestra lealtad. Si se trataba de algo irrecuperable, el tiempo lo diría.

Marta era un huracán, lo arrastraba todo a su paso. Era una borrasca en medio del desierto: aparecía cuando menos la esperabas y, como el agua, se escapaba entre los dedos en el momento en que pretendías retenerla. Paradójicamente, eso era lo que mantenía mi interés en cierto modo. La frescura con que bañaba mis sentidos compensaba cualquier pérdida: la más honda, la más lamentable.

Por eso cuando escuché cómo comunicaba la línea que me alejaba una vez más de Nina casi experimenté alivio. La balanza se había inclinado a favor de Marta sin necesidad de reconocerlo abiertamente. Nina me había ahorrado el trago y yo volvía a convertirme en ese cobarde que elude sus responsabilidades, capaz de infligir un daño a alguien que no lo merece.

Ahora tocaba afrontar la realidad y hacerlo solo: el volcán Marta había erupcionado y yo me había quedado en medio de la lava, dejándome arrastrar hacia un destino desconocido a la par que desconcertante.

Capítulo 24

Marta me iba haciendo pequeñas concesiones. Iba dándome pedacitos de cielo. Me dejaba que soñara con lo que sería una posible relación, con una vida en común donde ella y yo ejerceríamos de protagonistas. Dibujaba ante mis ojos la perspectiva de una historia normal. Algo parecido a lo que al resto de los mortales les estaba permitido disfrutar.

Y, no obstante, mis pensamientos tenían prohibido alejarse de una realidad que ella se obstinaba en refrescarme día tras día. Formaban, de hecho, parte de una fantasía obligada a mantenerse en el más estricto de los secretos. De haberle manifestado mis sentimientos, habría escapado. Se habría desvanecido como el agua sobre la nieve. Hubiese sido el principio del fin. Así había sucedido hasta entonces con cada una de sus anteriores relaciones. Marta tenía normas muy rigurosas a aquel respecto: nada de ataduras, nada de promesas, ninguna petición fuera de menú.

Debía acostumbrarme a compartirla con el resto. Porque, eso sí, Marta no era de nadie y era de todos. Como el agua del océano o el aire que reciben miles de millones de pulmones a lo largo y ancho del planeta. Para ella no se trataba más que de un juego. Se dejaba acariciar sin involucrarse. Hacía honor al *carpe diem* que llevaba tatuado en el pecho junto a aquella Vía Láctea que descendía hasta su vientre en una sugerente curva.

Para ser un alma errática, uno de esos espíritus que presumen de liberados, resultaba irrisoriamente controladora: no nadaba sin antes guardar la ropa, no se permitía el lujo de hablar sobre sí misma más que lo imprescindible. Me retaba a descubrirla y, al mismo tiempo, me apartaba de ella para posponer ese momento. Llegué a pensar que se trataba de un modo, equivocado a mi parecer, de hacerse la interesante. Y, a pesar de que era consciente del poder que comenzaba a ejercer sobre mi persona y de que estaba minando mi ánimo, no podía dejar de sentirme fascinado por todo cuanto la rodeaba.

Nos veíamos un par de días a la semana. Debían ser suficientes, a menos que quisiera ahogarme en un mar de anhelos. Y, no lo eran, sin embargo. Me sentía ansioso, y empecé a caer enfermo. Enfermo de ganas, enfermo de

celos. Me preguntaba qué sería de su vida el resto del tiempo, a qué dedicaría las horas que no pasábamos juntos. Me angustiaban las ideas que cruzaban por mi cerebro. ¿Yacería con algún otro infeliz, dispuesto, como yo, a mendigar un ápice de ella? ¿Se divertiría sin mí? ¿Encontraría cientos de entretenimientos más excitantes que enredarse entre mis muslos hasta el amanecer?

Una noche decidí colarme en El Diablo Rojo. Marta tenía un pase a la una y llegué justo a tiempo de verla sobre el escenario: retadora, coqueta como ella sola y dispuesta a favorecer los halagos. Su actuación era aplaudida por una jauría de borrachuzos entusiasmados. Depredadores y amigos de lo ambiguo que me asquearon. Sabía que debía reprimir mis impulsos, que nada bueno resultaría de un ataque de celos como el que comenzaba a calentarme la sangre. Era pueril, impropio de un tipo hecho y derecho como yo. Y, con todo, allí estaba, cayendo en el tópico.

En apenas unos segundos me había encaramado a la plataforma para dejar caer un puño enfurecido sobre el rostro de uno de los imbéciles: el más temerario, el que, tal como yo lo había hecho tiempo atrás, se había atrevido a saltar sobre ella.

Capítulo 25

Era una locura pero sentí la necesidad de espiarla aquella noche. Sabía que el tal Iván pasaría a recogerla a las nueve, y a esa misma hora me encontraba yo alrededor de su casa, agazapado como un vulgar ratero.

Detesté el poco estilo del tipo, que apareció con más de un cuarto de hora de retraso y poniendo el tráfico como excusa. Nina lo esperaba junto a una cabina. Se había puesto unos vaqueros y un jersey que se adhería a su cuerpo como una segunda piel, disimulando apenas una silueta donde la femineidad luchaba por imponerse al recato. Iba arreglada pero informal, muy al estilo de la genuina Nina. Cualquiera otra se hubiera esmerado en llamar la atención, pero Nina no requería de florituras: ella confiaba al cien por cien en su naturalidad y talento.

Iván tenía el aspecto de uno de esos universitarios pandilleros tan aficionados a las fiestas y las chicas. La saludó, dejando en su mejilla el rastro de un beso cargado de intenciones; después la miró largamente y esgrimió una sonrisa satisfecha que de inmediato deseé borrar de su rostro a golpe de bofetadas. Se notaba que esperaba mucho de aquella noche, más, con toda probabilidad, de lo que Nina estaría resuelta a ofrecerle. Aquello me puso definitivamente en guardia: Nina era joven, ilusa, apenas acababa de experimentar lo que era un primer beso (yo podía dar fe de ello, y todavía me sacudía un estremecimiento al pensarlo). Conocía tan poco del mundo, y era capaz de entregarse de modo tan alejado de prejuicios y malicia, que era obligatorio advertirla.

Cuando me habló de sus planes no imaginaba que existiera un peligro tan acusado. Yo mismo había besado a unas cuantas chicas, sufriendo, a lo sumo, algún desengaño respecto de mis expectativas. Aunque recelaba de otros chicos comprendía que el ritmo natural de desarrollo de Nina exigía en aquel momento dar un paso más en el conocimiento del sexo opuesto. Desde que en la piscina recibiera el impacto de notar ese salto de niña a mujer que acababa de materializarse en el cuerpo de mi amiga, a menudo había contemplado la posibilidad de verla afrontando sus primeros enredos amorosos. Era lo justo

ignorar aquel pellizco que me encogía el pecho toda vez que la idea me rondaba la cabeza, porque Nina no me pertenecía, aun cuando yo sintiera lo contrario de algún modo egoísta e insano; más todavía después de haber probado la dulzura de sus labios vírgenes.

Iván podía ser tan bueno como cualquier otro para avanzar en el irremediable camino de las relaciones. Con todo, me carcomía una sensación desconocida que ni siquiera me detuve a calificar. Los seguí por varias calles: charlaban y reían, y alguna vez él extendió la mano para rodear la cintura de Nina, algo por lo que ella no parecía particularmente molesta. Mantuve una distancia prudente, parapetándome tras las farolas y los contenedores de basura cuando la ocasión lo requería, igual que un delincuente común. Hubiera necesitado el oído de un murciélago para alcanzar a escuchar la conversación que mantenían, aunque por la comunicación no verbal entre los dos podría asegurarse que lo pasaban bien. Me dije que, a pesar de todo, las mejores risas las echaba Nina conmigo, y ese pensamiento me reconfortó; yo la conocía como nadie y sabía qué botón tocar para divertirla.

En un callejón a unos pocos metros de la delegación de Hacienda tenía aparcado su coche Iván. Como un caballero andante corrió a abrirle la puerta a Nina, y luego de asegurarse de que estaba sentada y dispuesta a dejarse trasladar adonde tuviera previsto, rodeó el vehículo y se introdujo dentro. No me pasó desapercibida aquella expresión de triunfo adelantado. Y así, los vi alejarse, impotente, aferrándome a la esperanza de que Nina fuera lo suficientemente lista como para no dejarse enredar.

Enseguida acaricié diferentes posibilidades: un chico de aquellas características era casi previsible, y había un par de locales de moda que sin duda aparecerían entre sus favoritos. Yo mismo había quedado con algunos amigos para celebrar una fiesta, pero el plan se me antojaba, de repente, repetitivo y absurdo. Deseé haberle puesto a mi amiga un GPS. Luego me percaté de que me estaba comportando como un novio celoso y ridículo, y resolví incorporarme a la celebración, que se estaba llevando a cabo un par de manzanas más allá.

No conseguí, a mi pesar, alejar de mi mente en ningún momento la mirada de Iván: la de un animal salvaje a punto de asestar el golpe mortal a su víctima. Yo mismo había ensayado esa mirada docenas de veces, y me aborrecí por ello. ¿Era justo esa suerte de intercambio que llevábamos a cabo con las chicas? ¿Acaso no esperaba la mayoría de ellas mucho más de

nosotros, ese amor romántico que nos negábamos de forma reiterada a entregar?

La noche terminó en la puerta de la casa de Nina, punto de retorno inexcusable para un espíritu atormentado como lo era el mío. Habían transcurrido un par de horas y jugué con la ilusión de que Nina hubiera ya regresado y se encontrara sana y salva en su habitación. No había luz, y me entristeció la certeza de que su cita le estuviera resultando satisfactoria y desease prolongarla. Treinta minutos más y pude comprobarlo con mis propios ojos: Nina regresaba contenta, agarrada del brazo de su íntimo amigo, risueña como un jilguero. Aguardé todavía el tiempo necesario para ser testigo en primera línea de la despedida: Iván amagó un beso, y Nina respondió con tímido entusiasmo. De inmediato él la arrastró hasta el portal en busca de la intimidad que necesitaba para sus avances. Deseé largarme, pero una fuerza extraña me anclaba al suelo, impidiéndome dar un paso en sentido opuesto. *Nina no es de esas*, me decía. Aquel galán de cuarta tenía los minutos contados si continuaba por ese camino.

Los siguientes segundos pusieron a prueba mis nervios: al parecer, yo había resultado un excelente maestro, aunque la alumna pronto me aventajaba disfrutando con deleite de los besos que tan gustosamente se le ofrecían. Por un momento sentí que me había equivocado con ella y tuve que reconocer que allí estaba de más: Nina se mostraba encantada, y no estaba seguro de querer asistir a una representación de *Nueve semanas y media*. Por otra parte, me sentía sucio, indigno de la amistad que con tanto celo Nina se encargaba de cuidar. Estaba atravesando una frontera peligrosa, y ella no me lo perdonaría nunca si llegaba a enterarse de que no había confiado en su buen ojo y su pericia.

Caminé unos pasos, resuelto por fin a cortar la soga imaginaria que nos mantenía unidos; pero entonces escuché un grito, seguido de una sonora bofetada. Corrí hasta el portal para descubrir a Nina aprisionada contra la pared, mientras un decidido Iván trataba de bajarle los pantalones.

Fue el primer puñetazo que he propinado en mi vida. Y, en realidad, el único, hasta que aquella noche me puse en evidencia en El Diablo Rojo.

Capítulo 26

–¡Uno de nuestros mejores clientes! ¡Y le has desencajado la mandíbula! – Quería mostrarse enfadada, pero en sus labios se intuía una sonrisa traviesa–. Debes estar loco.

–¡Estoy loco, Marta! –exclamé, tomándola de las muñecas como un Romeo trasnochado–. Loco de amor. ¿Cuántas pruebas necesitas? ¿Qué más quieres? Estoy dispuesto a cualquier cosa. ¡A todo! –le aseguré, clavando mis pupilas en sus ojos de hielo.

–No hace falta que lo jures. –Aceptó, rehuyendo mi mirada al tiempo que colocaba un algodón empapado de alcohol sobre la herida abierta junto a la ceja.

Dejé escapar una débil protesta. Aquello dolía, pero no más que el rechazo al que me había sometido durante las últimas semanas. Sentí el escozor palpitando en mi frente, aunque mientras la observaba trabajar el dolor fue dando paso a otra clase de emociones. Su nariz, su boca, invitaban a echar volar la imaginación. Y ahora la furia se había evaporado y se imponía la desesperación, desesperación que llevaba aparejada un deseo tan intenso que avivaba ya mis partes íntimas.

Me satisfacía la atención que había logrado recabar de Marta. No importaba el precio. Viéndola tan entregada se me removían las entrañas.

–¿Por qué me haces esto? Yo te lo he dado todo. Te he entregado mi alma. Estoy dejando mi vida por ti, por estar contigo. Mi familia, mis amigos, creen que he cambiado. Y es cierto: ya no soy el que era, Marta. Soy una sombra. Una sombra tuya.

Sacudió las manos. Como si con aquel gesto pudiera desprenderse de cualquier emoción que amenazara con aprisionarla.

–Yo no te he pedido nada. En ningún momento. Y lo sabes.

–¡Pero yo quiero dártelo todo! ¿Por qué te comportas de ese modo tan extraño? ¿Por qué eres así, distante? –Quise decir cruel, pero me contuve. Hay palabras que ni un vendaval podría llevarse por delante.

La miré a los ojos: se habían convertido en dos cuencas vacías. Estaban

huecos, carentes de emociones, de vida.

–Una vez me hicieron daño –reconoció, al fin–. Solo una vez he amado en la vida. Y no te imaginas cuánto me he arrepentido después. Me fallaron. Estuve a punto de vender mi alma, y todo por un hombre que no lo merecía. Por fortuna me salvé justo a tiempo para darme cuenta de que nadie vale la pena lo suficiente como para arriesgarse.

–¡Pero no todos somos iguales! Deberías darte otra oportunidad.

–Jamás. Ya me sé el cuento. Ahora que vuelvo a ser libre, dueña de mí misma, no estoy dispuesta a que nadie me eche el lazo.

–Ni siquiera yo.

–Mucho menos tú.

No me ofendí por el comentario. Estaba seguro de que pretendía hacerme daño. Para mantenerme lejos.

–Tienes que confiar en mí. Es lo único que te pido. Dame una cita. Un encuentro formal. Fuera de este antro y de la influencia negativa que ejerce sobre nosotros. Hemos empezado por el final. Nos hemos saltado una parte fundamental. Quiero conocerte mejor, estar cerca de ti.

–Para controlarme.

–¡De ningún modo! Debes creerme, Marta –me llevé una mano al corazón–, lo que siento por ti es algo bello. No pretendo segar tu libertad, sino compartirla contigo.

Se quedó pensativa unos segundos, y mis esperanzas renacieron en forma de fuegos artificiales dentro de mi estómago.

–Está bien, poeta. Una cita. Una de esas típicas citas que tanto gustan a las chicas.

Respiré aliviado: en mi pecho no había ya un corazón, sino una de esas pelotas saltarinas que tanto apasionan a los críos. Marta debió notar mi entusiasmo, porque se apresuró a añadir:

–Pero si no me divierto, si no me ofreces algo que merezca la pena, será el fin de nuestra pequeña aventura.

Todo o nada. Así era ella: Marta vivía al límite en todos los aspectos. No conocía las medias tintas.

Sentí un escalofrío. Iba a tener que esmerarme mucho para no meter la pata. Marta no toleraba los errores. Un poco de menos o un poco de más y no me quedaría otro remedio que alejarme de ella para siempre.

Capítulo 27

De que hablaba en serio no me cupo duda. Si era capaz de saltar desde una noria en marcha para dejar con la palabra en la boca al novio de turno bien podría despedirme con cajas destempladas a la menor provocación. Una patada en el trasero me habría puesto de camino a Alaska, solo y sin consuelo.

De ahí que me devanara los sesos tratando de encontrar un plan que la sorprendiera. Aunque, como era de esperar, sería ella la que me sorprendiera a mí, tal como lo había hecho hasta entonces, con sus salidas y ocurrencias fuera de tono.

Pensé en llevarla a algún sitio extravagante: a nadar entre tiburones, tirarnos en paracaídas o navegar sobre una colcha de nenúfares en medio de un río plagado de cocodrilos. Cualquiera opción me hacía rechinar los dientes, pero si Marta se ganaba con propuestas originales no sería yo quien le negara la oportunidad más descabellada de entregarse a la diversión.

A pesar de todo, comprendí que ella debía estar sobrada de aquella clase de juegos. Si, tal como me advirtieron muchas voces durante el período en que estuve indagando sobre su paradero después de nuestro encuentro fortuito en la feria, había sido amante de jefes de gobierno, empresarios de lujo y príncipes venidos allende nuestras fronteras, lo que necesitaba, precisamente, era lo contrario a una juerga insólita.

Así que decidí cautivarla con mi naturalidad. Con una de esas noches de vino y rosas que tan dichosas hacen a las chicas. Le regalaría el oído con palabras hermosas, con frases de antología. Le contaría divertidas historias. Después la llevaría de la mano hasta el mirador del puente para ofrecerle la vista más hermosa de la ciudad bajo un cielo de estrellas titilantes.

Me llamaría poeta. Y yo le llenaría los labios con todos los besos contenidos durante las interminables jornadas en que no me estaba permitido verla. La arrastraría a un frenesí de pasión y promesas para dejarla anhelando más, rogando por que la obligara a culminar el amor que haría latir en su cuerpo, trémulo de deseo.

Después me marcharía, a pesar de todo. A pesar de mi propia necesidad, a pesar de que mi cuerpo, traicionero, trataría por todos los medios de doblegar mi voluntad. Resistiría, con el único objetivo de hacerla más dependiente de mí, de que comprendiera cuánta falta le hacía. De que me amara como yo la amaba, con desesperación y rabia. Al margen de lo razonable y más allá del orgullo y la dignidad.

Había planeado cada detalle con la minuciosidad de un relojero. Era temprano. Las luces del alba comenzaban a filtrar sus haces blanquecinas por los huecos que los visillos dejaban sin cubrir. Di un salto de la cama. Me sentía como el Tenorio de Zorrilla, a punto de concretar mi más preciada conquista. Aunque la mía pretendía ser más espiritual que física.

Tomé el primer café de la mañana, y me encontraba sentado en el sofá, dándole vueltas al modo en que debía sorprenderla, cuando recibí un mensaje en el móvil. Era de Marta: me citaba en la comisaría, donde estaba detenida.

Capítulo 28

–Espero que no te hayas hecho a la idea de que ahora te debo un favor, – con su dignidad a salvo, Marta me apuntaba con un dedo acusador– si has venido para cobrármelo más tarde, olvídate. Jamás saldo deudas pendientes.

Había un par de palabras que aquella chica había desterrado de su vocabulario: una era gracias; la otra, perdón. Como, además, era contraria a hablar sobre sí misma, todo lo que se me permitió saber sobre el asunto fue que había tenido problemas.

–Pero no quieras saber de qué clase, bebé. Hay cosas que es preferible ignorar. Si no traspasas esta línea –marcó una barrera imaginaria entre los dos con enérgico ademán–, puede que uno de estos días te permita quedarte hasta el amanecer.

Coronó estas últimas palabras con una carcajada estentórea, dejando que su aliento se desparramara por el interior del automóvil. Como una bomba fétida que un niño acabara de lanzar contra la ventanilla.

Me comía la rabia: Marta era desagradecida y egoísta. No pensaba más que en sí misma. Pasaba las horas contemplándose el ombligo, recreándose en la chica mala que había decidido ser. Emitiendo órdenes y sometiendo a todo aquel que cayera bajo su yugo. Pero una sola de sus miradas de gata bastaba para recordarme que me tenía a sus pies.

Resolví no discutir. Cualquier sombra planeando sobre nuestras cabezas podría poner en riesgo el terreno ganado con tanto esfuerzo. De modo que arranqué el motor, con la esperanza de que el ruido acallara esas voces interiores que me impelían a enfrentarla.

–¿Adónde quieres que te lleve? ¿Al bar?

–¿A estas horas? ¿Te has vuelto loco? Piensa un poco, ¿vale? –Se golpeó la sien con el dedo índice–. Son las ocho de la mañana, *baby*. Tenemos doce horas por delante. Eso es la mitad de un día. Así que tú decides: puedes hacérmelo pasar bien o castigarme cuanto te pida el cuerpo. –Reclinó la cabeza sobre el asiento–. Aunque si escoges esta última opción –me lanzó una mirada amenazante–, estoy obligada a advertirte que sería la última vez

que lo hicieras. Porque no habrá más oportunidades como esta.

Me volvieron las ganas de arrojarla fuera del automóvil. Tan lejos como fuera posible, a un lugar donde sus agresiones no alcanzasen a martillearme los oídos. Porque su prepotencia traspasaba los límites de lo que se considera cordura.

–Tú eres quien quería una cita, ¿no? Aquí estamos. ¡Improvisa! –me apremió, antes de que tuviera tiempo de decidir cuál era la mejor manera de asesinarla.

–Quiero una cita. Pero esto no es lo que tenía en mente. Una cena, un paseo bajo la luz de la luna.

Agitó la cabeza mientras chasqueaba repetidamente la lengua y tuve la impresión de que me zarandeaba, aunque sus manos estaban lejos de mi cuerpo.

–Negativo, poeta: te estás volviendo demasiado previsible. Si no eres capaz de inventar para las próximas horas algo lo suficientemente divertido como para que no me duerma, dímelo ahora y te juro que salto del coche y no me vuelves a ver en tu vida.

No sé si fue la mano apoyada sobre el tirador de la puerta, igual que una espada de Damocles. O el sonido prolongado del claxon del coche que nos iba detrás. El caso es que de repente me vi emprendiendo la marcha con rumbo desconocido. Y supe que volvía a precipitarme al abismo de sus ojos ambarinos.

Capítulo 29

Nunca comentamos el episodio del puñetazo Nina y yo. No mencionamos los motivos, ni siquiera cuestionó ella el hecho de que yo estuviera ahí, en el momento oportuno, preparado y dispuesto a rescatarla al estilo de un valeroso príncipe de cuento. Esperaba una protesta, que afirmara que ella habría sabido defenderse solita. Aquello era más típico de Nina que esa actitud callada y reflexiva que adoptó durante los siguientes días.

Iván y su desafortunado ataque se fueron disolviendo con el paso del tiempo, y yo me sentí agradecido por haber salido tan bien parado del asunto. Haber pretendido explicar por qué había sentido la necesidad de vigilarlos habría sido entrar en detalles para los que ni yo mismo encontraba una justificación. Lo asumimos, como si fuese lo más natural del mundo plantarse delante de la casa de tu amiga del alma y espiarla mientras gestiona su primera cita con un galán de tres al cuarto.

Una tarde, un par de semanas después, caminábamos en silencio rumbo a un concierto en el que pensábamos reunirnos con el resto del grupo. Iba haciendo planes mentalmente para las siguientes carreras populares que, en apenas unos días, iban a requerir de toda mi concentración, cuando me percaté de que Nina me observaba con fijeza. Al momento sentí aprensión y la rara certeza de que estaba a punto de formular una pregunta crucial que no me gustaría tener que responder. Giré la cabeza, tratando de esquivar la ocasión, pero fue en vano.

–¿Por qué estabas allí? –Las palabras me taladraron como bolas de un cañón letal.

Me sentí aprisionado entre la punta de una espada y un precipicio en cuyo fondo yacería una pila de cocodrilos hambrientos.

–Estaba preocupado por ti –murmuré, rehuendo sus ojos inquisitivos.

Nina se detuvo y se plantó frente a mí, con los brazos cruzados sobre el pecho. En su mentón se leía determinación. Tuve que frenar mis pasos para no chocar con ella.

–¿Solo eso?

Noté que me miraba de un modo extraño, como si buscara en mi rostro la respuesta a un gran enigma. Intuí que me estaba perdiendo algo: frente a mí había un cabo; de mí dependía tirar de él para descubrir lo que se escondía al otro lado de la cuerda. Me revolví, nervioso. Aquella especie de interrogatorio comenzaba a molestarme.

–Vamos a llegar tarde, Nina. Si lo que pretendes es echarme el sermón porque me metí en tus asuntos hazlo de una vez para que podamos llegar a tiempo al concierto.

Dejó caer los brazos a los costados y emitió un suspiro. Sonaba a decepción y hartazgo.

–Está bien, Hulk. Corramos un tupido velo sobre el asunto.

No era la primera vez que lo hacíamos. Empezaba a resultarme fácil echar tierra sobre todas aquellas cuestiones molestas que exigían de un análisis emocional. Especialmente las referidas a Nina. De modo que el puñetazo fue enviado a la carpeta de “elementos incómodos pendientes de revisión en el futuro”, como lo había sido antes aquel beso imposible de catalogar.

Con los meses afrontamos una renovada primavera. Había llegado el momento de escoger carrera. Nina decidió estudiar la suya a cientos de kilómetros de distancia. La noticia de que había sido admitida en aquella facultad fue un puñetazo en la boca del estómago. Era consciente de que, sin ella, los cimientos sobre los que acostumbraba a apoyar mi existencia se tambalearían.

Se desató una batalla en mi interior entre la necesidad y el deber que terminó por ganar este último. A aquellas alturas había comprendido que Nina sentía algo por mí mucho más profundo e intenso que la simple amistad. No podía sujetarla por más tiempo; debía dejarla ir. Nina era una chica seria que no jugaría con los sentimientos, ni con los propios ni con los ajenos. Animarla a quedarse habría sido mezquino y solo habría servido para generar confusión.

De manera que la vi marchar. Corría el mes de octubre. Fui a buscarla en el viejo deportivo de mi padre, un cacharro que se quejaba con cada metro que le obligaban a avanzar sus ruedas raspadas.

–¿De dónde has sacado esto? –Quiso saber, mientras me entregaba una de las maletas para que la introdujera en el portaequipajes.

–Lo sé. Es solo un trasto viejo. Pero te prometo que nos llevará hasta nuestro destino con puntualidad y sin incidencias. –Me apresuré a aclarar.

Sonrió, y una ternura solo posible en un alma linda como la suya asomó a sus ojos.

–Lo que cuenta es el detalle, Álex. Créeme. Valoro mucho que hayas venido a buscarme y que me lleves hasta el aeropuerto–. Luego dejó escapar una risilla divertida–. En realidad –añadió–, me encanta. Va perfectamente contigo.

No quiso explicarme por qué un vehículo destartado y antiguo, más propio de un jubilado que de un joven preuniversitario, se amoldaba a mi personalidad. Y yo no me sentí capaz de mantener por más tiempo la broma: llevaba una flecha clavada en el corazón que me impedía pronunciar palabra mientras acortábamos la distancia que nos separaba del avión que habría de conducirla lejos de mí por tiempo indefinido.

Más tarde, mientras la despedía en el aeropuerto y veía cómo se alejaba hacia la sala de embarque, con su equipaje compuesto por montones de sueños y libros, muchos libros y, en cambio, solo los trapos justos para alternar con los que se convertirían pronto en sus nuevos amigos, deseé que el tiempo y la distancia fueran ciertamente esos bálsamos infalibles a los que recurren tantas almas castigadas por el desamor y la nostalgia.

Capítulo 30

–Tienes un coche horrible. Poco moderno, oscuro... Me da mal yuyu.

Sentí una punzada de indignación mientras por el rabillo del ojo observaba a Marta pasear su mirada felina por el interior del vehículo. No se trataba de mi Opel Corsa: era a mí a quien estaba describiendo.

Decidí no tener en cuenta el comentario. Aunque no podía ignorar que era injusto y cruel. Muchas habían subido a bordo antes que ella, y ninguna se había quejado como ella lo hacía. De hecho, Nina adoraba mi coche: aseguraba que era un fiel reflejo de mi personalidad. Y no se equivocaba.

También Marta había sabido detectar aquella conexión, si bien ella la había dotado de un matiz negativo. Sabía cómo herirme, porque provocar era uno de sus pasatiempos favoritos.

Le habría reprochado su acritud, su falta de tacto. Pero la perspectiva de unas horas inolvidables en compañía de aquella extraña chica se impuso. Había resuelto lograr que aquello funcionara, aunque fuese a costa de todas las concesiones del mundo.

Entretanto, una mano cayó sobre mi entrepierna a modo de promesa. No es lo que tenía pensado. No en aquel momento. El sexo debía ser el colofón para una cita fantástica. La conclusión a largos ratos de deseo y fogosos intercambios de miradas.

Pero a Marta le gustaba empezar las cosas por el final. Saltarse regla tras regla. De modo que continuó torturándome, con una mano tenaz y lo bastante curiosa como para descubrir el tirador de la cremallera de mi pantalón. Mi cuerpo se estremeció ante aquella nueva muestra de atrevimiento. Estábamos parados en un semáforo y el conductor del vehículo que había a nuestro lado nos observaba con curiosidad. Marta le dedicó una sonrisa torcida al tiempo que deslizaba hacia abajo la cremallera. Con lentitud estudiada y sin apartar la vista del inopinado compañero de asfalto. Parecía querer desafiarlo a participar de nuestro encuentro y, simultáneamente, decidida a mantenerlos lejos. Un acto tan íntimo se había convertido en una especie de reunión popular donde yo ejercía un papel protagonista.

Para cuando sus dedos se perdieron en el interior de mis calzoncillos ya había alcanzado el máximo estado de excitación, olvidando que no estábamos solos en aquel rincón de la ciudad. Me rozó el escroto y un gemido se superpuso al hilo musical. No podría asegurar que provenía de mi garganta y tampoco importaba lo más mínimo. Me sentía perdido, agonizando en un oasis de pasión incontrolada.

–Te gusta, ¿cierto?

No pude responder, porque apenas encontraba aliento para respirar.

La miré largamente; en mis pupilas brillaba la lujuria.

Antes de que el aire se hiciera más denso el semáforo cambió a verde. Había llegado el momento de reiniciar la marcha.

–Lo que pasa es que este coche no me pone nada –anunció La Gata. Y, sin añadir palabra, tiró del picaporte y saltó al frío de la mañana.

Pude escuchar el crujido de su delicada osamenta sobre la calzada. Me dio la espalda y, sin decir adiós, echó a correr bajo una lluvia incipiente. Medio desnuda, con la melena alborotada y rumbo desconocido.

Mientras contemplaba cómo se alejaba sentí un frío abrasador en la parte interior de mis muslos. Aquello era lo menos parecido al amor.

Capítulo 31

–Te has ganado el derecho a escoger. ¿Dónde quieres que vayamos?

¡Por fin una tregua! Me satisfacía comprobar que era capaz de reconocerme algún mérito. Dejar el coche abandonado en medio de una rotonda para salir corriendo detrás de una chiflada y con una erección del tamaño de un elefante no era algo que pudiera pasarse por alto.

–A ver, bebé. Se nos agota el tiempo, y este señor está esperando órdenes, ¿verdad?

El taxista se limitó a lanzar una mirada efímera por el retrovisor. Gastaba gesto de hastío mientras mareaba un chicle que llevaba tiempo agonizando en su boca. Chicle que desprendía, aún y a pesar del desgaste, un fuerte olor a fresa que contrastaba con las grandes dosis del perfume de Marta, que estaba sazonado con toques de clavo y canela.

Por un momento me pareció estar inmerso en una de esas superproducciones americanas repletas de acción: teníamos una chica a la fuga, una persecución bajo la lluvia y un taxi a punto de quemar los neumáticos para transportarnos a un lugar seguro. En definitiva, todos los ingredientes confluían con el único propósito de elevar la adrenalina.

Con la salvedad de que seguridad y Marta eran términos incompatibles en un mismo espacio, y había que contar con eso. De hecho, había asistido a uno de los momentos más dramáticos de mi vida cuando la vi bajarse de mi coche y mezclarse con el tráfico de la mañana. Entre pitidos e improperios avanzó hacia la avenida. No le importaron las botas de tacón y tampoco la posibilidad de ser arrollada por alguno de los madrugadores forzosos que iban de camino a sus trabajos entre ofuscados y molestos.

Un par de veces tuve que contener el aliento antes de decidirme a salir tras ella. No podría asegurar si mi propósito era rescatarla al principesco modo o evitar que mis expectativas se vieran nuevamente frustradas a causa de su espontánea conducta. El caso es que me vi corriendo como gacela que huye de león. Ajeno a los insultos, inmune al agua y al viento que azotaban mi rostro.

Marta jamás miraba atrás, ni siquiera para tomar aliento. Una vez que escogía un camino avanzaba por él con decisión. Aquella vez no fue distinta: su espalda se fue desdibujando mientras la distancia que nos separaba la hacía más y más pequeña. Temí que fuera engullida por el remolino de la circulación y me desesperé cuando mis piernas crujieron en señal de protesta por el inesperado esfuerzo. Por mi mente cruzaron distintas posibilidades de agujetas, y ninguna relacionada con una noche salvaje de sexo y rock and roll.

El sonido repetitivo de las gotas de lluvia golpeando el asfalto se vio interrumpido por el de un silbido. Un silbido capaz de competir con la señal sonora de un transatlántico. Había que felicitar a Marta por disponer de un par de buenos pulmones. Vi cómo el taxista obedecía su llamada. Nadie podría negarse a un reclamo de La Gata, mucho menos uno tan contundente como aquel. El vehículo se detuvo unos metros más allá de donde la chica de hielo lo esperaba. Dio marcha atrás y Marta se coló dentro.

Atónito, contemplé cómo se me escapaba una vez más. Definitivamente y sin remedio. La angustia me insufló la fuerza que necesitaba para reiniciar la marcha. En toda mi vida había corrido tanto, ni siquiera cuando competí en los cien metros lisos. Pero no soy Usain Bolt, de modo que terminé derrumbándome sobre el asfalto. Llorando de la rabia y la impotencia, sintiéndome absurdo.

De no ser porque el taxi interrumpió la marcha y una de las puertas traseras se abrió, invitándome a subir junto a Marta, hubiera descendido hasta los infiernos. Me dejé caer en el asiento y recliné la cabeza sobre la tapicería. Me sentía confundido, vencido. Si aquello no era el averno estaba cerca de serlo.

Miré hacia Marta, en cuyo rostro refulgían unos ojos amarillentos. Su ondulada melena se desparramaba enmarcando unos labios carmesí en los que bailaba una sonrisa maligna. Y entonces tuve la certeza de que nunca antes había estado tan cerca de Satanás.

Capítulo 32

Durante los siguientes ocho años nuestros caminos continuaron por separado. Las comunicaciones en aquel período se limitaron a las cartas que intercambiábamos con cierta asiduidad. Al principio Nina se mostraba entusiasta, ofreciéndome el relato pormenorizado de sus actividades en el campus universitario. Sus misivas exhalaban un misterioso aroma a cacahuete. ¿Sería una estrategia? ¿Querría recordarme algo? Sea como fuere, estaba empeñada en mantener el contacto, mientras que yo me abría a un universo de posibilidades donde ella no tenía cabida.

Fui relajándome, escribiendo textos cada vez más cortos y faltos de contenido. Ya no me sentía tan motivado a contarle cosas. Me parecía que era injusto para ella, que le hacía un daño gratuito e innecesario. Había madurado y comprendía que hablarle de otras chicas no era una gran idea.

Terminé por aburrirla con mi dejadez e indiferencia, y la frecuencia con que sus cartas llegaban fue disminuyendo de forma paulatina. Poco a poco, dejé de echarla de menos. Las diversiones que mi nueva vida me brindaba ocupaban la totalidad de mi tiempo. Si alguna vez sobrevenía la añoranza me decía que ninguno éramos ya los niños de antaño y era obligado seguir cada quien su rumbo, dejando atrás ese pasado que nos unía y al tiempo impedía que avanzásemos. Al fin y al cabo, quedaba patente que la amistad entre hombres y mujeres era una falacia: teníamos inquietudes distintas y había temas que no me sentía inclinado a debatir con Nina porque su punto de vista hubiera inhibido mi voluntad de caminar hacia adelante.

Así las cosas, no logro explicar qué fuerza me arrastró a forzar un reencuentro. Me enteré por casualidad de que regresaba. Casi me sentí traicionado por que no fuera ella misma quien me informara al respecto. Luego recordé en qué estado estaban las cosas, si bien ni el hacerme consciente de mi propia responsabilidad en el asunto consiguió calmarme. En un arrebato me planté en la estación a la hora que sabía estaba prevista la llegada de su tren. Es verdad que no habíamos hablado tan a menudo como seguramente ella pretendía pero, después de todo, habíamos sido grandes

amigos la mayor parte de nuestras vidas. Además, la curiosidad me consumía.

Si se sorprendió al verme allí lo disimuló muy bien; su rostro no traslucía otra emoción diferente al cansancio. Estaba distinta: más madura y formada. Tenía el cabello más largo aunque recogido en una coleta y su indumentaria era la de una chica perfectamente a la moda. No era típico de Nina o, al menos, no de la Nina que yo conocía.

–Parece que no haya pasado el tiempo, ¿verdad? –Me atreví a asegurar, porque el deseo de derribar la barrera que se había levantado entre nosotros me ahogaba.

Nina esbozó una sonrisa forzada que me devolvió por un instante a mi antigua amiga. Luego aquella mueca obstinada regresó a sus labios, alejando definitivamente cualquier posibilidad de recuperarla.

–Ocho años es mucho tiempo, Álex –sentenció, y sus ojos reflejaron una emoción indescifrable. Su mirada era más honda, y experimenté una punzada que me recorrió el cuerpo de parte a parte–. No sabía que venías a recogerme.

–¿Te molesta? –pregunté, casi ofendido.

–No sé qué esperabas, Álex. Después de todos estos años...

–Tus padres me dijeron que no podían venir, y yo me ofrecí a llevarte a casa. Pero no pretendo que me lo agradezcas –aclaré rápidamente, en un tono no exento de rencor.

–¿Encima vas a enfadarte?

La miré. Estaba frunciendo el entrecejo con aquella expresión tan característica de ella, esa que precedía siempre a la rendición. Luego compuso una expresión condescendiente, abrió los brazos y me pareció que un universo de felicidad eterna se abría delante de mí.

–¿Vas a quedarte ahí parado o piensas ayudarme con las maletas?

Me lancé sin pensarlo hacia ella y, al hundir la cabeza en su cuello experimenté una peculiar sensación: era como si después de un largo viaje hubiese vuelto a casa, a ese lugar donde me esperaban un mullido sofá y una taza de algo caliente y reparador. Estaba tan relajado y cómodo que apenas noté la tensión que se iba acumulando en su cuerpo: Nina por momentos se tornaba más rígida, y un frío helador se apoderó de mí a la vez que ella se apartó.

–Supongo que hay muchas cosas que contar –dijo, a modo de conclusión, y un presentimiento funesto se alojó en lo más profundo de mi alma.

Capítulo 33

–A la estación, por favor.

–¡Vaya! Por fin te has decidido a sorprenderme. ¿Dónde me llevas?

–Si te lo dijera dejaría de ser una sorpresa, ¿no crees?

Marta me devolvió una expresión mezcla de incredulidad y satisfacción. Si juego era lo que quería, juego iba a tener. Nada de desvelar misterios, ni siquiera una pista.

Por otra parte, sabía que la habría decepcionado mi propuesta. Porque mi próximo objetivo era poco extravagante. Me apetecía desayunar: si no llenaba el vacío que tenía en la boca del estómago, y que se debía, más que a cualquier otra cosa, al vaivén provocado por los últimos acontecimientos, podría llegar a desvanecer. Necesitaba poner fin a aquella especie de montaña rusa que se me había instalado en el abdomen.

Mientras tanto, y hasta que alcanzáramos nuestro destino, me iba a tocar disfrutar de aquella novedosa sensación de poder: la que Marta me había otorgado, como una reina generosa e interesada a la vez. Era realmente difícil sacarle ventaja a Marta. Y aquella parecía ser una de esas raras veces en que se permitía relajarse.

La observé mientras contemplaba el paso de la vida a través del cristal. Por un momento me pareció vislumbrar un destello en sus ojos. Como si una brillante idea se le hubiera atravesado.

Acto seguido posó su mirada sobre mí, provocándome un estremecimiento. Era una mirada coqueta, pero vacía. De modo que desterré mis sospechas: Marta esperaba que yo moviera ficha, eso era todo. Y yo me estaba convirtiendo en un paranoico. Si seguía sometiéndola a un escrutinio como el que estaba llevando a cabo en la última hora, tendrían que llevarme de cabeza a un sanatorio.

Faltaban apenas dos manzanas para llegar a la estación. La torre del edificio que la albergaba era ya visible a lo lejos. Era un bello inmueble, construido el siglo pasado para conectar la ciudad con los pueblos de alrededor. Más tarde, a los trenes de cercanías se les habían sumado los de

media y larga distancia, convirtiendo el recinto en un paradigma de modernidad y comunicación.

Estaba tratando de hacer memoria sobre la última vez que había estado allí cuando Marta interrumpió mis pensamientos.

–Es un edificio horroroso. Antiguo y maloliente. Lo he odiado desde que era niña.

Aquel exabrupto me sacó de mis casillas, pero me temía una reacción inesperada y resolví mantener el control antes de que Marta cometiera una de sus travesuras.

–Solo vamos a estar de paso, Marta. Solo de paso, ¿vale? –le hablé con calma, como me habría dirigido a un niño. Después tomé su mano entre las mías, desesperado por obligarla a permanecer junto a mí. Por convencerla de que era el mejor sitio para pasar el resto de su vida.

Guardó silencio. Y su mirada se perdió al frente, más allá de la luna delantera del vehículo. Incluso de perfil pude detectar aquel brillo otra vez. El que prendía en sus ojos las emociones que tan escasas veces se atrevía a admitir.

–No me gusta –repitió, obstinada, sin apartar los ojos del cristal–. No y no. Es un lugar tedioso. Cutre. Y este taxi también lo es. Huele a fresa desgastada, y a ajo. Dan ganas de vomitar.

Por un instante temí lo peor. Y estaba decidido a disculparme con el taxista por un comentario tan desafortunado cuando ella abrió la puerta, tirando de mi mano para obligarme a seguirla.

En pocos minutos habíamos atravesado un entramado de calles y alcanzado la gran avenida, escoltados por los gritos del hombre, que exigía su dinero y una reparación por el agravio.

Mientras el corazón me golpeaba el pecho como un tambor en un desfile me vino a la memoria el dato que había estado buscando: la última vez que estuve en la estación fue con Nina. Dimos un paseo por las instalaciones. Recordamos el día en que ella había regresado, convertida en una respetable profesora, tras más de ocho años fuera. Jugamos a adivinar cuál sería el próximo tren que irrumpiría en la vía. Soñamos con tomar uno con destino desconocido y lanzarnos a la aventura juntos.

Prometimos hacerlo algún día, antes de que la séptima cana hubiera tomado terreno en nuestras cabezas.

Pero aquella promesa se había roto para siempre.

Capítulo 34

Se me habían agotado las ganas de reprender a Marta. Comenzaba, a mi pesar, a acostumbrarme a sus extravagancias. Si era yo el que me estaba volviendo majareta no era una cuestión a debate en aquel momento. Era consciente de que su conducta era opuesta a la norma: Marta nadaba contracorriente, en uno estaba subirse a su barco o dejarla a la deriva, porque tratar de tomar el timón era un trabajo inútil.

Solo cuando comencé a aceptar esto pude comenzar a relajarme.

–¿Adónde te gustaría ir? –pregunté, una vez que paró de reírse.

–Eso es, bebé. Dame la iniciativa. ¡Por fin admites que mis opciones superan a las tuyas!

–Estás loca, pero me encantas.

–No creas que me ofendes. Es el insulto más *light* que me han dedicado en toda mi vida. Atesoro una lista de perlititas que ni Bin Laden en su época de apogeo.

–No lo pongo en duda. Si sales corriendo cada vez que tomas un taxi no debes ser la más popular de la ciudad.

–Eso es peccata minuta, *baby*. Espera a ver de lo que soy capaz.

Me eché a temblar: no hablaba por hablar. Aquellas no eran palabras al viento, se trataba de una advertencia en toda regla. Una promesa: la de una vida llena de zozobra. De Marta podía esperarse cualquier cosa, desde un paseo por las nubes hasta una excursión al corazón de los infiernos.

–Llévame a uno de esos sitios raros que tú frecuentas –aventuré, con la esperanza de que una propuesta inmediata la alejara momentáneamente de perversos planes de futuro.

–¡Pero si no hay nada raro en mí! –mintió, incitándome a contradecirla con una mueca cómica—. Está bien. Voy a descubrirte uno de mis refugios secretos. Tal vez sea mi lugar favorito.

Me sentí realmente bien. Marta se mostraba dispuesta a compartir una parte importante de su intimidad conmigo. Por fin.

–Claro que tendrás que reconocer que has perdido una oportunidad de oro

para sorprenderme.

–Lo que ocurre es que yo...

Me cerró los labios con un dedo tan frío como un iceberg.

–Uno a cero, bebé. Es lo que hay. Nada de rechistar, o se acabó.

–De acuerdo –acepté.

–Así me gusta. Hay que saber perder. Solo Marta es apta para ganar en todo caso, ¿vale? –Esperó hasta que manifesté mi consentimiento—. Y ahora, prepárate para la fiesta. Habrás de cerrar los ojos y dejarte guiar.

–¿Cerrar los ojos?

–¡Chitón! Una palabra más y daremos por terminada nuestra aburrida cita...

Obedecí. Dejé caer los párpados y noté cómo entrelazaba sus dedos con los míos. Parecían carámbanos, pero me reconfortó aquella suerte de intimidad.

Durante los siguientes minutos estuvo arrastrándome por las calles de la ciudad. A gran velocidad, como si fuese el remolque de un todoterreno que compitiese por ofrecer la conducción más temeraria en el circuito.

Una vez más fui un títere en sus manos para representar una parodia de aquello en lo que, desde el momento en que la había conocido, se había convertido mi vida.

Capítulo 35

Olía a sal y a humedad cuando nos detuvimos. Sentí frío en el momento en que su mano abandonó la mía, igual que un niño a quien su madre hubiera dejado solo por primera vez, aterrorizado en medio de la multitud. La brisa me golpeó el rostro, devolviéndome, sin embargo, a una realidad dulce. Y recordé cómo debía sentirme: pletórico, feliz. Porque habíamos llegado a ese lugar único, ese que le pertenecía nada más que a ella. El que estaba dispuesta, a pesar de todo, a compartir conmigo.

Me invadió una sensación de poder hasta entonces desconocida. Me había transformado, por la gracia de una diosa tan dorada como el oro de Midas, en un rey mucho más grande que el de Frigia. Decidí sacar el máximo jugo a aquella nueva situación. Si Marta no confiara en mí, me dije, si no sintiera que entre los dos estaba surgiendo algo especial, jamás habría dado un paso tan significativo.

Había hablado de aquel sitio como uno de sus preferidos. Y yo estaba dispuesto a que me complaciera tanto como a ella.

—¿Puedo abrir ya los ojos? —La pregunta brotó de mis labios en forma de súplica.

—No todavía. Aguarda un momento. ¡No seas impaciente! —Su voz iba y venía. Agucé el oído, tratando en vano de seguir sus movimientos—. Si insistes vas a estropear el juego. Y todavía quedan unos flecos.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo: cuando Marta hablaba de juego era como si se fuese a desatar una tormenta. Ponerse a cubierto o dejar que el agua me empapara eran dos opciones tan opuestas como poco atractivas.

—Has de caminar cinco pasos en línea recta.

—¿Para qué? —Traté de evitar que mi desesperación fuera evidente, pero de mi garganta brotó un quejido rebelde.

—¡No preguntes! Hazlo y punto. —Había regresado la diosa implacable: la reina, la todopoderosa Marta—. No pensarás estropear la diversión, ¿verdad?

Resolví obedecer: estabas con ella o contra ella. Marta no tenía término medio. Pero me flaqueaban las piernas porque intuía alguna maldad en el

tono canalla de su voz.

—¿A qué esperas? ¡Voy a hacerme vieja esperando!

Avancé un par de pasos, vacilante y temeroso a causa de un destino tan incierto como la propia vida. Después caminé otros dos, con lentitud forzada, porque me pesaban las piernas como si fueran bloques de cemento. Acto seguido me detuve, hipnotizado por el rugido del mar y un viento casi helado que escapaba del corazón de un océano que se intuía próximo.

—Está bien —gritó Marta—. Si no eres capaz de hacerlo solo, tendré que echarte una manita. —Escuché el repiqueteo de sus tacones sobre el asfalto, acercándose hacia donde yo esperaba la inevitable sentencia, y experimenté una sensación de miedo que me atenazaba e impedía respirar con normalidad—. Pero que conste que le has quitado emoción, y eso te hará perder puntos.

No me dejó responder. Ni siquiera tuve tiempo de tomar aire. Una mano sobre mi espalda me empujó al vacío. Me sentí caer unos metros antes de alcanzar el agua. Mientras un frío escarchado se colaba en mis huesos una melodía suave y cálida a la vez resonaba en el exterior.

Bajo el agua, distinguí al borde del muelle la silueta de Marta: de pie en el muelle, contemplando el agua como si yo no estuviese dentro. Sonreía, espejo de una sirena irresistible, victoriosa y resuelta a conducirme hacia la perdición.

Capítulo 36

–¿Vas a casarte?

Apenas podía dar crédito a sus palabras. Nina salía con un chico desde hacía año y medio y ya habían fijado fecha para su boda: sería en un par de meses.

–¿No es justo en este momento cuando deberías felicitar-me? –propuso Nina, con una expresión suspicaz alojada entre sus cejas–. No pareces demasiado contento.

–Estoy contento –mentí–. Pero me parece poco tiempo para dar un paso tan importante, ¿no?

–El tiempo es relativo cuando se está enamorado.

Sentí un dolor intenso en el pecho, como si acabaran de atravesármelo con una daga. Obviamente se trataba de envidia: había estado con muchas chicas, pero jamás había experimentado ese sentimiento profundo al que llaman amor. Por otra parte, nunca había considerado la posibilidad de que Nina pudiera enamorarse de alguien. Apenas acababa de dar el salto de niña a mujer cuando nos hubimos visto por última vez. Después del fiasco que fue su primer beso Nina se encerró en sí misma, y no pareció volver a preocuparse por los chicos. Sus entretenimientos giraron, como antes, en torno a la música, los libros y el séptimo arte.

Tal vez había imaginado que sus relaciones con el sexo opuesto deberían haberse quedado estancadas ahí, aunque ahora me daba cuenta de lo ridículo de aquella pretensión. Habían pasado ocho largos años, y ella tenía derecho a experimentar sensaciones y avanzar en el descubrimiento de su propia sexualidad. Dado que era como una hermana para mí, la idea no resultaba alentadora, y seguramente por eso no había querido pensar en ello. Y, no obstante, ahora la realidad me golpeaba en la cara: no solo se había convertido en una mujer en todos los sentidos, sino que estaba a punto de dar el paso definitivo en el juego del amor.

–Así que encontraste a ese chico. Ese alguien especial para el que te reservabas. –Quise formular una declaración neutral, pero mi tono destilaba

amargura.

Por su rostro cruzó una mueca irónica, pero se diluyó antes de que tuviese oportunidad de interpretarla.

—A veces imaginas cosas, te pasas media vida proyectando y haciendo planes de futuro, y de pronto el destino te plantea opciones inesperadas — subrayó, en una especie de confesión no exenta de misterio.

Me pregunté si esa media vida tendría algo que ver conmigo. ¿Sería posible que Nina hubiese previsto un futuro juntos? ¿La habría forzado con mi indiferencia a descartar la posibilidad? Me odié por eso. Sentía que le había infligido daño, aun sin proponérmelo. Durante todo aquel tiempo había sido un gran egoísta. Solo había pensado en lo que a mi bienestar concernía. En la necesidad de mantenerla a mi lado, a cualquier precio. Y, todavía entonces, mi deseo de recuperar a Nina escondía un vil propósito. Porque la noticia de su inminente matrimonio había sido un jarro de agua fría para mí y ambicionaba competir y vencer al que se había convertido en mi rival en lo que al afecto de mi amiga se refería, hasta el punto de sentirlo como una necesidad.

—Voy a pasar aquí los próximos dos meses —anunció desde el otro lado de la mesa de la cafetería donde habíamos quedado para ponernos al tanto de lo que habían sido nuestras vidas durante todo aquel tiempo, y por un momento fantaseé con la posibilidad de una prórroga para nuestra desgastada amistad. Una oportunidad para disfrutar todavía de Nina de modo exclusivo, antes de entregarla a alguien más a perpetuidad—. Estaré ocupada con los preparativos de la boda, pero podemos vernos alguna vez—. Me sonrió, y me sentí como el náufrago al que le tienden una cuerda.

—Creo que es una idea estupenda —me apresuré a asegurar. Luego hundí mis ojos en los suyos. Tenía una extraña comezón en el alma; necesitaba reencontrarme con mi Nina, aquella amiga de ayer, de hoy y de siempre. Y como no hay verdad que pueda ocultarse detrás de una mirada busqué en la suya la clave de lo que sería nuestra relación en adelante.

No obstante, Nina rehuyó mi escrutinio.

—Se me ha hecho un poco tarde. ¿Me acercas a casa? Puedo coger un taxi si te viene mal.

Comprendí que iba a necesitar algo más que tiempo para ganarme de nuevo su confianza.

—Yo te llevo. —Apenas esbozó una mueca que aspiraba a parecerse a una

sonrisa. Fue solo un amago de alegría que no llegó a reflejarse en sus ojos.

Decidí darle una tregua, lo justo para recomponerse. Antes de despedirnos me aseguraría de concretar una próxima cita: ahora que acababa de recuperar a mi amiga me daba cuenta de lo mucho que me había hecho falta en aquellos ocho años, y no estaba dispuesto a renunciar a su cariño. Aunque tuviera que compartirla con aquel tipo, e incluso admitir que Nina había caído en las redes de Cupido, jamás permitiría que eso perjudicara el extraordinario vínculo que desde tiempos inmemoriales nos había unido.

Capítulo 37

No hay enfado que no aplaque una buena ración de sexo. Jamás había experimentado tantas sensaciones encontradas en un período tan breve de tiempo: frío, fuego, odio, lujuria. Y miedo, mucho miedo. Porque intuía que me estaba perdiendo entre los brazos de Marta. Estaba alejándome del norte, caminando hacia un futuro incierto. Y aquella sensación no me gustaba.

Mi barco navegaba a la deriva, muy próximas estaban las rocas en las que habría de estrellarme. Pero el timón no respondía. Junto a aquellas rocas aguardaba mi sirena de ondulados cabellos: complacida, paciente, afilando unos colmillos con los que habría dado cuenta antes de docenas de incautos. De mí dejaría solo unos huesos que las olas arrastrarían hasta la costa.

De hecho, había empezado ya a devorarme. Me había triturado el corazón y amenazaba con tragarse los trocitos, uno a uno. Con todo, me había convertido en adicto a sus ojos felinos, al fuego de su cuerpo. El sexo con ella lo transportaba a uno a un paraíso difícil de renunciar. Me sentía sucio, irracional. Como un animal salvaje que solo en la cópula encontrase alivio. Estaba permanentemente en tensión, esperando el momento de yacer con ella. Era consciente de que lo que hacíamos no se ajustaba en absoluto a mi modo de ser: iba en contra de mi naturaleza, de mi forma de concebir la vida. Y, no obstante, todo cuanto se refería a ella me sobrepasaba, hasta el punto de confundirme.

De ser extraordinariamente cohibido, de ser cariñoso, tierno al extremo, me había transformado en una bestia que disfrutaba del sexo como un profesional. Quería lamerla, saborearla. Desgastarla solo hasta el momento en que pudiera penetrarla y llevarla hacia el éxtasis.

Marta había hecho tambalearse todos mis principios. Todas las premisas sobre las que, hasta aquel momento, había desarrollado mi tranquila existencia. Y una sola convicción tenía: ya no sería capaz de pasar sin su cuerpo, sin la pasión que Marta me ofrecía. Podía vivir sin amigos, sin familia. Podía vivir sin trabajo y hasta sin aire.

Mientras la respirara a ella, mientras me alimentara del olor de su piel y el

brillo salvaje de sus pupilas, podría subsistir.

Capítulo 38

Aquella noche, después de despedir a Marta hasta siempre y hasta nunca, dejé que mis pasos me arrastraran hasta el apartamento de Nina. Como un ladrón, me mantuve oculto entre las sombras mientras trataba de interceptar tras las cortinas alguna señal indicativa de que Nina estaba en el interior.

Pasé más de una hora de pie, temblando a causa del frío y de la certeza de que nada de lo que había hecho en las últimas semanas estaba bien, hasta que una luz encendió el comedor y la silueta de Nina se recortó contra el cristal. Me ahogué en mi propia respiración: Nina dormía con un camisón fino, así que no me costó imaginarla desnuda, y ese pensamiento me provocó una erección.

Me sentí el hombre más ruin sobre la faz de la Tierra: aquello debía ser un efecto más del huracán que Marta había provocado desde que irrumpiera en mi vida. ¿En qué me había convertido, por qué sentía aquella necesidad de trasladar al ámbito de lo sexual cualquier relación? Y, ¿a qué venía ahora experimentar deseo por alguien a quien había decidido apartar definitivamente de mi lado? Alguien a quien yo había mirado con desdén y hasta repulsión la única vez que había tenido la oportunidad de desnudar en el plano de la realidad tangible.

Aún tenía el cuerpo cortado, seguramente por efecto del improvisado baño en el mar y también por las emociones a las que Marta sometía con carácter perpetuo mi voluntad y, no obstante, notaba un fuego abrasador recorriéndome las venas. El calor se intensificó ante la aparición de alguien más. Una segunda sombra que iba tras los pasos de Nina, que la seguía. Me puse en alerta. Nina había tenido una compañera de piso pero, desde hacía un par de meses, tal vez más, no compartía el espacio con nadie. Ese hecho no había parecido molestarle: Nina era solitaria, y unos cuantos conflictos con algunas de las últimas inquilinas la habían disuadido de que lo mejor sería afrontar ella misma la totalidad de los gastos de alquiler. No podía ser que hubiera cambiado tan precipitadamente de opinión; me lo habría comentado. Enseguida descarté esa idea: no podría habérmelo comentado aunque quisiera

porque nuestra comunicación en los últimos tiempos había sido nula.

¿Y si hubiera invitado a alguien? Un amigo, un amante... La idea se me agarró al estómago como una pinza. Sentí que me lo oprimían, ocasionándome un dolor insoportable. Ella no era del tipo de mujeres que llevaría un chico a su casa para disfrutar de una aventura pasajera. Ella no era como Marta. La comparación hizo que me rebelara ante mi propia estupidez. Yo tampoco había sido lo que era. Antes de conocer a la Gata tenía valores, tenía principios. Mientras que ahora no disponía de otra cosa que no fuese un amor enfermizo al que me había hecho adicto, a mi pesar. ¿Podía haber cambiado Nina tanto como yo? Era una posibilidad.

Fuera como fuese, no pensaba quedarme a averiguarlo. Volver sobre mis pasos era, a la postre, la opción más saludable y honesta.

Capítulo 39

Las siguientes semanas fueron un paseo a bordo del vagón de una montaña rusa. Marta me llevaba del cielo al suelo, zarandeándome. Castigándome con su indiferencia en ocasiones y regalándome su pasión incondicional en otras. Era un muñeco en sus manos, estaba a expensas de ella, de sus caprichos.

Y, en tanto sufría desplantes y muestras de su personalidad cambiante a partes iguales, sus ocurrencias continuaban poniéndonos al filo de lo correcto. No había un solo día corriente junto a ella. Mi existencia se había llenado de sobresaltos e inquietudes. El alma en vilo es decir poco para el estado en que la mía se encontraba las veinticuatro horas del día.

Las noches que no pasaba con ella no podía conciliar el sueño. La imaginaba con otros chicos, dándoles a ellos lo que a mí me negaba. Porque Marta había establecido definitivamente su barrera en un par de días a la semana. Eso era todo lo que estaba dispuesta a conceder.

Hacía tiempo que yo había dejado de suplicar. Comprendí que lo único que lograría sería alejarla más de mí. Los momentos que compartíamos tampoco eran, precisamente, apacibles. Si nos veíamos en el bar jamás regresaba a casa antes de ver el amanecer. Hacíamos el amor en su camerino, aspirando el coco de su perfume de Siria, la guerrera. Tal era el nombre de batalla que usaba para travestirse.

Me había convertido en una especie de zombi, falto de sueño y apetito. Arrastrando un cuerpo que únicamente se sostenía por la fuerza de un amor más mendigado que real.

A pesar de todo, me sentía contento. Me dejaba arrastrar por la corriente, como el plancton en el inmenso océano. Como la tierra cuando se desatan lluvias torrenciales, o una pluma en medio del vendaval. Había decidido aceptarla tal como era. En eso consistía el amor, después de todo. Así que no chistaba si se consagraba al más absoluto silencio durante horas, y en cambio hablaba por los codos al momento de acomodarse en la butaca del cine, increpando al primero que se atreviera a llamarle la atención. Tampoco cuando me obligaba a seguirla al exterior de la sala en el preciso momento en

que iba a desvelarse la clave de la trama. A Marta no le gustaba terminar nada de lo que empezaba, se jactaba de ello. Gozaba haciendo lo imprevisible, llevando la contraria al mundo.

Ni siquiera me atrevía a abrir la boca cuando, tras horas haciendo cola para sacar entradas para el concierto del artista de moda, salía corriendo al alcanzar la taquilla. Me acostumbré a vivir de sus migajas. Entre caricias negadas, besos robados, encuentros clandestinos y citas desastrosas que culminaban, el noventa por ciento de las ocasiones, en el diván de su camerino. Me cansé de suplicar que me abriera el corazón. Y, aun desesperado por avanzar en el conocimiento del laberinto de su alma, acoplé la mía a sus caprichos, haciendo cuenta de que todo marchaba según debía.

En absoluto era cierto, porque me corroía por dentro. El volcán en que mi corazón se había convertido erupcionaba, lenta pero firmemente. Había un latido permanente dentro de mi cerebro que me impulsaba a reaccionar. Pero yo procuraba mantenerlo a raya. Las reglas del juego habían sido establecidas y aceptadas hacía tiempo. No tenía sentido dar un paso atrás.

Era sábado. Uno de esos raros sábados en los que Marta me dedicaba un rato antes de incorporarse al bar para el espectáculo del fin de semana. Habíamos recalado en aquel centro comercial donde en su día trabajó como acomodadora en las salas de cine. No quiso pasar por allá, a pesar de que, según afirmaba, tenía muchos amigos. En cambio, prefirió sentarse en la cafetería donde, en aquel tiempo, antes de su jornada laboral, solía tomar café y una porción de tarta de limón que aseguraba estaba deliciosa.

Mientras la observaba devorar el pastel recordé con tristeza la última noche que pasé con Nina. Justo allí, en aquel centro comercial donde el deseo estuvo a punto de ceder a la pasión. Allí donde Marta invadió nuestras vidas, alejándonos para siempre.

Suspiré. Habría sido bonito poder compartir con ella mi felicidad actual. Transmitirle mis inquietudes, escuchar sus consejos. Dejar que me envolviera en la paz de su mirada cálida.

—¿Qué tienes, poeta? —La voz de Marta me sobresaltó. Aunque no tanto como el brillo de sus pupilas: desafiantes, burlonas.

Adiviné sus intenciones mucho antes de que apurara los restos de un café tan negro como su alma.

—Hoy estás demasiado lánguido. Me aburres. Así que vamos a darle ritmo al día. —Tomó su bolso y se levantó, espoleada por el eco que había dejado la

silla al arrastrarse por el suelo—. Me voy. Salgo pitando, bebé. Y a ti dos opciones te quedan: corres conmigo o te quedas pagando la cuenta. Tú eliges. Pero, si escoges la segunda, solo puedo decirte: *Goodbye, baby*. Nos vemos en otra vida. —Sacudió una mano de uñas tan largas como el camino a su corazón—. Porque este fin de semana no acepto que nadie me agüe la fiesta.

Me puse en pie, vacilante. Y, a la postre, no tuve ánimo para seguirla. Me quedé absorto, por el contrario, contemplando cómo su espalda huesuda luchaba por abrirse paso entre la masa de gente. Después volví a ocupar mi asiento.

—Póngame otro, por favor —solicité a la camarera.

Aquella noche no me apetecía pasarla en un camerino, esperando el momento en que ella hiciera su aparición gloriosa. Lo único que ambicionaba era quedarme allí, acariciando mi taza de té y juntando recuerdos.

Capítulo 40

Una vez estuvimos en aquella cafetería Nina y yo. Hacía mucho tiempo de eso, pero lo recordaba ahora como si fuera ayer. Nina pidió un daiquiri de fresa y a mí me pareció el gesto más extravagante del mundo. El más espontáneo. Pero eso es porque aún no había llegado Marta a mi vida. Ella sí que era la reina de lo estafalario. La originalidad condensada en un solo espíritu.

Recuerdo que le cuestioné su elección. Pero ella no vaciló: derramó sobre mí su mirada castaña antes de cerrar la carta y depositarla con cuidado sobre la mesa.

–¡Pero son las cinco de la tarde! ¡A nadie le apetece un daiquiri a las cinco de la tarde, Nina!

–A mí sí.

–Eres el colmo de la extravagancia. ¿No puedes pedir un café, como todo el mundo?

–Es que quiero un daiquiri.

–Lo haces para provocarme.

–¡Por supuesto que no! No te des tanta importancia, Álex. Hoy me he levantado con ganas de daiquiri. Eso es todo. Y, sucede que, como en el trabajo no hubieran visto con buenos ojos que me metiera entre pecho y espalda un brebaje cuyo ingrediente principal es el ron, he pensado que ahora sería buen momento.

Nos echamos a reír. Para Nina había una norma básica en su libro de comportamiento: mientras no se moleste a los demás, uno puede hacer con su vida y su cuerpo lo que le plazca.

–¿Y si te digo que me haces mucho mal empinándote un daiquiri vespertino?

–Te responderé que no te creo, y seguiré disfrutando de cada sorbito.

–Eres una desconsiderada. Estás manchando mi reputación sin piedad.

–Umm, realmente delicioso, ¿no quieres probarlo?

–¡Desde luego que no! –respondí, obstinado, al tiempo que echaba un

vistazo furtivo al líquido rosado. Invitaba a la degustación, para qué negarlo. Pero yo estaba empeñado en mantener mi dignidad a salvo.

–De cualquier forma, no me siento predispuesta a compartirlo –reconoció, con una sonrisa burlona bailándole en los labios.

Quise preguntarle si a su novio le hubiera parecido bien que compartiera conmigo un daiquiri. Al fin y al cabo, estaban a tres semanas de su boda. Pero lo dejé estar. Estaba resultando una tarde divina, y no había excusa para estropearla. Además, sentía que la amistad, la confianza, volvían a fluir como antaño. Estaba poniendo el alma para recuperar a la Nina de antes, y su prometido hubiera estado de más entre los dos.

Fue un día magnífico, de esos que durante años pude disfrutar junto a Nina. Hicimos juegos de palabras, recorrimos el centro comercial parando en cada tienda de golosinas con el único objetivo de hacer acopio de chucherías. Y terminamos frente a las carteleras, echando a suertes quién escogería la película para la sesión de las ocho.

–Pero la sala estará repleta de enanos chillones, y olerá a chocolatinas, mocos y palomitas –protesté, toda vez que anunció su elección.

–Por supuesto. Es una película para niños. No sería encantadora de lo contrario.

Recordé que Nina llevaba un vestido rojo y estaba especialmente guapa, aunque me ahorré el cumplido: a ella no parecía gustarle que la halagaran y yo no la miraba de la manera en que uno miraría a una mujer atractiva. Aparte, no tenía derecho a confundirla ahora que consolidaba una relación con un buen tipo.

Estaba envuelto en mis pensamientos, de forma que había dejado atrás la cafetería y dirigido mis pasos hacia la puerta de los cines. Igual que un autómatas, un muñeco teledirigido al que manipulara una fuerza extraña. Me detuve ante las carteleras: las sentí enormes, amenazadoras. No tenían el aspecto de antaño. Se me antojaban monstruos malintencionados dispuestos a caer sobre mí a la primera de cambio. Como un Don Quijote contemporáneo, estuve a punto de emprenderla a golpes contra los anuncios, blandiendo una lanza imaginaria. Había algo perturbador en las imágenes que se ofrecían a la vista, no rezumaban aquella magia que una vez les perteneció. Eran traicioneras, retorcidas. Guardaban mensajes ocultos, oscuros. Necesitaba alejarlas de mí, pensar en otra cosa.

Y eso intentaba cuando me asaltaron de nuevo los recuerdos.

Contrariamente a toda lógica, otra vez mis pensamientos volaron hasta Nina. Aquellos cines deberían haber traído a mi memoria el perfume de Marta. Su rostro tras el foco, su sonrisa volátil. En cambio, eran los ojos de Nina los que me observaban desde la atalaya de mis evocaciones. Recordé aquella noche que habíamos pasado juntos, cuando repasamos nuestra trayectoria cinéfila. La noche en que apostábamos por una relación común, dando el paso definitivo que consolidaría nuestro incipiente amor.

–¿Te acuerdas cuando vimos *Quince días contigo*? ¡Parece que haya pasado una eternidad!

–Es que éramos casi un par de adolescentes –le recordé.

–¿Cuántos días pasarías conmigo? –me preguntó, pillándome por sorpresa.

–Cien días –respondí, sin apenas pensar.

–¿Solo cien? –Compuso una mueca trágica–. Yo hubiera dicho muchos más.

En aquel momento sentí cierta aversión: ¿me estaba reclamando alguna clase de compromiso? Y, ¿estaba yo preparado para asumir una relación que me condujera mucho más allá de esa cifra?

–Cien días, renovables otros cien, y así sucesivamente.

Aquella respuesta pareció dejarla satisfecha o, al menos, si no lo estaba, consiguió disimularlo tras una débil sonrisa. Aquella fue nuestra última noche juntos en calidad de lo que fuera que teníamos, y también el origen de mi relación con Marta. También supuso el final de una amistad de años con Nina. Por algún motivo ajeno a mi voluntad aquello pesaba ahora mucho más que el resto. La echaba de menos, aunque mi orgullo se negara a reconocerlo.

De repente se me había encajado una fuerte jaqueca. Quizás debería regresar a casa: ver una película hundido en el sofá y olvidarme de todo por un par de horas. No me apetecía salir, tampoco hablar con nadie. Solo aislarme hasta la muerte, como el ermitaño de Lobsang Rampa.

Me giré, dispuesto a dejar atrás los fantasmas que me asediaban. Para comprobar, con estupefacción, que uno de ellos se había materializado frente a mis ojos, resuelto a prolongar mi tortura.

Capítulo 41

–Hola, Álex. –Su voz sonaba fría, ajena a aquel tono acariciador con el que solía pronunciar mi nombre en otros tiempos.

–¡Nina! ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí? Ha pasado mucho tiempo –hablaba a borbotones, decidido a aprovechar la ocasión que el destino me brindaba.

–Así es –respondió, lacónica. Y una llamarada brilló en sus ojos pardos.

–He pensado mucho en ti. Lo que pasa es que no encontraba el momento de llamarte.

–Ya. Debes estar muy ocupado.

–No es eso –sentí la necesidad de disculparme–, es solo que... tengo que poner en orden mis ideas. Reflexionar, darme tiempo...

–Lo comprendo –me cortó, áspera.

Y acto seguido se instaló un silencio de escarcha entre nosotros. Fue cuestión de segundos, pero me pareció que un siglo entero nos había pasado por delante, dejando una densa bruma en el aire.

Nina dio por concluida nuestra conversación, y había comenzado a girarse cuando la agarré del brazo. Me regaló una mirada arisca, llena de rencor. Nada quedaba de la chica dulce que durante años me acunó en su mirada cálida. De la amiga tierna que entregaba las horas a escuchar mis problemas, sin esperar nada a cambio. Se había convertido en una montaña de hielo. Y yo no podía culparla: su despecho era directamente proporcional a mis agravios. Traté de sobreponerme al estremecimiento que su odio provocaba en mi cuerpo.

–Nina, te echo de menos... –La revelación me golpeó violentamente. Estaba tan sorprendido como ella misma, por eso no me percaté de que ella sacudía el brazo con intención de liberarse de mi influencia.

Una vez se vio libre, me dirigió una mirada altiva.

–Es lo que pasa cuando se pierde a esa amiga incondicional que está ahí siempre y para todo.

–Déjame que hable contigo, que te explique.

—Es que no me interesa lo que tengas que decirme. —Quería mostrarse indiferente, pero noté cómo luchaba por vencer el desconcierto.

Sentí que tenía una oportunidad de derribar sus defensas. Una sola. Y estaba dispuesto a aprovecharla porque, después de volver a verla, era más consciente que nunca de que la necesitaba en mi vida.

—¡Nina! —La voz vino de atrás. Nos giramos al mismo tiempo para enfrentarnos a un chico alto, de rostro afilado como un cuchillo de bolsillo y ojos penetrantes.

Nos lanzó una mirada inquisitiva; a continuación, frunció el ceño hasta convertir su boca en una delgada línea.

—¿Has venido con él? —No pude dominar el tono posesivo de mi voz. Yo conocía a todos los amigos de Nina. A sus compañeros de trabajo, a sus primos, incluso a sus vecinos. Aquel tipo no pertenecía a ninguno de esos grupos y, sin embargo, encajaba muy a propósito en el perfil de hombre que solía gustarle a ella. Moreno, pulcro, vestido de modo informal pero con un toque de distinción que lo hacía aparecer atractivo. Sus facciones eran duras pero sus pupilas brillaban cuando se dejaban caer sobre Nina, concediéndole un aire tierno que contrastaba con la coraza en la que su aspecto físico se envolvía. Sentí náuseas. ¿Sería el famoso Rubén, aquel novio intermitente siempre dispuesto a esperar a Nina a pesar de sus eternas dudas?

—No creo que eso sea asunto tuyo —me espetó Nina, y sus ojos se oscurecieron como el mar en una tarde de tempestad.

—Nina, sé que me he portado mal, que he sido un canalla y un desconsiderado. Pero si hay algo que pueda hacer para enmendar mis errores...

Me miró de hito en hito. Por un instante, mi corazón se redujo al tamaño de una nuez. Su mirada fue cambiando de iracunda a condescendiente mientras sus pupilas se hundían en las mías como si buscara la respuesta a los sufrimientos que castigaban mi alma.

—Álex, no estás bien —determinó con el tono de una psicóloga experimentada—. Tienes mal aspecto. Estás más delgado, pálido... ¿Qué te está pasando?

Me sacudió la rabia. ¿Quién era ella para juzgar mi aspecto, cuando, a pesar de lo que aparentara, me encontraba en mi mejor momento? No quería su compasión. Necesitaba a la amiga leal, la que sabía escuchar sin juzgarme. Sus reproches y sermones de doña perfecta no eran bienvenidos.

Mientras aguardaba una respuesta Nina dirigió una mirada suplicante hacia el tipo que la acompañaba. Él le devolvió una sonrisa tranquilizadora. Se comunicaban con los ojos, como cualquier pareja de tortolitos. No pude evitar comparar aquel cruce de intenciones con los dardos que yo enviaba a Marta y que se movían en un único sentido. Aquel chico apreciaba a Nina, se mostraba comprensivo, lo cual solo podía significar dos cosas: subestimaba el valor de lo que Nina y yo compartíamos o estaba muy seguro de que ella le pertenecía. Cualquiera de ambas opciones me resultaba odiosa y me llevaron los demonios.

–No hagas esperar a tu novio. No vale la pena.

Nina me miró con tristeza y terminé por rebelarme: no me hacía falta su perdón ni escuchar lo que tuviera que decirme. Tampoco merecía la pena deshacerse en disculpas o ruegos. Podría afrontar lo que fuera solo, no la necesitaba en mi camino. Ni a ella ni a nadie.

Para eso tenía a Marta: ella llenaría cada vacío que el mundo me impusiera. Me salvaría de la mediocridad reinante, con su chispa y su personalidad de fuego.

La voz del chico reclamando otra vez a mi amiga me sacó del trance. La percibí como si se tratase de un timbre lejano, un zumbido que llegara desde el interior de la tierra. Del mismísimo infierno.

Nina acudió esta vez a su llamada. No dijo adiós. No miró atrás. Y allí me dejaron, con la expresión de un niño al que acabaran de arrancar la posibilidad de subir a bordo de una atracción de feria, contemplando cómo se alejaban hasta desaparecer.

Languidecí: jamás había sentido una soledad tan grande. Jamás un mordisco en el alma como el que me cortaba ahora la respiración.

Capítulo 42

Rubén había sido una constante en los últimos siete años de nuestras vidas. Para Nina representaba el apoyo, ese hombro incondicional sobre el que llorar cuando las cosas se torcían. Apenas vislumbraba un problema, Rubén saltaba desde donde quiera que estuviese para ponerse a su lado. Se ofrecía a acompañarla, a gestionar cuanto necesitara. Aparecía en los momentos en que yo no estaba, igual que un sustituto en el campo de juego. El resto del tiempo estaba relegado al banquillo. A él no parecía importarle, pero a mí no me engañaba con sus mañas de amigo: Rubén esperaba de Nina mucho más de lo que tal vez ella pudiera darle nunca. Y eso me llevaba a comparar la relación que ambos tenían con la que yo mismo mantenía con Nina: aquel chico ejercía de eterno enamorado; era adicto a ella y la esperaba como un fiel Quasimodo. Año tras año, tolerando sus idas y venidas, sus indecisiones. Sin duda amparado en el convencimiento de que, más tarde o más temprano, Nina terminaría por claudicar.

Me rebelaban su prepotencia y su falta de dignidad. Que estuviese dispuesto a recoger las migajas. Que le hubiese perdonado que anulara su boda apenas una semana antes de celebrarse. Que, con todo, no la odiara; que, por el contrario, la amase más que antes y hubiese tenido la capacidad de quererla de un modo abnegado, como seguramente yo jamás podría.

De alguna forma, no obstante, sentía que Nina me pertenecía sobre todas las cosas. El lazo que nos unía estaba fabricado a base de acero. Podía leerlo en sus ojos: los años habían convertido a Nina en una mujer fuerte pero, aunque se esforzara en disimularlo, un brillo especial prendía sus pupilas cuando estábamos juntos.

Me atemorizaba y halagaba al mismo tiempo. Estaba dividido entre la responsabilidad de provocar en Nina un sentimiento profundo y la satisfacción de haber logrado para mí una victoria: porque estaba convencido de que el tal Rubén nunca sería capaz de trasladar esa ilusión a los ojos de mi amiga. Jamás podría entenderla como la entendía yo.

Paralelamente, me sentía egoísta. Intuía que yo era un obstáculo en el

camino de vida de mi amiga. Que de no haber aparecido en el momento más inoportuno aquella boda se habría consumado. ¿Hubiera sido feliz ella junto al dichoso Rubén? No dudaba de que la habría tratado como una reina. Por lo que sabía de él era obsequioso, amable. Apenas discutían. Con todo, siempre fui consciente de que Nina no estaba realmente enamorada de él. Cuando lo describía, sus palabras estaban exentas de pasión. Podría haber estado hablando de un hermano... hasta de su padre. Nadie utilizaría adjetivos como “amable”, “considerado” y “respetuoso” para referirse al hombre de sus sueños.

Sea como fuere, el tiempo jugaba en mi contra y yo notaba que mi falta de decisión afectaba cada día más a Nina, inclinándola en favor del tal Rubén. Nunca llegué a conocerlo y Nina tampoco puso empeño en que ese momento llegara: mantenía a cada uno en su sitio estableciendo prudentes barreras y derribando solo aquellas que estimaba oportunas. Pero, aunque no pudiera ponerle rostro, Rubén era para mí una sombra amenazadora que se cernía sobre la claridad de nuestra amistad.

Capítulo 43

Todo apuntaba a que se trataba de una noche como otra cualquiera en El Diablo Rojo. No sabría decir qué me había impulsado a arrastrar el cuerpo hasta allí. Después de deambular durante horas sin rumbo fijo, arrostrando la confusión que Nina y su fastidioso amigo habían provocado en mi ánimo ya de por sí enmarañado, dirigí mis pasos hacia el local nocturno.

El reloj digital que presidía la esquina de la calle marcaba las dos de la madrugada. Descendí los escalones, deteniéndome en cada uno de ellos con triste ademán. Cada vez que pisaba el suelo el cemento bajo mis suelas parecía repercutir en mi cerebro. Me sentía abatido, desconsolado. Incluso enfermo.

Fui contando cada escalón: uno, dos, tres... hasta alcanzar la docena. Acto seguido empujé las puertas metálicas. Tuve la impresión de que pesaban más que nunca. Casi tanto como mi desánimo, que me impelía a dejar caer el peso de mis huesos cansados sobre el asfalto.

Los trece metros que separaban la entrada del pasillo me parecieron cincuenta. Al final de aquel túnel interminable me esperaba Anderson. Pequeño y redondo, como una seta salvaje en medio de un bosque encantado. Me saludó con una mueca, gesto que agradecí sobremanera. No habría podido soportar los ecos de su voz cavernosa. No aquella noche.

La puerta emitió una queja bajo sus manos rechonchas. Para cuando esta volvía a cerrarse Anderson había regresado a su postura de portero. Sin pestañear siquiera. Se mantuvo firme, imponente a pesar de su reducida estatura mientras yo avanzaba hacia las entrañas del local.

Ocupaba el escenario Antonella, uno de los travestís más celebrados del pub. Ofrecía a sus incondicionales una actuación soberbia, magnífica, representando un número del musical *Chicago*, ese que lleva por título *When you're good to Mama*. Sus movimientos sensuales habían acaparado también la atención del público más indolente, y Antonella disfrutaba ya de las mieles de un éxito arrollador.

Desde la barra Jenny anticipó un saludo que yo no estaba dispuesto a

devolver. Enarcó las cejas, invitándome claramente a que me sentara con ella. Nos habíamos acostumbrado a conversar largamente durante el lapso de tiempo que duraban las actuaciones. Nuestras charlas habían derribado la barrera que Jenny solía interponer entre ella y el resto del mundo. Había dejado de ser la chica dura, “la rarita”, para mostrar su cara más afable. Me había abierto parcelas que solía mantener ocultas para salvaguardar su orgullo.

No obstante, aquella noche no me apetecía compartir sus anécdotas sobre desastrosas reuniones familiares y viajes alrededor del mundo. Necesitaba ir derecho al bulto, hacer posible lo imposible. Remendar mi alma con las tiritas que Marta guardaba en el botiquín de su mirada lánguida. Necesitaba convencerme de que ella era mi mejor opción. La única. Que me acunara entre sus pupilas impenetrables, como otras tantas veces.

Así que me limité a devolverle un gesto y fui directo a la zona de camerinos. Me crucé con un par de compañeros de tarima de Marta y creí adivinar en sus miradas el desconcierto primero y, después, la conmiseración. Se detuvieron un momento para observarme desde el otro lado del pasillo mientras me introducía en el camerino de Marta. Escuché sus risas ahogadas perdiéndose entre los muros del local, ecos que presagiaban el espectáculo infame que me aguardaba adentro.

La lámpara estaba apagada, pero un haz de luz proveniente de la calle se filtraba por la ventana, imponiendo la claridad suficiente para distinguir, entre las sombras, el desorden que se había apoderado de la habitación. La ropa amontonada sobre el parqué hablaba por sí misma. También aventuraban una escena grotesca los restos de alcohol y tabaco que palpitaban en el ambiente.

Pero, por si los indicios no constituyeran suficiente prueba en sí mismos, la realidad vino a sacudirme la retina como una bofetada sin manos: sobre el diván se perfilaba la figura de Marta. Improvisada amazona, a lomos de un fulano que yacía extasiado bajo su cálida flacidez, al tiempo que ella esnifaba la raya de cocaína previamente derramada sobre su desnudo torso.

Capítulo 44

Me zumbaban los oídos cuando alcancé la calle. Olía a basura y a humedad. Las alcantarillas desprendían un tufillo revelador: se mascaba la tormenta, esa que se había ya desatado en mi cuerpo y en mi alma. Me pareció que el aire, antes suave, se había vuelto denso e irrespirable. Sentí que la angustia me mordisqueaba el corazón.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en que creí tenerlo todo. Me había sentido el rey del mundo, entre las sábanas de la que había considerado una diosa única, irrepetible. Pero en las últimas horas había perdido más que en toda una vida. Había cerrado un capítulo fundamental en mi existencia, asistiendo a la desbandada de una amiga que una vez fue imprescindible en mi camino. La había visto alejarse de la mano de alguien que la supo querer mejor que yo.

Por necesidad, me había aferrado a lo poco que tenía con Marta. A un castillo de arena fabricado entre sueños. Ahora ese castillo se desmoronaba por el embate de una ola impetuosa y yo por fin comprendía que Marta jamás fue mía, a pesar de mi insistencia.

Visualicé sus cabellos, golpeándole la espalda con cada embestida. Fulguraban como llamas de una candela imposible de extinguir. Me imaginé acariciando sus pechos turgentes: aquello era todo lo que Marta estaba dispuesta a darme. En realidad, lo había dejado claro en todo momento. Desde el comienzo. No tenía derecho a sentirme engañado, pero así es como me sentía: miserable, agónico.

No pude dominar el estremecimiento que me recorrió la columna vertebral al traer a la memoria el momento en que ambos amantes repararon en mi presencia. Me quedé petrificado, como un polizón descubierto *in fraganti*. Me había colado en una fiesta, sin invitación. No tenía derecho a copa ni a espectáculo. Abrí la boca, pero la volví a cerrar. No dije nada; no hacía falta. Me limité a observarlos durante unos segundos que me supieron a eternidad. Estaba, más que sorprendido, incrédulo. Decepcionado como nunca antes lo había estado en mi vida. Desmadejado, retrocedí hasta el umbral de la puerta,

y me deslicé hacia el exterior, batiéndome en silenciosa retirada.

—No te esperaba esta noche. —La voz vino de atrás. Tuve que reconocer que la esperaba. De otro modo, hacía rato que me hubiera perdido entre las sombras de una noche tenebrosa como mi alma.

—Puedes jurar que no —murmuré, en un tono apenas audible.

—¿Acaso no quedamos en vernos después del fin de semana? Te dejé pagando una cuenta, si no recuerdo mal.

—¿Qué estabas haciendo ahí, con ese tipo?

—Me parece que es obvio. —Sonrió, maliciosa. Y reparé en sus pupilas, dilatadas y oscuras como el mar de invierno—. Pero ese no es el tema.

—¿Cuál es el tema entonces? ¿La mierda en la que andas metida? ¿Por qué consumes drogas, Marta? ¿Qué clase de persona eres?

Se encogió de hombros y compuso una mueca teatral.

—¿Qué quieres que te diga, bebé? Libre. Soy una persona libre —silabeó—. Y así es como me gusta estar. ¿O pretendías tenerme en exclusiva?

Vacilé. Me habría gustado escupirle que sí, que precisamente en eso consistía el amor. Pero Marta no era la clase de chica que se ablanda ante una declaración común.

—Tú y yo no somos pareja —sentenció, y sentí que un estilete me oprimía el alma.

—Después de todo este tiempo, había llegado a creer que teníamos una oportunidad. Juntos. Que estábamos construyendo algo bonito. Sin prisas, es verdad, con paciencia... porque tú, no me lo negarás, eres bastante peculiar. Pero algo parecido a una relación, después de todo.

—Te lo dije, bebé: no soy buena para ti. Lo estropeo todo. No sé estar a la altura de lo que se espera de mí. Es más, cuanto más altas siento las expectativas, mayor es la decepción que provoco. No puedo evitarlo.

Estaba a punto de reconocer que lo nuestro no tenía sentido, que éramos incompatibles, que fue lindo mientras duró, cuando el motor de un vehículo interrumpió nuestra pasional escena. Marta me arrastró hacia la negrura de un rincón entre los contenedores, valiéndose de un tirón que puso a prueba la resistencia del lino de mi camisa.

Acto seguido me cerró la boca con un beso. Aún olía a restos de sexo y sudor. Sentí asco y, al mismo tiempo, una sensación de inopinado triunfo sobre aquel rival desconocido que había gozado de sus favores tan solo un momento antes.

–No digas nada –susurró, y preferí interpretar en el temblor de su voz la emoción que le oprimía el pecho.

Quise pensar que se debía al hecho de que sus labios acababan de rozar los míos. Que había sentido la misma pasión que yo, una pasión arrebatadora que le estrangulaba la voz. Que era un poco mía, aun a su pesar. Y que se arrepentía de haber sido tan dura, tan cruel. Pero cualquier ilusión se evaporó como el humo ante la contemplación de su mirada: sus ojos brillaban de un modo poco natural. En vez de mirarme a mí, lo hacía a través de mí. Estaban fijos en un punto al otro lado de la calle, justo donde una pareja de hombres se apeaba del coche recién llegado.

–Abrázame –exigió, envolviéndome entre sus brazos como una araña a una mosca.

Me puse rígido: Marta no daba un paso sin esperar algo a cambio. Jamás regalaba nada. No era de la clase de personas que se complace en demostrar afecto. Pero el roce de sus manos delgadas sobre mi cuello fue dando al traste con mi resolución. Allí es donde yo quería estar: envuelto en su abrazo, rozando su piel tibia. Donde debía estar, pese a sus reticencias y sus desplantes.

Me relajé y, comenzaba a sentirme a gusto, cuando me aguijoneó con un nuevo exabrupto.

–No seas tonto, *baby*. Él no significa nada para mí. Además –añadió en un tono meloso–, ahora te necesito más que nunca. Estoy decidida a pedirte un favor, y no puedes negármelo.

Capítulo 45

–Tengo que pedirte un favor–me estremecí, no sé si de gusto o de aprensión. La última vez que Nina me había pedido ayuda habíamos acabado enredados en un beso. Un beso delicioso, para qué negarlo, pero con implicaciones sentimentales que no había buscado ni deseado en aquel momento.

–¿Y Rubén? ¿No puede ayudarte él? –pregunté, suspicaz.

–No creo que le apetezca. –Guardó silencio unos segundos, antes de añadir casi en un susurro–: Lo demos dejado.

Me sacudió un espasmo de placer. Me sentía extrañamente victorioso, aunque no podía explicar por qué. Tenía la sensación de haber librado una batalla silenciosa durante casi dos meses. De forma voluntaria o no, había conquistado el territorio y me había ganado mi derecho a izar la bandera.

Pronto la dulzura del triunfo devino en amargura: Nina se había quedado envuelta en un obstinado silencio y su mirada se perdía en la oscura nube de sus pensamientos. Estaba abatida, y la posibilidad de que fuese a causa de un amor no correspondido me relegaba de repente al bando de los perdedores. Siempre había confiado en que lo que mi amiga sentía por mí estaba muy por encima de cualquier romance. Tantos años, tantas confidencias, no podrían encontrar competencia. Y, no obstante, viéndola tan afligida me percataba de lo absurdo de mi planteamiento: ¿no era acaso posible que Nina se hubiera enamorado hasta el tuétano del infeliz aquel? ¿Podría ser que la causa de su duelo fuese el chico que había estado a punto de ponerle un anillo en el dedo? Necesitaba saberlo, aunque doliera.

–¿Qué ha sucedido? ¿Ese tipo se ha atrevido a dejarte? –Mi voz tembló, fiel reflejo del terremoto que acababa de estallar en mi interior. Alargué una mano e, igual que si se tratase de una pluma espoleada por el viento, la dejé caer sobre la suya.

Por fin Nina se dignó a mirarme y en sus ojos leí culpabilidad.

–¡No! –gritó; me asusté, y quise apartar mi mano llevado por un natural impulso. Pero Nina la retuvo entre las suyas antes de añadir, con firmeza–:

Comprendimos que no estábamos hechos el uno para el otro. Eso es todo.

–Pero, ¡si estabais a un paso del altar!

–Por eso. Tal vez nos hubiéramos precipitado. Hemos decidido tomarnos un tiempo, para pensar bien las cosas.

Me pregunté si el hecho de haber retomado nuestra amistad, haber compartido aquellos momentos cruciales durante las últimas semanas habría tenido algo que ver y sentí una oscura satisfacción. Nina debió adivinarlo porque quiso aclarar:

–Es una cuestión de tiempo y distancia. –Luego apartó definitivamente sus manos de las mías y experimenté un frío helador entre los dedos.

Durante unos instantes sus ojos me atraparon y traté de encontrar en ellos el secreto que sus labios se negaban a revelarme. Fue un momento de una intensidad desbordante; quise hablar, pero se me había formado un nudo en la garganta. Tenía una certeza, pero... ¿estaba preparado para ponerle nombre? Al tiempo, la oportunidad de recuperar a la amiga se diluía: ¿se mostraría ella dispuesta a volver al punto de retorno o deseaba dar un salto cualitativo? ¿Y yo? ¿Quería destapar la caja de los secretos, obligar a Nina a enfrentar sus auténticos sentimientos? ¿Eran los míos paralelos?

Mientras daba vueltas al asunto sentí que Nina me observaba, imponiendo a sus tensos labios la apariencia de una sonrisa. Y en ese preciso instante me invadió el pánico. Ella esperaba algo aunque yo no le había pedido nada. A mi manera, tal vez, con mis acciones y palabras, la había forzado a cruzar esa línea. Es verdad que yo lo había deseado: en mi fuero interno había querido tenerla solo para mí, alejar a Rubén de su vida para siempre. ¿Me convertía eso en responsable de sus decisiones? A la postre, si hubiera estado segura, me dije, jamás hubiera pospuesto la celebración del matrimonio. Si lo amase en verdad, lo suficiente para comprometerse por el resto de sus días, no habría dudado ni por un instante.

Durante los siguientes minutos, mi vanidad y su orgullo se echaron un pulso: me tentaba la posibilidad de tirarle de la lengua, aunque el miedo a escuchar cualquier cosa que me comprometiera se imponía.

–Se me ha hecho un poco tarde. –Noté cierta decepción en el tono de su voz, aunque lo disimuló añadiendo, en tono jocoso—. Tengo una boda que no celebrar, imagínate el trabajo que me queda por delante: anular doscientas invitaciones pocos días antes del evento no es moco de pavo.

Se incorporó, y daba la impresión de que le hubiesen colocado dos sacos

de cemento sobre los hombros.

–¿Y lo que querías pedirme? –Arriesgué.

–Olvidalo. Ya no tiene importancia.

Capítulo 46

–¿De qué va todo esto? –Pasado el efecto del hechizo, la realidad me golpeaba en la cara.

Marta había insistido, aun a riesgo de devolver a mi memoria un episodio que era preferible para los dos olvidar, en regresar a su camerino. El tipo se había esfumado como el humo de un cigarrillo, pero su rastro permanecía. Olía a tabaco negro, testosterona y colonia barata. Los cojines desparramados cerca del diván y las copas abandonadas sobre el aparador constituían negros recordatorios de una traición no por previsible menos dolorosa.

Estaba ensimismado derramando mi mirada escrutadora a lo largo y ancho de la habitación cuando la vi agacharse. Hincó las rodillas en el suelo y, ante mis atónitos ojos, desplazó hacia un lado una de las baldosas del piso. A continuación metió la mano en lo que debía ser un agujero en el suelo y extrajo un saco de tela del tamaño de una cartera de mano.

–Tienes que llevártelo a casa y ponerlo a buen recaudo –ordenó, tendiéndolo hacia mí.

–¿Qué guardas ahí?

–Regla número uno de este juego: no hagas preguntas. –Le devolví una mirada reprobatoria–. Créeme, Alex. Es mejor que no lo sepas. Estarás mucho más seguro. –El hecho de que usara mi nombre de pila por primera vez me convenció de que hablaba en serio–. Por eso has de prometerme que no lo abrirás bajo ninguna circunstancia. Óyeme bien: ninguna circunstancia. De ninguna clase –insistió.

–Estoy loco por ti, y lo sabes. Pero no permitiré que te aproveches de eso. Si quieres mi ayuda, tendrás que darme un motivo lo bastante convincente –sentencié.

Golpeó el suelo con una bota de tacón tan afilado que hubiera podido cortar el aire. Estaba enojada, como no solía estarlo. Era una niña mimada a quien se le negaba un antojo.

Permanecí quieto, retándola a mantenerme la mirada. Y en sus ojos descubrí las chispas de la cólera que comenzaba a apoderarse de ella. Apretó

los labios hasta dibujar una fina línea y se cruzó de brazos. Si se hubiera tratado de otra, hubiera asegurado que parecía dispuesta a permanecer así por toda la eternidad: paralizada, inerte. Incapaz de reaccionar. Pero Marta era puro fuego, y el fuego no se apaga mientras un fuelle lo avive.

Resopló antes de decidirse a dar una vuelta por la habitación. Viéndola girar alrededor, pensé en una leona enjaulada. Se mostraba recelosa, impaciente. Miraba con ansia mal contenida hacia la puerta, como si esperara que en cualquier momento alguien la echara abajo e irrumpiera en la habitación.

Por fin se detuvo. Tomó aire antes de dirigirse a mí.

—Confórmate con saber que, de no ser porque tenemos planes de futuro, jamás confiaría en ti hasta este extremo. Me gusta hacer las cosas sola, ya lo sabes. No estoy acostumbrada a confiar en nadie.

—De modo que debería sentirme honrado.

—Eso es lo que creo —resolló.

Había adoptado un tono expeditivo. Tenía prisa en dar por zanjado el asunto. Comprendí que, de no aceptar lo que me proponía, habría de despedirme de ella para siempre.

—Está bien —concedí, resuelto a aferrarme al último hilito de esperanza que se me ofrecía—. Voy a echarle una mano.

Su gesto pareció relajarse, y en sus pupilas asomó un brillo espontáneo, espejismo de una emoción que desapareció al instante, devolviendo a sus ojos ese poso de oscuridad tan característico.

—¿Sin preguntas? —Más que una interrogación se trataba de una exigencia.

—Nada de preguntas. —Claudiqué.

—¿Sin esperar algo a cambio?

—¡Ah, eso sí que no! No tengo vocación de santo. Esta vez bajo ciertas condiciones.

Abrió la boca para replicar, justo en el momento en que el picaporte de la puerta crujió, forzado por los dedos de algún afanado intruso.

—Tienes que irte ahora —decretó, en un susurro apenas audible, al tiempo que me empujaba hacia la ventana. Se había tornado repentinamente pálida y el nerviosismo volvía a hacer mella en la expresión de su rostro, por lo general imperturbable.

—¿Quieres que salga por ahí? ¡Podría romperme una pierna! ¡O matarme!

—Vamos, bebé. La vida no vale nada sin un poco de emoción.

Me dije que ella parecía empeñada en acapararla toda para sí y vacilé. Yo no habría llamado un poco de emoción a un acto tan temerario como escapar por una ventana. Era absurdo, impropio de alguien tan previsible y ordenado como yo.

–Lo haré si me prometes que volveré a verte pronto.

–¡Menudo chantajista! –Se escuchó un forcejeo y, acto seguido, unos golpes sobre la madera–. Está bien. Ya discutiremos eso en un mejor momento. –Introdujo el saco en el bolsillo interno de mi chaqueta y me obligó a girarme, poniéndome de cara a la ventana–. Pero ahora debes irte. Y guardar el paquete donde nadie pueda encontrarlo.

–¡Vamos, gatita, abre la puerta o la echamos abajo! –Desde el otro lado, una voz que parecía salida del infierno nos hizo estremecer.

–Vete, Álex, te lo ruego. –Los golpes eran cada vez más fuertes; se nos agotaba el tiempo.

–Sabemos que estás ahí. Danos lo que queremos y te dejaremos en paz.

Marta agrandó los ojos y comprobé que la luz que había en ellos había desaparecido.

–¡Abre de una maldita vez!

Mientras caía sobre el acerado, como un gato que consume la primera de sus siete vidas, pude escuchar el golpe seco de un disparo sobre la cerradura, seguido del grito ahogado de Marta.

Capítulo 47

El dichoso saquito quemaba como carbón encendido entre los dedos.

Me alejé cuanto pude de El diablo Rojo con la esperanza de dejar atrás uno de los episodios más siniestros de mi vida. Soy un tipo corriente, no acostumbro a codearme con matones, mafiosos y amigos de los estupefacientes.

El corazón me latía con enorme violencia cada vez que recordaba el ruido de la bala sobre el metal. Imaginaba el momento en que la puerta habría cedido para dar paso a aquellos dos tipos con pinta de asesinos a sueldo que habrían caído sobre la delicada Marta. Me horrorizaba pensar en lo que podrían haber hecho con ella, y me sentía un cobarde por haber huido sin tratar de socorrerla, por no mirar atrás.

No obstante, ella había sido muy clara a aquel respecto: mi misión consistía en poner a salvo lo que quiera que contuviese el paquete. No tratar de hacerme el héroe frente a un par de pistolas cargadas. Sin preguntas, sin indagaciones absurdas. Bastaba con ejercer, una vez más, de lelo. Con ser el monigote que Marta quería que fuera. Nada más.

Después de recorrer cinco o seis kilómetros sin plan ni destino concreto reparé en que todavía me palpitaban los oídos como si aún estuviese en el interior del local. Había arrastrado conmigo la música, el murmullo de las conversaciones, el rechinar de los vasos apilándose en el fregadero. Hasta el olor de Marta se había instalado en mi nariz con vocación de permanencia. Aquella fragancia a coco salvaje que la alejaba de cualquier sospecha de vulgaridad. La llevaba a cuestas, como una forma de condena silenciosa que me castigara a anhelar su piel. Un recordatorio despiadado de cuánto la necesitaba, de que estaba ligado a ella como la rémora al tiburón.

Marta andaba metida en algún lío descomunal, y la cosa pintaba del color del carbón. Cuantas más vueltas le daba al asunto, más enrevesado lo veía. Consulté el reloj: diez minutos para las cinco. En apenas un par de horas caería el amanecer sobre la ciudad, y con él la actividad se reanudaría. Temía ese momento: en la oscuridad de la noche había encontrado un refugio para

mis pensamientos, en la soledad de las calles durmientes el escondite perfecto para un prófugo como yo lo era. Un encubridor, un truhan sin remedio. Había dejado atrás al buen tipo, a aquel economista mediocre empleado en una oficina de medio pelo. Me había aupado a lomos de una aventura que, lo sabía bien, me venía más grande que un tres cuartos a un enano.

Y todo por amor a Marta. Con toda probabilidad, acababa de firmar mi sentencia para una condena por tráfico de estupefacientes. Me había implicado en una de esas tramas que alimentan el argumento de las películas policíacas. Por tonto, por encapricharme con una chica egoísta incapaz de expresar la emoción más diminuta.

Sabía que, en caso de acusarla de ser una lianta, respondería con la frialdad de un iceberg que nadie me había mandado meter las narices en sus asuntos. Que me había pedido que la dejara en paz el fin de semana, pero yo había hecho caso omiso de sus recomendaciones para después introducirme en su camerino, desoyendo sus órdenes, sus deseos de reina del hielo. Y no le hubiera faltado razón: si yo hubiera dejado las cosas como estaban jamás me habría visto envuelto en un asunto tan sucio, tan espeluznante.

Di una vuelta a la manzana y me detuve en seco: frente a mí se abría un oscuro callejón donde los contenedores se alineaban, escupiendo los restos de una basura heterogénea, acumulada durante el día. Me sentí tentado de arrojar el paquete allí. De dejarlo pudrirse entre los montones de mierda de la ciudad dormida.

Pero Marta jamás me lo habría perdonado. Me había investido de un valioso poder, confiándome algo de suma importancia para ella. Había puesto su vida en mis manos. Sin querer, me había conferido una potestad inesperada, regalándome un motivo para depender de mí, de mi buena voluntad. No podía defraudarla, como tampoco podía despreciar la oportunidad de que me debiera un favor.

Me giré. Solo había un lugar donde ocultar algo así. A mí podrían haberme visto con Marta. Podrían relacionarme con ella, venir a mi apartamento y ponerlo patas arriba hasta dar con el odioso paquete. En cambio, a nadie se le ocurriría buscar allí.

Reanudé el paso, dispuesto a echarme la soga al cuello de una vez y para siempre.

Capítulo 48

Había luz en el apartamento de Nina. Esa clase de luz que sugiere intimidad.

La imaginé echada sobre el sofá viendo la televisión, leyendo alguno de esos libros con protagonistas femeninas que tanto le apasionaban, heroínas resueltas a cambiar el mundo o mujeres tan normales como ella misma, dispuestas a reconocer sus sentimientos y a exponer sus debilidades a pesar de las frustraciones.

Había estado cientos de veces en aquel salón, sentado en aquel mismo sofá. Junto a ella, devorando montones de las deliciosas palomitas que Nina preparaba en el microondas. Charlando sobre cualquier tema imaginable. Discutiendo cuando nuestras opiniones divergían y reforzándonos siempre que estábamos de acuerdo en algún punto. Riéndonos, echando una partida de cartas o unos dados. Disfrutando de nuestra mutua compañía. A veces rodeados de otros amigos, la mayoría solos Nina y yo.

Ahora veía con claridad que aquellos ratos que disfrutábamos en soledad eran los más preciados y experimenté una sacudida, un estremecimiento de añoranza. Pero resolví apartarlo lejos: aquellos eran pensamientos nocivos más propios de sentimentaloides aficionados a autoflagelarse que de hombres sensatos como yo. Además, yo estaba colado por Marta. De otro modo, ¿qué hacía en el extremo opuesto de la ciudad, con una probable carga de cocaína encima, decidido a ponerla a salvo de las manos de codiciosos e indeseables e, incluso, de la mismísima policía con tal de condescender ante ella?

Con todo, la proximidad a la casa de Nina despertaba en mí gratos recuerdos de los que no me apetecía desprenderme. Y habría empezado a revivir algunas de las veladas disfrutadas allí de no ser porque, repentinamente, la luz desapareció, dando paso a una oscuridad profunda, casi abismal.

Por un instante dudé: si Nina había decidido entregarse al sueño tal vez fuera más prudente esperar la llegada de la mañana. La conocía bien: no toleraba las sorpresas, mucho menos cuando provenían de ex amigos traidores

poco fieles a su palabra y desaparecidos desde hacía tiempo. Además, el tipo del cine bien podría estar haciéndole compañía. Podía tratar de involucrarla a ella, aspirar, no a que me comprendiera pero sí a que respetara mis decisiones. Jamás, sin embargo, obtendría el beneplácito de su novio, por muy propenso que fuera a tolerar las buenas acciones de Nina para con los que alguna vez nos llamamos “amigos”.

Cuanto más pensaba en lo que me proponía hacer mayores eran los obstáculos que yo mismo enfrentaba al proyecto y, sin embargo, el tiempo jugaba en contra. Era preciso encontrarle a la mercancía un nuevo alojamiento libre de sospechas. Y ningún otro mejor que el apartamento de una inocente profesora de inglés.

No se lo iba a tomar nada bien. Debía prepararme para recibir toda clase de insultos. Tal vez lo mejor fuese aparecer con alguna buena excusa y esconder el paquete bajo alguno de los muebles sin que ella se percatase, para regresar después a casa y esperar instrucciones de la Gata.

Sin un plan concreto, abandoné la farola bajo la que llevaba varios minutos parapetado y dirigí mis pasos hacia la entrada del bloque de pisos donde Nina tenía su residencia. A cada paso el saquito me golpeaba el pecho con una fuerza inusitada, hasta el punto de que lo sentía próximo a estallar en mil pedazos. O pudiera ser que se tratara de mi corazón alborotado que, debido a los últimos acontecimientos, no había tenido un momento de reposo. Lo sentía agitado, descolocado. Como un niño en un parque de atracciones. Me llevé la mano al pecho con la esperanza de calmarlo: quedaba mucho camino por recorrer al lado de Marta. Si no me acostumbraba a aquella clase de vida terminaría por caer enfermo.

Por la otra acera se aproximaba un grupo de chicas. La noche de juerga había hecho estragos en ellas y alguna traía el paso cambiado. Esperé a que pasaran de largo, con el corazón en un puño: nunca más podría fiarme de nadie, no importaba qué apariencia tuvieran; cualquiera podría ser un enemigo.

La constatación de aquel hecho aumentó mi zozobra. Pero con ella creció también mi resolución: era obligatorio darle carpetazo al asunto, al menos hasta que un nuevo suceso me devolviera la intranquilidad a la que había sucumbido sin remedio.

Estaba a punto de cruzar la calle cuando se iluminó el portal de entrada e, instintivamente, me detuve. Frente a mis ojos, una cariñosa Nina despedía a

su chico. Ese de gesto amargo pero mirada edulcorada. El beso fue pasando de tierno a ávido, como si la velada que acababan de compartir no les hubiera satisfecho lo suficiente.

Todavía antes de darse el adiós definitivo, ella colgó sus brazos alrededor del cuello de él y le susurró unas palabras. De buena gana le habría borrado a aquel tipo su estúpida sonrisa con mi puño.

Esperé hasta contemplar con alivio cómo él se alejaba mientras Nina le lanzaba un último beso. Me quedé parado, pensando en lo bonito que habría sido que ese beso fuese dirigido a mí. Y una extraña punzada me apretó el pecho.

Capítulo 49

Me reconfortó la idea de que no lo hubiese invitado a dormir. Nina defendía que compartir sueño era el acto más íntimo entre dos seres, que era el origen o la consecuencia del amor. Que ese detalle en apariencia nimio marcaba la diferencia entre un amante y un amor. De ahí que despidiera a sus ligues antes del amanecer.

Me pregunté si alguna vez habría llegado hasta aquel punto con aquel tipo o si lo harían en un futuro próximo. Y aquel pensamiento me aguijoneó el alma. Qué me importaba no era una cuestión que estuviese preparado para responder. Con toda probabilidad se trataba de una cuestión de amor propio: si no lo había hecho conmigo, tampoco debía hacerlo con nadie más. Porque siempre supe, a pesar de que tratara de negármelo, que Nina había estado enamorada de mí desde el principio. Me lo habían dictado sus ojos, aunque yo no quise leer en ellos un mensaje que habría cambiado el ritmo de nuestra relación definitivamente.

Ahora, en cambio, ella parecía resuelta a pasar página, mientras que yo comenzaba a sentir una necesidad imperiosa de volver la vista atrás. De recuperarla para mí, aunque fuera como antes, sin traspasar aquella barrera que nos mantenía unidos de una forma tan conveniente para mí. Como amigos y nada más, porque otra cosa era imposible mientras Marta estuviera ahí, pegada a mi piel.

De un salto alcancé el portal antes de que la puerta se cerrara y me colé dentro. Nina esperaba el ascensor y se giró, sobresaltada, al escuchar el ruido de mis pasos en la entrada.

–¿Qué crees que estás haciendo, Álex?

–Espera, Nina. No te vayas. Solo quiero hablar contigo. Dame unos minutos y te dejaré en paz para siempre. –Sabía que no podría ser así, pero sin una pequeña mentira Nina se hubiera negado a recibirme.

–Estoy ocupada.

–¿A las cinco de la mañana?

–Tengo cosas que hacer. Así que debes irte.

–Pero sí que tienes tiempo para él. Lo he visto contigo. Os comíais a besos.
–Las palabras brotaron como el agua de la fuente, sin darme tiempo a contenerlas.

–¿Desde cuándo debo rendirte cuentas de lo que hago o con quién salgo?
¿Quién eres tú para pedirme explicaciones sobre mis relaciones amorosas?

Me arrepentí enseguida. El papel de amante celoso no había sido diseñado a mi medida. Era como tratar de ponerle un sombrero a un hombre sin cabeza. Y, no obstante, me sentía realmente enfadado cada vez que la imaginaba envuelta en su abrazo, disfrutando de sus caricias o dedicándole palabras dulces que pudieron haber regalado mis oídos.

El ascensor descendió y el ruido del timbre precedió a la apertura de las puertas. Nina se giró, resuelta a introducirse en él. Aquello tomaba un cariz nada halagüeño. Si quería la ayuda de Nina, había escogido el peor de los caminos para obtenerla.

–Perdóname, Nina. Tienes toda la razón, no soy nadie para exigir. No me he ganado el derecho.

–Esa es la única verdad que ha salido de tu boca en las últimas semanas.

–¡Pero quiero remediar eso! Deja que suba a tu casa. Necesitamos hablar.

–Estoy cansada, Álex. Ha sido un día muy largo –rehusó.

–Para mí también.

Hundió su mirada en la mía, como si tratase de descubrir algo en el fondo.

–Estás muy nervioso.

–Es que tengo algunos problemas. Graves problemas.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una risotada.

–Por supuesto. Cuando hay problemas, ¿quién mejor que la buena de Nina para abrir las orejas?

Me aproximé y le agarré las manos, pero las soltó con furia.

–Te lo ruego, Nina. Solo escucha lo que tengo que decirte.

Un ruido en la primera planta la obligó a volver la cabeza. Miró alrededor, angustiada. Nina era muy celosa de su intimidad. Una escena frente a sus vecinos es lo que menos habría deseado en el mundo.

–Este no es el sitio más apropiado para discutir –susurró.

–Por favor...

–Está bien, sube. Te voy a dar la oportunidad de explicarte. –Me apresuré a colocarme junto a ella en el interior del ascensor, y respiré aliviado una vez que pulsó el botón que nos conduciría hasta la entrada de su apartamento–.

Pero si no me convence lo que tienes que decir, te marcharás y no volverás a molestarme. Nunca.

Ese “nunca” sonó a apocalipsis y me atravesó de parte a parte, pero traté de disimularlo llevándome una mano al pecho.

–Lo juro.

Capítulo 50

Jamás cuatro pisos me habían parecido una distancia tan larga.

Nina se había acomodado en una de las paredes del ascensor, desde donde se esforzaba por evitar mi mirada. Yo, en cambio, deslicé la mía por su rostro: se había maquillado para la que debía haber sido una completa velada. Todavía, y a pesar de la pasión que debía haber compartido con su novio-ligue-amigo, conservaba restos de pintura que le daban luz a sus mejillas y brillo a sus ojos.

Llevaba unos pendientes de aro enormes y se había recogido el pelo en un moño que dejaba visible un cuello esbelto, elegante. Era uno de los puntos fuertes de su anatomía, aunque Nina jamás fue consciente de ello. Ni siquiera imaginaba que, cada vez que lo exponía al público masculino, este enardecía. Nunca quiso aprovechar su atractivo, ni en aquel aspecto ni en otros incluso más flagrantes. No estaba acostumbrada a lisonjas.

Me dije que, aun debajo de todos aquellos adornos, seguía siendo una chica bonita. No tenía la belleza traviesa de Marta, esa mirada coqueta capaz de encender la sangre. No tenía esa melena rizada ni ese aspecto indomable que la hacía tan irresistible. Pero era dulce y sus ojos desprendían una calma rasa. Uno se sentía seguro al lado de Nina. Era una persona fiel, ecuánime y, por encima de todo, constante. Sabía disfrutar de las pequeñas cosas de la vida y exhumaba una felicidad tranquila. De hecho, solía reír mucho.

Por eso no me extrañaba que aquel tipo hubiera sabido descubrir en ella esos y otros muchos valores. Si hasta entonces los hombres no habían caído rendidos a sus pies es porque Nina se había mostrado mucho más interesada en su trabajo y amigos que en sucumbir a esa clase de diversión. No es que llevara una vida de monja, pero tampoco era asidua a las fiestas y evitaba en lo posible sacar los pies del plato. No resultaba tan excitante como la alborotada Marta, pero si uno sabía llegar hasta ella te abría parcelas habitualmente reservadas que resultaban sugerentes.

–Tú sabes que siempre te he querido –le espeté, mientras deslizaba la llave en el interior de la cerradura para darnos paso al lugar donde, escasos

minutos atrás, habría disfrutado de momentos de intimidad y placer.

–A tu manera –respondió, recuperando la frialdad con la que me había recibido las últimas veces.

–Es cierto. He sido egoísta.

–Y desconsiderado –agregó.

–No supe afrontar las cosas como es debido.

–Eso se llama cobardía.

–Debería haber hablado contigo. Explicarte lo que estaba sintiendo.

Nina asintió.

–Sin embargo, no lo hiciste.

–Porque ni yo mismo podía definir lo que me estaba ocurriendo.

–En cambio, ahora sí. Por lo visto ya estás preparado para contarnos que una chica te volvió del revés. Que te apartó de tus amigos, de toda la gente que te quiere. Para sumergirte en un mundo donde lo sórdido y lo extravagante se dan la mano.

–¿Quién te ha dicho eso?

–Vamos, Álex. Échate un vistazo. Te has convertido en un cadáver andante. Pasas las noches en un local nocturno, llegas tarde al trabajo, no permites que nadie te cuestione el agujero en el que se ha convertido tu vida.

–Creo que exageras, Nina. Soy feliz. Estoy más contento que nunca, de hecho. Lo que sucede es, simplemente, que me he enamorado –le aseguré, aunque ni siquiera yo mismo estaba seguro de sentir algo tan intenso por Marta.

Me pareció que una sombra pintaba sus ojos castaños de un negro más profundo que la muerte. No obstante, su rostro se mantuvo pétreo, inexpresivo.

–Me alegro por ti, Álex –afirmó, aunque el tono de su voz contradecía sus palabras–. Deseo que te vaya muy bien, y que ese estado de felicidad en el que vives compense los malos ratos que esa chica pueda hacerte pasar.

–¿Qué sabes tú de eso? –inquirí, sintiéndome en la necesidad de defender el honor de Marta.

–Bueno, la gente habla, ya lo sabes.

–Y tú crees todo lo que dicen.

–No he tenido una segunda versión para contrastar –me recriminó.

Durante la siguiente hora hice todo lo posible por poner al día a Nina de lo que había sido mi desastrosa relación con Marta, procurando ocultar aquellos

detalles que sabía la confirmarían en la opinión nefasta que se había formado sobre la Gata. Maquillé ciertos datos, preparé el terreno para abordar el tema que me había llevado hasta allí.

Por un momento, barajé la posibilidad de inventarle algo. Pero me di cuenta de que la línea recta es siempre el mejor camino y comencé a explicarle hasta donde era posible.

—Es una buena chica, pero aficionada a meterse en líos. Últimamente, por hacerle un favor a alguien que le es muy querido, se ha hecho cargo de una cosa que es codiciada por ciertas personas no precisamente de buena voluntad.

Me lanzó una mirada recelosa. Intuición y Nina eran prácticamente hermanas.

—Comprendo.

—Para evitarle más problemas, he traído ese paquete conmigo.

—Y, ¿a que te refieres exactamente con “ese” paquete? —quiso saber, tras un profundo silencio durante el que nos sostuvimos las miradas.

—Lo cierto es que desconozco su contenido.

—A ver si me aclaro: la chica con la que sales te ha implicado en uno de sus sucios asuntos y ni siquiera ha tenido la elegancia de explicarte en qué consiste.

—Nina —resoplé, armándome de paciencia—. No debes juzgarla mal. Ella solo desea protegerme.

—Y te ha pedido que pongas a buen recaudo su mercancía con la condición de que no le echés un vistazo. Eso sí, solo porque te quiere bien.

—No se trata de eso...

—E imagino que no has venido hasta mi casa para contarme lo a gusto que te sientes en tu nueva relación.

Guardé un silencio elocuente.

—Ese paquete... o lo que quiera que sea que llevas auestas, te pesa como un saco de ladrillos sobre la cabeza. Tu amiguita te pidió que lo alejaras de miradas curiosas. Tú estás bajo sospecha, de manera que pensaste en mí, la ingenua profesora de secundaria. —Ni yo mismo podría haberlo expuesto con mayor claridad.

—Solo sería por un día o dos. El tiempo indispensable para que las aguas vuelvan a su cauce. —Mi voz sonó débil, porque débil era la certeza que tenía sobre la veracidad de mi afirmación.

– La respuesta es no. Rotunda y decididamente no.

Capítulo 51

–No. Decididamente, no puedes continuar así, Álex.

Estábamos sentados en el muelle. Una ráfaga de aire sacudió el cabello de Nina, que se alargó hasta mi rostro. Me imaginé que acababa de acariciarme con sus labios y un calor agradable me recorrió de arriba abajo.

–Estoy bien, Nina. No me pasa nada. Se trata solo de cansancio.

–Llevas días recorriendo el recinto ferial hasta altas horas de la madrugada. ¿Qué es lo que buscas?

La miré, sin ocultar mi contrariedad.

–¿Quién te ha contado eso?

Chasqueó la lengua.

–Tengo mis fuentes.

Escurté su rostro: en su frente se habían dibujado unas arrugas que revelaban su carácter obstinado. No se rendiría fácilmente, tendría que darle un motivo o me sometería a un tercer grado.

–Eres muy perspicaz, señorita Fletcher. Sin embargo, no encontrarás indicios de criminalidad en unos pocos paseos bajo la luz de la luna.

–¿A las seis de la mañana?

–¡Padezco insomnio! Si es un delito, deténganme.

Compuse una mueca teatral al tiempo que le ofrecía mis muñecas. Nina no pudo contener la risa que amenazaba con hacer estallar su caja torácica. Aproveché para desviar el tema, antes de que sus pesquisas consiguieran comprometerme.

–Te agradezco mucho tu inquietud, Nina –le aseguré, mientras con la mano le apartaba un mechón de pelo rebelde que se había empeñado en ocultar la luz de sus ojos castaños. Me miró, repentinamente seria. Había en sus ojos una intención que hizo que se me acelerara el pulso.

–No puedo evitarlo, Álex. Me preocupo por ti.

–Lo sé. Estos días me has ayudado mucho. –Me acerqué a ella, y el roce de su pierna contra la mía me produjo una especie de calambre—. Siempre lo haces, en realidad.

Sonrió, apenas un mohín cálido que cayó sobre mí como un rayo de sol en invierno. Luego devolvió la vista al mar y nos quedamos en silencio, contemplando el vaivén acompasado de las olas. Mientras nuestras miradas se evitaban a propósito experimenté una necesidad irrefrenable de sentirla cerca. Con mi mano busqué la suya y entrelazamos los dedos. Y así permanecemos un buen rato, callados y sin mirarnos pero uno junto al otro y con las manos agarradas, como si fuese la postura más natural del mundo. Como si toda la vida hubiésemos permanecido unidos por ese punto exacto.

Una gaviota fue descendiendo parsimoniosa hasta uno de los postes. El batir de sus alas compitió durante unos segundos con el latido de nuestros corazones. Me pregunté qué estaría pensando Nina, y por qué después de tantos años aquel simple contacto me resultaba más sugerente que cualquier material pornográfico. La calidez y la proximidad de su cuerpo me parecieron de pronto un martirio. Me sentía extrañamente excitado, mi cuerpo hervía. Noté un cosquilleo en los labios al recordar aquel primer y último beso, “el de prueba”; aún tenía el sabor de su boca impreso en mi memoria y en mi piel. Deseé repetirlo. Sin medir las consecuencias, sin pensar en lo que habría de suceder después. Nunca podríamos saber a qué atenernos si no dábamos aquel paso. Nina sentía algo por mí... ¿era amor? ¿Y yo? ¿Cuáles eran mis sentimientos respecto a ella? Que era fundamental en mi vida me había quedado muy claro. La necesitaba pero, además, ya no solo como amiga sino de un modo físico. Mi cuerpo se rebelaba ante su proximidad, me enviaba señales claras tal y como revelaba el estado de mi bragueta.

Me giré, y comprobé que Nina estaba tensa, que se obligaba a hundir la mirada en el océano para esquivar la mía. No podía permitirlo, de modo que tomé su barbilla entre los dedos y la obligué a enfrentarme.

–Hay muchas cosas que deberíamos hablar.

Tragó saliva.

–Lo sé –asintió.

La acerqué hasta que sus labios casi rozaron los míos.

–No quiero que pienses que para mí esto no significa nada.

Me vi en sus ojos. Sus pupilas se habían dilatado y en el fondo se dibujaba una duda. Resolví acallarla con mis besos. Fueron besos reales, alejados de secretos y mentiras. Nina se mostró tímida al principio, pero poco a poco se fue relajando en la medida en que mis brazos la envolvieron, enredándola en mi cuerpo. Mi avidez contrastaba con su prudencia, si bien aquella especie de

resistencia la hacía más apetecible. Era un reto lograr que se rindiera en su totalidad, y a ello me entregué el resto de la tarde. Pronto los minutos se convertirían en horas, y la dulzura de Nina me atraparía en una red de sensaciones hasta entonces ignotas.

–No juegues conmigo, Álex. –Fue apenas un susurro que me impelió a abrir los ojos. Nina tenía los suyos cerrados y se aferraba a mis labios como si en ellos se escondiera su último hálito de vida. Pensé que debía haberse tratado de un sueño; la voz de mi conciencia, un producto de mi imaginación culpable que ocultaba parte de la verdad a un ser honesto y limpio.

Quise preguntarle si había estado esperándome todo aquel tiempo. En el fondo de mi alma deseaba escucharla decir que sí; lo necesitaba, para terminar de convencerme de que estábamos haciendo lo correcto, pero también para alimentar un ego absurdo. Entonces el viento me trajo el perfume de los cacahuetes que me transportó hasta un paraíso reconocible. Y decidí posponer las preguntas y disfrutar del momento que acababa de abrirse frente a nosotros.

Capítulo 52

–Si crees que voy a convertirme en tu *sparring* es que nunca llegaste a conocerme bien.

Los ojos le ardían. Se había quedado rígida, tensa, igual que un volcán en erupción. Cuando Nina se enfadaba era más peligrosa que un huracán: podía llevarse por delante la casa más resistente.

Acabábamos de poner las cartas sobre la mesa y yo la decepcionaba, una vez más. Pero ella no estaba dispuesta a dejarse ganar.

–No te subestimes, Nina. No puedo confiar en nadie más.

–Lo lamento por ti. No es raro que no te sobren los amigos, ¿no crees? –comentó, sarcástica.

–Me merezco tu resentimiento. No he obrado bien. Pero te necesito como nunca. No puedes hacerme esto. No puedes fallarme cuando más me haces falta.

–Le dijo la sartén al cazo.

–Nina –me aproximé hasta tomarla de las manos. Esta vez no se resistió y sentí que se estremecía bajo el roce de mis dedos–, te lo suplico. Solo por esta vez. Si no quieres que recuperemos lo que teníamos, no volveré a molestarte. Pero no me digas que no. Ayúdame, aunque sea solo en nombre de la amistad que un día tuvimos.

Contemplé con satisfacción cómo su expresión se relajaba.

–El asunto es más serio de lo que me has contado, ¿verdad?

–Mi vida podría estar en peligro, Nina.

La revelación la tomó por sorpresa. No pudo disimular la sombra de inquietud que por un instante opacó sus pupilas.

–Dámelo –exigió, liberando sus manos de entre las mías.

Un frío tenaz se apoderó de mi cuerpo. Rebusqué en el bolsillo de mi chaqueta: toda vez que hube extraído el saco de tela sentí que el aire regresaba a mis pulmones y recuperaba el ritmo natural de mi respiración.

–Aquí lo tienes. Basta con que lo guardes en alguno de tus cajones. A nadie se le ocurriría buscarlo en tu casa.

–¿Estás seguro de eso?

–Por completo –mentí–. Desconocen que esté en mi poder.

–Pero tal vez esos que aseguras anhelan lo que tienes puedan relacionarte con esa chica.

–Si me hubieran seguido me habría percatado, ¿no crees?

Nina esbozó una mueca burlona.

–No es que tengas las habilidades de Perry Mason.

–Pero tampoco soy Rompetechos –bromeé.

Alargó la mano y me quitó el paquete de entre los dedos. Acto seguido se dejó caer en el sofá, como rendida. La preocupación y las huellas de un día demasiado largo comenzaban a hacer mella debajo de sus ojos.

–Está bien. Tienes un par de días. Si en ese tiempo no has dado señales de vida, lo tiraré a la basura.

–Nina...

–Lo siento, Dick Tracy, pero ya me la has jugado una vez. En esta ocasión es mi pellejo y no mi corazón lo que está en juego.

Me ruboricé. Era una alusión demasiado directa como para pasarla por alto.

–Tienes mi palabra –proclamé, con los dedos índice y pulgar sobre mis labios–. Regresaré antes de que tengas tiempo de preguntarte dónde demonios me he metido.

–Eso espero. Por tu bien y por el de tu amiga –concluyó.

Capítulo 53

En la calle caían los primeros rayos de luz de la mañana. Me alegré de abandonar el apartamento de Nina. Había demasiadas cosas que olían mal allí. Quedaba el rastro de lo que fuera que ella había compartido con aquel tipo, el eco de una conversación durante demasiado tiempo pendiente y, no por sincera, menos desagradable.

Pero, ante todo, dejaba entre las paredes cubiertas de papel pintado el paquete de marras. Como un recordatorio estúpido de lo que había sido y era mi historia con Marta: una carga que acababa de convertirse, por méritos propios, en la barra de separación que se interponía entre Nina y yo.

Aquello enconaría su rencor aún más si cabe. Terminaría por alejarla de mí de modo irremediable. Me había visto obligado a reconocer frente a ella lo que Marta provocaba en mi ánimo, a pesar del daño que sabía que aquello le produciría. Quizás ya no sintiera por mí el amor que un día me tuvo, pero después de aquello ni siquiera me brindaría su amistad. Y, si algo me había quedado claro tras mi visita a su apartamento, era que Nina hacía parte de mi vida. Como la sangre que corría por mis venas o el oxígeno que necesitaba para respirar.

Cuando estaba cerca de ella, tenía la sensación de haber llegado a casa. Me proporcionaba paz, serenidad. Y también me divertía su sentido del humor: ácido, chisposo. Sin importar las circunstancias, nuestra conversación había estado salpicada de sus intervenciones ingeniosas, de sus ironías. Nina era una chica fantástica, lástima que no hubiera despertado en mí un sentimiento más profundo. No había prendido esa llama que Marta encendió desde el primer momento.

Marta era explosiva, intensa. Y eso hacía que el tiempo a su lado pasara mucho más deprisa. Te subías a su carro o te quedabas atrás. Porque ella era incapaz de detener la maquinaria una vez que la había puesto en marcha.

Dejé pasar unos días antes de regresar al bar. No era prudente buscar a Marta hasta que las aguas se hubiesen calmado. Entretanto, procuré recuperar el ritmo rutinario de mi vida. Enterraba los ojos entre las montañas de papeles

que abarrotaban la mesa de mi despacho, pero concentrarse era pretender barrer las escaleras de abajo arriba.

Podría haber vuelto al Álex aburrido y predecible de siempre, a una jornada de expedientes por resolver y cuentas que cerrar, si no fuera porque un misterioso paquete me ligaba a Marta por un tiempo indefinible. Quería aparentar que todo seguía como antes pero, habida cuenta de que estaba en posesión de un probable género de contrabando que me exponía tanto a las bandas de delincuentes como a la policía, resultaba misión imposible.

Para remate, había involucrado a Nina. Si me ahogaba la arrastraría conmigo, porque estábamos unidos por la misma soga. Se trataba de un asunto muy turbio. Era incapaz de pensar en ello sin sentir un estremecimiento. Consultaba los periódicos a diario, en busca de alguna noticia que esclareciera los hechos. Me inquietaba concluir que algo horrible pudiera haberle sucedido a la Gata. Tal vez nunca volviéramos a saber de ella. Tal vez se la hubiera tragado la tierra otra vez y para siempre.

Marta siempre fue un misterio para mí. De hecho, localizarla había sido como dar con una aguja en un pajar. Si hubiera decidido esfumarse no habría detective en el mundo que pudiese ubicarla: ni una tropa de “Sherlockes” Holmes sería capaz de seguirle el rastro.

Me extrañaba su desaparición. Después de todo, habíamos quedado en que me buscaría. Yo tenía algo que le pertenecía y Marta habría de recuperarlo en cualquier momento. Aquello tenía que interesarle mucho para haber expuesto su vida a la voracidad de un par de pistoleros indeseables. Así que procuré apartar toda duda confiando en que el momento de reencontrarnos llegaría.

Ya no sentía esa ansia por verla que me había consumido durante las últimas semanas; experimentaba un extraño sosiego, al margen de las circunstancias, porque sentía haber recuperado parte del Álex que había sido, incluyendo a mi amiga del alma. Aunque fuera reacia conseguiría ganarme su afecto. Con el tiempo y paciencia.

Decidí visitarla en el instituto: el plazo de dos días que acordamos mantener la distancia había expirado hacía tiempo, y yo tenía un gusanillo circulando arriba y abajo de mi estómago. Me temía lo peor. Si Nina se había deshecho de la carga, Marta jamás me lo perdonaría. Pero, además, me notaba extrañamente excitado ante la idea de verla de nuevo: ¿llevaría aquellos gigantescos aros que con tanta gracia le enmarcaban el rostro?

—¿Te refieres a un pequeño saco de tela de contenido *top secret*? —bromeó,

y noté que sus ojillos se desplazaban de mi rostro a mis sudorosas manos—. Debe de estar en la trituradora de basura—anunció, divertida.

Palidecí; de ser cierto, acababa de cavar mi propia tumba.

—Dime que no es verdad.

Se dio la vuelta, forzándome a seguirla. Pero la agarré del brazo hasta obligarla a enfrentarme.

—Es lo que debería haber hecho.

La sangre me volvió al cuerpo. Nina me regaló una mirada piadosa.

—Dijiste dos días, y ha pasado casi una semana. Habría estado en mi justo derecho.

—Lo sé, Nina. Solo he dejado pasar un poco el tiempo para evitar suspicacias.

—¿Estás siendo vigilado? —arrugó el entrecejo.

—¡No! —exclamé, con una vehemencia que a mí mismo sorprendió—. Pero tenía que asegurarme.

—Y esperar instrucciones de tu amiga.

Clavé los ojos en las baldosas del pasillo. Era la hora del recreo y varios remolinos de alumnos giraban a nuestro alrededor, dedicándonos miradas curiosas.

—Te tiene muy pillado, ¿eh? —Mi silencio habló por mí—. No te preocupes —me tranquilizó—, tómate el tiempo que necesites. Estaré esperando.

Por un instante la posibilidad de que se estuviera refiriendo a mí y no al paquete me provocó un espasmo involuntario. Pero enseguida una realidad decepcionante se impuso, levantando entre ambos un muro de hielo.

Capítulo 54

Nadie supo darme noticias en El Diablo Rojo. Marta estaba desaparecida desde aquella noche. Tampoco encontré en su camerino rastro alguno. La cerradura había sido repuesta; una nueva y reluciente desmentía cualquier sospecha de balacera.

Quedaban algunas pelucas descansando en sus respectivas cabezas de plástico, tacones de vértigo alineados junto a las estanterías, maquillaje en el tocador. Fotos de galas y actuaciones memorables cubriendo las esquinas del espejo. Restos, en definitiva, de lo que había sido su alter ego.

Me pareció que el tiempo se había detenido, y en cualquier momento la Gata haría su entrada triunfal después de una de sus celebradas actuaciones. Majestuosa, con ese andar felino que bien le valía su apodo. E invulnerable a las críticas.

Pero ni Siria, la guerrera, ni Marta, la Gata atravesaron el umbral mientras estuve merodeando por allí. No olía a su perfume, no podía sentirse el eco de su risa quebrada. Era como si ambas formasen parte de un mal sueño: se las había tragado la tierra.

Sobre lo sucedido el sábado, no obtuve otra cosa que negativas o parcas referencias a lo que ya sabía. Tuve la impresión de que se había establecido entre el personal del local un pacto de silencio.

—Hay mucho ruido aquí —aseguró Jenny, mientras se encogía de hombros—. De modo que resulta imposible escuchar nada—. Y como si aquello lo explicara todo, acto seguido se acodó en la barra y dirigió su atención hacia el escenario.

Yo también puse mis ojos sobre la tarima. Los focos se concentraban sobre un grupo formado por tres de los artistas habituales que daban comienzo a una *performance*.

Tuve que admitir que El Diablo Rojo no era el local de antes. No sin ella. Ningún travestí podía presumir de su elegancia. No había en los demás esa fuerza que ella ponía en cada una de sus representaciones.

Por un momento imaginé lo que supondría volver a lanzarme en su

búsqueda. Sin una pista, sin un clavo al que agarrarme. No me sentía con ánimos. Una vez había ejercido de Quijote, convencido de que valía la pena. Pero ya no estaba tan seguro de que así fuera. Sostenía una lucha encarnizada conmigo mismo, un tira y afloja que me desgastaba a marchas forzadas.

Es verdad que, por algún motivo, más allá de la cuenta que teníamos pendiente en forma de saco, sentía la necesidad de encontrarla. Si bien, paradójicamente, no la echaba de menos. No en el modo en que debería. ¿La extrañaba tanto como al principio, como cuando había creído que no sobreviviría sin su amor? Con toda probabilidad no. Pero me negaba a admitirlo porque, de ser así, habría fracasado estrepitosamente.

Por otra parte, si ella había decidido poner tierra de por medio, ¿quién era yo para remover las cosas? En cierto modo, me dolían su falta de confianza y la incomunicación a la que me había forzado. Como tantas otras veces, volvía a anteponer sus necesidades a las del resto de los mortales. Marta me había sumergido en una ola bajo la que estaba acabando por ahogarme. Y, en lugar de lanzarme un salvavidas se alejaba de la playa, indiferente a mi suerte.

Típico de Marta: la egoísta, la chica sin corazón.

—¿Y tú no tienes algún dato, una dirección... que me ayude a localizarla? — insistí con Jenny, una vez que la actuación dio paso a un aplauso entusiasta.

Pareció sobresaltarse como si le hubiese pedido que desenterrara a un muerto. O que ubicase al mismísimo demonio. Claramente, prefería dejar las cosas como estaban. Pero, al notar mi impaciencia, exhaló un suspiro. Tratándose de Jenny, aquello significaba que estaba a punto de dejar caer un comentario sustancioso.

Eché todavía un vistazo alrededor antes de lanzar la bomba.

—Últimamente todo el mundo parece muy interesado en encontrar a Marta —comenzó a decir—. La poli, un par de clientes... Y, sobre todo, el jefe —añadió, bajando la voz.

—¿Gaby? —Había oído mencionar su nombre un par de veces. Era un tipo extraño el tal Gaby. Por ningún motivo abandonaba su agujero en las entrañas de El Diablo Rojo. Era reacio a alternar con los clientes, y ni siquiera trataba directamente con el personal. Había delegado esa función en Rocco, su mano derecha y representante.

El rostro de Jenny manifestó un gran desconcierto al descubrir que Rocco se dirigía hacia nosotros.

—Es mejor que dejes las cosas como están, Alex —me advirtió con una

mirada significativa—. Ella no se lo merece. Olvídala.

Y a continuación se bajó del taburete y desplazó el peso de su anatomía hacia el extremo opuesto del bar.

Capítulo 55

–Eh, chaval. ¿No eres tú el amigo de Marta? –no respondí. Me limité a observarlo con curiosidad.

Visto de cerca, ofrecía un aspecto muy similar a Copito de Nieve. Una mata de hermoso cabello rubio le caía hasta los hombros, anchos como el Amazonas, y en su rostro había una expresión ceñuda que invitaba a mantenerse lejos.

–Acércate. El jefe quiere hablar contigo.

Por un momento estuve a punto de rehusarme. Algo me decía que nada bueno me esperaba entre las oscuras paredes del despacho de Gaby. Pero el gesto de Rocco no admitía réplicas.

Lo seguí hacia el interior del local. Atravesamos la sala, pasando frente al escenario, ahora desierto. Las luces, antes concentradas sobre las siluetas de los artistas, habían regresado al resto del pub, y agradecí la claridad que me permitía caminar con firmeza.

Junto a las mesas me crucé con la mirada de preocupación de Jenny. Le guiñé un ojo; deseaba transmitirle una calma que ni siquiera yo mismo estaba seguro de poseer.

Una vez en la zona reservada, pasamos junto a los camerinos y continuamos ganándole terreno al angosto pasillo. Todavía tuvimos que girar un par de veces antes de alcanzar el misterioso despacho. Tenía un mal presentimiento: lo que me esperaba detrás de aquella puerta iba a gustarme tanto como un baño en un charco de lodo.

Observé que la puerta estaba blindada y protegida con una cerradura de alta seguridad. Rocco se había detenido y la golpeaba con un toque rítmico de sus peludos nudillos.

–¡Adelante!

El gorila extrajo una llave del bolsillo de su pantalón, la hundió en la cerradura y la hizo girar. La puerta cedió después de dos vueltas, dando paso a una pequeña habitación. Nada ostentosa o, quizás, menos ostentosa de lo que cabría esperar. Para tratarse de la guarida del propietario de un local de

éxito, sorprendía lo austero de la decoración: tres imitaciones de impresionistas sobre una pared bermellón, una mesa de escritorio en tono caoba proveniente de una de esas tiendas en las que te obligan a diseñar tus propios muebles, y una silla giratoria a conjunto sobre la que Gaby permanecía sentado. Detrás, varios armarios y un par de estanterías destartaladas donde los libros de contabilidad y los papeles habían encontrado su hogar tiempo atrás.

El jefe nos daba la espalda cuando irrumpimos en el despacho. Parecía absorto en la contemplación de la *Bailarina en la escena*. Miraba la pintura como si la viese por primera vez. Pensé que aquella obra de Degas me era grata; con todo, en aquel contexto y bajo la perspectiva de un incómodo interrogatorio, adquiría una nueva dimensión, casi tétrica.

—Siempre me ha gustado este cuadro —comenzó a decir, sin molestarse en darnos la cara—. Adoro ver bailar a esa chica. Con disciplina, sin reposo... y por único premio el aplauso del público. Esa es la filosofía que defendemos aquí, en El Diablo Rojo.

Después de estas palabras se giró, obligándome a contener el aliento. Nunca podría olvidar el rostro del hombre que estuvo debajo de Marta la última noche que la vi. El hombre al que le hacía el amor el día de su desaparición.

Gaby debió advertir mi desconcierto, porque me dedicó una sonrisa satisfecha.

—Tenía ganas de conocerte —aseguró, tendiéndome una mano que no fui capaz de rechazar—. He oído hablar mucho sobre ti. Siéntate. —Agradecí la invitación porque las piernas me flaqueaban—. Creo que te llamas Álex, ¿verdad? Pero yo prefiero usar apelativos para los recién llegados. Y a ti te llamaré Chico Ingenuo. Por el momento...

Tenía un brillo peligroso en las pupilas mientras encendía un habano. Exhaló el humo con lentitud estudiada, y una nube lo envolvió durante unos segundos, convirtiéndolo en una silueta fantasmagórica.

—Hay dos cosas que no perdono en la vida —continuó diciendo—. Una es la mediocridad; la otra, la traición —levantó la vista hacia mí. Sus ojos eran duros como el granito—. ¿Cuánto hace que conoces a Marta?

—Unos meses.

Hizo una pausa y el aire pareció congelarse.

—Y crees que te has enamorado de ella—. Sentí que Rocco se movía detrás,

pero me mantuve estático—. Es una chica llena de secretos, y eso puede parecer muy excitante. Pero, créeme, también es peligroso.

—Sé muy poco de ella, en realidad —balbucí—. Ni siquiera conozco dónde vive. Es muy reservada; de hecho, desde la última noche que nos vimos no he tenido noticias.

—Verás, Chico Ingenuo. Voy a ser franco contigo —me secuestró la mirada, como uno de esos hipnotizadores capaces de robarle el sueño al más incrédulo—: me urge dar con ella. Marta tiene algo que me pertenece. Me lo robó. Confié en ella, y me ha pagado con una traición imperdonable. Estoy muy triste. —Dejó asomar una mueca de desprecio—. Ella sabe que debe devolvérmelo, pero es muy obstinada. Le harías mucho bien dándome alguna pista—. Por primera vez se permitió sonreír, dejando asomar unos dientes desordenados y amarillentos.

Me removí incómodo en mi asiento. Así que se trataba de eso.

—Yo no puedo ayudarle —era una verdad a medias, pero estaba resuelto a sostenerla—; a mí también me encantaría encontrarla. Por eso he venido. Pero nadie puede ubicarla. Es como si hubiera desaparecido del mapa. Y a mí me duele más que a usted —conseguí decir, aunque me temblaba la voz.

—¿Estás seguro de que no recuerdas algún detalle que pudiera ayudarnos a localizarla? —insistió, señalándome con un dedo acusador.

—En absoluto.

Abandonó la silla y rodeó la mesa. Como un gato meloso, fue a sentarse sobre ella, muy cerca de mí.

—Verás, una vez que entras en la rueda es difícil salir. —Me lanzó otra mirada penetrante—. En ti está dejarte arrastrar o buscar una alternativa... antes de que sea demasiado tarde.

Me puse en pie. Aquello era una amenaza en toda regla. El miedo me encogía los miembros, pero me obligué a permanecer imperturbable: no se trataba ya de salvarle el pellejo a Marta, era el mío el que estaba en juego. Estaba metido hasta las cejas, y el paquete podía ser una valiosa moneda de cambio en caso de negociación.

—Lo lamento, pero no hay nada que yo pueda hacer.

—Si supieras algo nos lo dirías, ¿verdad? —Rocco se había situado a mi lado y acariciaba la culata del arma que guardaba en el interior de su chaqueta.

Ignoré la advertencia y me dirigí hacia la puerta.

—Pueden estar seguros —mentí, y cerré la puerta tras de mí.

Capítulo 56

Me precipité al exterior y traté de aspirar todo el oxígeno que admitían mis agitados pulmones. Todavía me latían los oídos con el zumbido de las conversaciones y el eco de la música enlatada que había dejado atrás. Entre el desconcierto y el peso de la responsabilidad que había caído por ensalmo sobre mis hombros, me costaba decidir hacia dónde habría de dirigir mis siguientes pasos.

Tenía el futuro de Marta en mis manos; quizás su vida, a tenor de los últimos acontecimientos. Acababa de comprender que “sacamuelas” no era un sinónimo de dentista en el caso de Gaby. Muchas veces había escuchado aquel mote asociado a su nombre, pero jamás me detuve a pensar en su origen.

Ahora que veía las cosas con mayor claridad, era también consciente de que dar con mis huesos en la cárcel no resultaba una posibilidad tan descabellada. Aquel asunto olía a perros muertos, y Marta y yo estábamos metidos hasta el cuello. Ella, por alborotada; yo, por caprichoso.

Y después estaba Nina, que se veía implicada por no haber sido capaz de traicionar la confianza que yo depositaba en ella. La inocente Nina: la fiel amiga, la incondicional. Cómo iba a protegerla era una cuestión que me preocupaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Yo la había hecho poseedora del objeto en discordia, situándola en el centro del campo de tiro.

Lo más prudente sería recuperar el paquete y mantenerla lejos de aquel embrollo. Con todo, ahora que también yo estaba bajo sospecha, podría ser que Gaby hubiera puesto a alguno de sus gorilas a seguirme. No era el momento más idóneo para salir en su busca.

De modo que resolví volver a casa por el momento: darme un baño, descansar. Comprobar si Marta había tratado de ponerse en contacto, si había dejado algún mensaje, una dirección. Cualquier dato habría resultado útil.

Antes de emprender la marcha miré hacia atrás una vez más. El pub estaba situado en un callejón oscuro, solo el brillo de las luces de neón que anunciaban su nombre le servía de iluminación. Aparte del ruido del motor de

los vehículos recién aparcados y de los ojos de un gato que satisfacía su curiosidad mirándome con fijeza antes de continuar con su caza, nada alteraba la paz nocturna.

Regresaría a pie. Caminar ayuda a la reflexión; de hecho, la mayoría de las decisiones importantes de mi vida las he tomado después de un largo paseo.

Estaba a punto de doblar la esquina cuando un vehículo pasó muy cerca de mí. Temí lo peor, más cuando creí adivinar una enorme y peluda silueta rubia junto al conductor. Me estremecí: algo me decía que las cosas no iban a resultar tan fáciles como había creído. Que había resoluciones que otros estaban dispuestos a tomar por mí. Impulsivamente, comencé a moverme más deprisa. Y lo que pretendía ser un fructífero paseo bajo la luz de la luna se convirtió en una frenética carrera hacia mi apartamento.

Una vez alcancé la puerta me pareció que la sangre me abandonaba el cuerpo. No me equivocaba: alguien se me había adelantado. La cerradura había sido forzada y olía a tabaco negro y a desorden. Todo estaba revuelto. Los cajones habían sido extraídos de las cómodas y su contenido desparramado por el suelo. Sobre este yacían las últimas revistas de motor, los libros habían sido apeados de las estanterías y salpicaban la alfombra como dolientes caídos en el campo de batalla. Cada habitación había sido minuciosamente revisada y violentada.

Permanecí inmóvil como una estatua frente a lo que había sido mi hogar durante los últimos años. Parecía un zafarrancho de combate, mientras que yo me había convertido en el perdedor de una guerra que no había hecho más que comenzar.

Acababan de atravesarme con un puñal de acero. Un ataque contra mi intimidad era más de lo que podía soportar. Comprendí que aquellos tipos no jugaban, y caí sobre el piso, junto a los cajones, las revistas y los libros. Desinflado, desvaído. Convencido de que iba a necesitar mucho más que determinación para salir del agujero al que Marta me había arrastrado sin remisión.

Capítulo 57

Me sentí observado por cientos de ojos mientras aguardaba a Nina a las puertas del centro comercial. Un lugar concurrido me había parecido la mejor alternativa para pasar desapercibidos. El flujo incesante de público nos protegería también frente a cualquier posible agresión.

Puede parecer exagerado, pero lo cierto es que la ciudad se me antojaba desde hacía unas horas un campo de batalla. Yo no pertenecía a ninguno de los bandos en disputa y era, no obstante, el principal objetivo a derribar.

Le había pedido a Nina que se reuniese conmigo allí. Debía traer el paquete consigo:

–Creo que lo más sensato es entregarlo a la policía.

No había hecho preguntas; no era su estilo. Se había mantenido, por el contrario, en silencio, al otro lado de la línea, esperando pacientemente a que yo terminara de hablar.

–Estás haciendo lo correcto –me tranquilizó, al fin. Y por un momento sentí que recuperaba a la vieja Nina, esa amiga comprensiva que en cada momento tenía la palabra justa. Que sabía hacerme sentir bien.

Podría haber tratado de ejercer de detective, pero no era un traje a mi medida. En las películas aquellos que se meten a héroes se cubren de gloria; en la vida real, en cambio, los valientes no salen bien parados. Eso lo sabemos todos.

De ahí que hubiera decidido dejar en manos de profesionales la resolución del asunto. Ya había tenido demasiadas consideraciones para con Marta. Había abusado de mi confianza y era tiempo de dar un paso hacia delante.

Faltaban tres minutos para las seis. Comenzaba a inquietarme, a pesar de que había llegado un poco antes para asegurarme de que todo iría bien. Todo el mundo se me antojaba sospechoso: la ancianita que se apoyaba en su bastón para cruzar la calle, la mamá que llevaba a sus niños a una sesión infantil, la pareja de novios que caminaba abrazada en dirección a la hamburguesería.

Había un chico disfrazado de pollo anunciando comida rápida junto a las

puertas automáticas. Me crispaba los nervios con el aletear de sus brazos emplumados y aquellos grititos desahogados que aspiraban a imitar el cacareo de una gallina. Era irritante y estaba fuera de contexto. Además, parecía haberse propuesto fastidiarme, porque cada vez lo sentía más cerca de mí.

—¡Eh, tú! Ven, tengo que hablar contigo. —Se me erizó el vello de la nuca.

Mi primera intención fue la de salir corriendo. Pero me retuvo el deseo de comprobar que estaba en lo cierto. Ni todas las plumas que caben en una fábrica de edredones podrían ocultar aquellos ojos.

—¡Vaya! Hasta que te dignas a aparecer.

—Yo también me alegro de verte, bebé.

—Ni lo sueñes. Decir que me alegro sería reconocer que te he echado de menos. Y, además, estás horrible con ese disfraz.

—Vamos a dejar las galanterías para otro día. Hoy tengo afán.

—Lástima, yo cuento con todo el tiempo del mundo —respondí, sarcástico.

—No seas quisquilloso, *baby*. —Me acarició con su voz melosa—. Ya sé que te debo una explicación, pero ahora no es buen momento —bajó la voz—; me urge recuperar lo que te di.

—Yo no lo tengo —mentí. Después de todo, técnicamente era cierto.

—¿Qué pretendes, provocarme? —Por sus ojos cruzó un brillo salvaje. Le sostuve la mirada y, durante un instante, nos tomamos las medidas—. ¿Dónde demonios lo has metido? Lo necesito. Ahora.

—Por eso me gustaste, Marta. Por tu sutileza. Por tu dulzura.

—Tú no te imaginas en lo que te estás metiendo. —Tenía una dura expresión en los ojos que me hizo estremecer—. Estamos hablando de gente muy peligrosa, Álex. Capaz de cualquier cosa. Cualquier cosa —silabeó.

—Puedes apostar que sé a qué atenerme —le aseguré, tratando de mostrar una firmeza que me costaba mantener—. Mi casa está patas arriba. Me persigue un tipo que me dobla en estatura y duerme con una automática bajo la almohada. Creo que puedo hacerme una idea.

Resolló y, bajo todo aquel montón de plumas, su voz se me antojó un ronquido.

—Tienes razón. Te expuse y me arrepiento. —Me reconfortó comprobar que era capaz de admitir un error. Era una sensación nueva para mí—. Pero ya es tarde. Fue un mal necesario.

—¿Quién es realmente Gaby? ¿A qué se dedica? Y, ¿qué clase de relación tienes con él?

–Tranquilo, bebé. Son demasiadas preguntas. Y solo hay una a la que pueda responder por el momento: Nada tengo que ver con Gaby. –Se llevó un ala al pecho–. Tuvimos sexo, eso lo sabes. Pero hasta ahí.

Una niña se paró frente a Marta.

–¿Eres un pollo de verdad?

Marta la saludó con una inclinación de su amarillenta cabeza. Después le entregó una hoja de publicidad y un globo, y la pequeña corrió para reunirse con su sonriente mamá.

–Has de entregarme el saco, Álex. Yo puedo protegerte, pero antes necesito que cumplas con tu parte. ¡Devuélvemelo!

Esperó mi respuesta. Pero yo no la escuchaba: mi mirada, y con ella el resto de mis sentidos, se había perdido entre la gente. Justo allí donde la figura de Nina se hacía más y más grande conforme se aproximaba.

Sonreía tímidamente, y el corazón me dio un vuelco. Comencé a mover los pies en dirección a ella. No importaba lo que Marta pretendiese: ahora que las cosas habían llegado a aquel extremo, no podía darle la satisfacción de sucumbir. Ya decidiría después qué hacer con Marta. Primero necesitaba llegar hasta Nina, ponerla a salvo. Apartarla de cualquier peligro.

No tuve tiempo de alcanzar a Nina porque, mucho antes de que pudiera salirle al encuentro, unos hombres se apearon de una furgoneta, se abalanzaron sobre ella y la metieron dentro.

Capítulo 58

Hay habilidades que solo se manifiestan en situaciones extremas. Que permanecen ocultas a los ojos ajenos, incluso a los propios, para ser descubiertas de modo espontáneo en el momento más inesperado.

Nunca habría sospechado que Marta pudiera hacer gala de una agilidad como la que mostró entonces. Ni el incómodo disfraz ni la barrera de personas paradas sobre la acera le impidieron lanzarse en pos del vehículo.

Pero todavía más sorprendente fue mi reacción porque, tratando de batir el récord de la pulga, de un salto me coloqué junto a las puertas traseras. La furgoneta aún no había tomado velocidad, y tuve oportunidad de golpearlas hasta lograr que cedieran. Allí, hundida en el maletero, encontré a Nina. En sus ojos se pintaba el pánico que le había mudado el rostro hasta el punto de perder la expresión. La novia cadáver hubiera parecido relajada a su lado.

Mientras corría traté de evitar que las puertas me golpearan. Nina se mantuvo inmóvil, acurrucada entre cajas de cartón y mantas que conocieron tiempos mejores. Me encaramé a la plataforma y le tendí una mano.

Apenas tuvimos tiempo de escuchar los gritos que lanzaba uno de los gorilas desde la furgoneta, porque en cuestión de segundos estábamos rodando por la carretera. Sentí como mis pantalones se desgarraban contra el asfalto. Los golpes dolían, pero no me detuve a pensar en ello. Me puse en pie, agarré a mi amiga y tiré de ella. Estaba decidido a ponerla a salvo. De dónde sacaba la fuerza y el valor era un misterio incluso para mí.

—¡Vamos! —la alenté.

Pero Nina continuaba aturdida y tuve que sacudirla para que reaccionara.

Avanzamos hacia el corazón de la ciudad, sin mirar atrás. Sin detenernos a tomar aliento. Sentíamos el chirrido de los neumáticos muy cerca, y comprendimos que correr no sería suficiente: si no encontrábamos la manera de despistarlos pronto seríamos dos en el fondo del maletero.

Un par de veces nos introdujimos en calles de dirección única, pero nuestros perseguidores no dudaban en circular a contramano. Los semáforos, la estrechez de algunas vías o el tráfico no constituían obstáculos para ellos.

Iban superándolos en la misma medida en que nuestro desánimo crecía.

–¿No puedes ir más deprisa? –le reproché a Nina, toda vez que comenzaba a aminorar la marcha.

–Estoy agotada. Las piernas no me responden –protestó–. ¡Déjame aquí! Que me lleven adonde quieran. ¡Al infierno!

–¿Te has vuelto loca? ¿Sabes con qué clase de gente estamos tratando? ¡Podrían matarte!

Le apreté la mano con la poca fuerza que me quedaba.

–Estamos juntos en esto. No pienso dejarte a expensas de esos matones. – Miré hacia atrás. La furgoneta trataba de acortar distancia, pero un camión atravesado en medio de la calzada les impedía el paso.

El conductor, un hombre rudo con demasiadas horas de viaje a sus espaldas, increpaba a nuestros perseguidores, retándoles a pasarle por encima.

–No voy a mover el camión –les decía, en respuesta a los reiterados toques de claxon–. ¿Qué quieren, que lo coja a peso? ¡Hemos pinchado, imbéciles! ¿No tienen ojos en la cara?

Eché un vistazo alrededor. Había un callejón a nuestra derecha por donde una motocicleta pasaría con trabajo.

–¡Sígueme! –la insté, y antes de que pudiera rechistar la arrastré hacia el interior.

Capítulo 59

–¡No tiene salida! –El miedo volvía a hacer mella en un rostro del que el color había emigrado definitivamente.

Se trataba de uno de esos callejones reservados a contenedores de basura y familias de gatos vagabundos. Comenzaba a caer la tarde, y con ella un velo de oscuridad que lo hacía más siniestro si cabe.

–Cálmate, ya se nos ocurrirá algo.

–¿Algo como qué? ¿Volvernó invisibles? ¿Sacar la varita mágica y convertirnó en ratones? ¿Activar el *gachetobrazo* para alcanzar el tejado de algún edificio?

Las referencias cinematográficas eran inagotables y, en un momento de tensión, Nina era capaz de juntar unas cuantas en la misma frase. Estuve a punto de echar mano de Lowrey y Burnett, de Tango y Cash o de Pulovski y Ackerman con el objetivo de estimular su fe en nuestras capacidades. Pero no había tiempo para sutilezas; el reloj avanzaba, y la oportunidad de ponernos a salvo se desvanecía con cada segundo malgastado.

–Tenemos que pensar. ¡Rápido! –exigí. Me sentía poseído de un espíritu beligerante. Si tenía que rendirme, antes daría toda la batalla posible.

–Álex, ¿te das cuenta de que esos tipos llevan pistolas en la cintura?

–Por eso hemos de darnos prisa. –Miré hacia los contenedores—. Ven. Se me acaba de ocurrir una idea.

La llevé de la mano hasta el rincón donde la basura se amontonaba. Un grupo de felinos observó con curiosidad nuestra maniobra. Los más prudentes se apartaron al vernos llegar.

–Voy a subirte ahí –declaré, señalando hacia la tapa de uno de los contenedores, el que estaba más próximo a la pared. En su cara se dibujó una interrogación—. Tienes que confiar en mí. ¿Confías en mí?

Me devolvió una sonrisa nerviosa. Tal vez no era el momento más idóneo para pedirle confianza. Precisamente cuando la había traicionado de la manera más ruin. Pero las circunstancias mandaban. Así debió entenderlo Nina, porque asintió levemente.

—Adelante.

Rodeé sus caderas con mis brazos. Eran generosas, y no pude evitar compararlas con las de Marta, tan estrechas como el resto de su figura. Mientras la levantaba la mantuve tan próxima a mi cuerpo que sentí una oleada de calor. Nina temblaba, y su corazón palpitaba con fuerza contra mi pecho.

Por un momento me sentí halagado, hasta que recordé que aquello no era más que una respuesta al terrible episodio que estábamos viviendo. La dejé sobre el contenedor, casi aliviado de separarme de ella. Montones de veces habíamos estado juntos, sentados uno al lado del otro y rozándonos la piel.

En los últimos tiempos, incluso habíamos llegado a besarnos, a compartir trozos de una intimidad prometedoras. Pero desde aquellos besos en el muelle no había experimentado un deseo que me inflamara hasta aquel punto.

Me convencí de que se trataba del efecto de la persecución. La adrenalina se había disparado hasta el límite de estimular mi cuerpo. Como una erección post mortem, con la salvedad de que yo estaba vivo y coleando. Literalmente.

—¿Ves esa tubería? —Le indiqué un conducto enorme que recorría la fachada de un viejo edificio de parte a parte. Un bloque antiguo, de tres plantas de altura—. Debes trepar hasta arriba. Hay una azotea. Tal vez tengamos una oportunidad.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Seguirte, desde luego. Una vez que te agarres a la tubería, porque no creo que el contenedor soporte el peso de ambos. ¡Vamos!

Esperé a que iniciara el ascenso para ensayar un salto de atleta que me colocó arriba en menos que se produce un chasquido. A continuación la seguí, conteniendo el aliento. Se trataba de una apuesta arriesgada, pero era la única salida posible.

Muy cerca del callejón comenzaban a sonar pasos. El ruido crecía por segundos: alguien se aproximaba. Nos quedamos inmóviles, como si el aire nos hubiera convertido en estatuas de hielo.

—¡Ahora o nunca! —susurré, elevando la cabeza hacia Nina.

—Que sea lo que Dios quiera. —Sus palabras se perdieron entre los ecos de los maullidos de los gatos.

La tubería estaba grasienta y resbalaba, pero nuestra voluntad era tan grande que parecíamos un par de escaladores experimentados. En unos

segundos habíamos alcanzado la azotea.

Nos descolgamos con el tiempo justo de ocultarnos a la vista y caímos sobre el gres. Permanecimos allí agazapados, escuchando el modo en que nuestros corazones latían al unísono. Intercambiamos una mirada significativa: habíamos estado a un palmo de ser atrapados; de hecho, aún no estábamos a salvo, porque nos llegó el sonido de unas pisadas sobre el empedrado y el murmullo de unas voces que intercambiaban impresiones más abajo.

Le hice una señal a Nina para que se mantuviera agachada y me asomé. El alumbrado nocturno recién encendido y el brillo blanquecino de la farola que teníamos justo debajo me impedía distinguir sus rostros. Pero pude darme cuenta de que se trataba de los hombres de la furgoneta.

Volví junto a Nina y la tomé de la mano. Solo quedaba aguantar la respiración y rezar por que hubiésemos conseguido despistarlos.

Capítulo 60

Nos abrazamos largamente. El ruido de los pasos sobre el asfalto había ido desvaneciéndose a medida que los tipos se alejaban.

En la calidez de Nina me sentí reconfortado como un niño en el regazo de su madre. No obstante, pasada la impresión de lo que acabábamos de vivir, la realidad me cayó encima como una losa pesada y asfixiante.

—¿Qué te hicieron? —le susurré al oído, temeroso todavía de que alguien pudiera oírnos.

Noté cómo se ponía rígida y me temí lo peor.

—Apenas tuvieron tiempo de tocarme.

Me separé de ella y la miré intensamente a los ojos. Tenía las pupilas dilatadas por efecto de la tensión, pero su mirada era limpia.

—¿No te registraron?

—No.

—¿Ni te pidieron que les dieras el paquete?

—Ni siquiera me dirigieron la palabra. Se limitaron a introducirme en la furgoneta a la fuerza. —Exhaló un suspiro—. Supongo que pretendían llevar a cabo sus planes en un lugar más discreto.

Me estremecí ante la sola idea de que hubieran podido infligirle algún daño.

—Jamás me lo habría perdonado —le aseguré, mientras deslizaba una mano tibia por su pelo.

Nina se apartó de mí. Había recuperado ese halo de frialdad en el que se había envuelto en las últimas semanas, y aquello me dolió hasta el fondo del alma.

—Lo siento. No pretendía incomodarte.

—Ha sido un día duro —confesó—. Lo mejor sería darlo por concluido.

—¿Es que pretendes regresar a casa? ¡No puedes hacerlo! —Me había exaltado, hasta el punto de gritar—. Estarán esperándote —le advertí, bajando de nuevo la voz— para caerte encima en el mismo momento en que atraveses la puerta.

—¿Qué sugieres, entonces?

—Si todavía tienes el paquete contigo, propongo que vayamos directos a comisaría. Terminemos con esto —respondí, taxativo.

Me miró a los ojos y, en la profundidad de los suyos, creí ver asomar un anhelo.

—Y tu chica, ¿estará de acuerdo?

La sola mención de Marta me produjo un escalofrío.

—Lo cierto es que no. Ella preferiría que se lo devolviera. No sé qué demonios contiene, pero puedo imaginar que nada bueno.

Se quedó pensativa, como tratando de descifrar mis sentimientos.

—Aunque me hubiesen registrado de arriba abajo, no habrían encontrado nada —admitió, al fin. La miré de hito en hito—. Yo también he tomado mis precauciones. Así que no traje el paquete conmigo. Lo dejé en una taquilla del instituto. Solo Ana, la conserje, y yo tenemos llave. Está bien protegido.

Aquella revelación me pilló por sorpresa: Nina era inteligente, previsora. No le gustaba dejar nada al azar, y eso era algo que hablaba a su favor. Una sonrisa pícaro asomó a su boca. Por primera vez, reparé en la suave curva de sus labios. Y tuve ganas de besarla.

—El problema es qué hacemos ahora. Porque aparecer por el instituto en plena noche no me parece buena idea —apunté—. Si te tienen identificada, como sospecho, también habrán tomado sus medidas.

—Se me ocurre que podríamos pedirle a Ana que pasara por las taquillas y recogiera el saco. Aunque eso tendría que esperar hasta mañana. Le daría un susto de muerte si la llamo ahora. Además, si como dices están atentos a cualquier movimiento, una visita nocturna al instituto podría levantar sospechas.

—Es mejor no arriesgar. Hay mucho en juego, aparte del dichoso paquete.

Por su rostro asomó la preocupación.

—¿Qué hacemos? —No era una pregunta, era una petición de socorro.

Decidí coger el toro por los cuernos.

—Por el momento, vamos a buscar un lugar seguro donde pasar la noche. Con la luz del día veremos las cosas con mayor claridad.

Abrió la boca para protestar. Pero yo ya me había dado la vuelta y me encontraba empujando la puerta que conducía a las escaleras interiores. A Nina no le quedó más remedio que avivarse para cazarme el paso y seguirme en mi incursión por las entrañas del viejo edificio.

Capítulo 61

El hotel era uno de esos establecimientos radicados en una casa antigua que dejaba mucho que desear. Estaba situado, sin embargo, muy cerca de la estación de tren, en una calle peatonal. Y esto es lo que hacía que la ocupación fuera durante los días de fiesta y los fines de semana bastante alta. Pertenece, además, a ese grupo de alojamientos que ofrecen la posibilidad de alquilar por horas a parejas fogosas o viajeros de paso.

Eran las once cuando empujamos las puertas de cristal. Exhaustos, con la angustia oprimiéndonos el pecho y todavía desconcertados por el modo en que se habían desarrollado los últimos acontecimientos.

Al menos habíamos podido llenar el estómago. Caminamos hasta apartarnos lo suficiente del callejón donde habíamos dado esquinazo a los hombres de Gaby. Compramos unos sándwiches y los tomamos sentados en una plaza, lejos del bullicio del centro. Después subimos en el metro y nos dejamos llevar durante más de media hora. Estuvimos charlando, poniéndonos al día sobre lo que habían sido nuestras vidas durante los últimos cinco meses. Igual que siete años atrás, cuando Nina regresó convertida en una flamante profesora: dos viejos amigos que se reencontraran después de un largo período.

No hubo reproches ni reclamos, aunque yo era consciente de que teníamos una conversación aplazada que habría que afrontar en cualquier momento. Quizás cuando arregláramos el entuerto en el que estábamos metidos.

El recepcionista nos recibió con aire cansino, y de mala gana extrajo el libro de registro para tomar nota de nuestros nombres.

–Quieren una doble para esta noche –masculló, al tiempo que mareaba un palillo entre los dientes.

–Así es –me apresuré a confirmar, antes de que Nina tuviera oportunidad de proponer otra alternativa.

No me atreví a mirarla, pero supe que a su rostro asomaba una sombra de duda. El hombre se recolocó las gafas, abrió el libro y paseó el dedo índice por sus páginas. Por fin levantó la vista hacia nosotros, estudiándonos durante

un embarazoso instante.

–¿Toda la noche... o por horas? –Compuso una mueca cómplice.

Un rubor encendió las mejillas de Nina, y tuve ganas de estrangularlo.

–Toda la noche –respondí, tajante. Y lo desafié a seguir importunándonos con una mirada que hubiera paralizado a un grupo de fieras.

Esbozó algo parecido a una sonrisa y no tuve dudas de que se trataba de uno de esos perversos que disfrutan imaginando escenas de sexo donde se incluyen como protagonistas.

–No traen equipaje... –constató, tras asomar su generosa nariz por encima del mostrador– y nos obsequió con un gesto interrogativo.

–Lo cierto es que acabamos de llegar de viaje –improvisé.

–Permítanme los documentos de identidad.

Quizá se tratase de una precaución estúpida, pero habíamos acordado evitar dar nuestros nombres por si a los hombres de Gaby se les ocurría indagar en los hoteles de la ciudad.

–Lo que mi marido quiere decir –intervino Nina, al tiempo que deslizaba su mano dentro de la mía, provocándome un estremecimiento– es que hemos perdido nuestras maletas. Las extraviaron en el tren, y en ellas llevamos nuestra documentación. –Sentí que me apretaba los dedos y disfruté de la sensación como si no hubiésemos llegado hasta allí huyendo de un par de mafiosos.

–Puede anotar ahí que somos los señores de Olmedo –añadí, dispuesto a aumentar nuestra credibilidad–. Con un poco de suerte tal vez mañana podamos cumplimentar ese formulario.

–Ya. Lo que ustedes digan –asintió, como si acabara de comprender algo muy divertido. Después, tomó una de las llaves del tablero y las tendió hacia nosotros, brindándonos un gesto lascivo–. Aquí tienen, habitación 342. Tercera planta.

Le arranqué las llaves con un gesto mohíno. De haber podido borrar aquella sonrisa estúpida con mi puño, no lo habría dudado ni por un momento.

–Muchas gracias.

Todavía se atrevió a despedirnos con una frase sugerente.

–Que pasen una noche agradable. Si necesitan cualquier cosa –recorrió con la mirada el cuerpo de Nina, al tiempo que se humedecía los labios como un lobo hambriento–, no duden en llamarme.

Me giré, dispuesto a ponerlo en su lugar. Pero Nina me retuvo, colocando una mano imperativa sobre mi brazo.

–No vale la pena.

Decidí que había cosas más importantes de las que preocuparse, y escolté a mi amiga por el pasillo que conducía hasta el ascensor.

Capítulo 62

–No te inquietes. Yo me quedaré ahí –señalé el pequeño sofá arrinconado bajo la ventana–; de todos modos, no creo que pueda pegar ojo.

El hotel nos había reservado una de esas habitaciones especialmente preparadas para tórtolos. Una cama de matrimonio vestida con una colcha donde las flores y los tonos pastel competían por llevarse la mayor porción de tela. Cortinas a juego y lámparas que despedían una luz ambiente. El sillón Luis XV y el elegante tocador hacían las delicias de los espíritus más románticos. Mientras que los cuadros sugerían escenas amorosas que escandalizarían a la mismísima Lady Chatterley.

En otro tiempo hubiera calificado aquel derroche decorativo como un exceso de cursilería. Y, no obstante, lo encontraba en mis actuales circunstancias de una sutileza exquisita, y tan atractivo que me agradaba aun a mi pesar.

–No ganamos nada preocupándonos, Álex –afirmó Nina, devolviéndome a la realidad–. Mañana nos espera un día crucial. Sería mejor afrontarlo de la mejor manera posible.

Observó cómo me retorció las manos con gesto contrariado.

–Darle vueltas al asunto solo hará que te sientas peor. –La Nina temerosa había dado paso a la mujer segura. Esa capaz de enfrentar una manada de elefantes salvajes llevando como única arma su determinación.

–Llevas razón. Hay que apretarse los machos, como suele decirse. Voy a sacudirme el miedo, ¡y también todo el sudor que llevo encima! –bromeé–. Me apetece una ducha.

–Yo también debería refrescarme –musitó, y la perspectiva de un baño en común mariposeó por mi mente.

Tuve que someterme a un enérgico acto de contrición antes de recuperar el aliento.

–Las damas primero, por favor.

–No, ve tú –sonrió–; creo que aprovecharé para llamar a Ana. Voy a pedirle su ayuda antes de que sea demasiado tarde. Pienso que será más

prudente recoger el paquete a primera hora, antes de que el instituto abra sus puertas al público.

–Es una idea genial. –Aplaudí, y después me deslicé hacia el interior del baño.

Cerré la puerta tras de mí. En toda mi vida me había sentido tan solo. Y justo cuando más necesitaba a alguien cerca. Cuando un abrazo, una palabra de consuelo, me hubieran hecho tanto bien.

Tuve nostalgia de aquellos días en que Nina y yo lo éramos todo el uno para el otro. Entonces compartíamos inquietudes, nos tocábamos de modo natural. Y, con idéntica naturalidad, admitíamos nuestros sentimientos.

Me di cuenta, una vez más, de que aquel tiempo había pasado para nunca regresar. Habíamos alcanzado ese punto de inflexión en el que no hay marcha atrás. No podríamos ser ya los amigos. Nina lo había querido todo, como todo lo había dado. Y yo no había sabido estar a su altura. Comprendía ahora que ella había tenido razón: no se puede tapar el sol con un dedo. Cuando las emociones pasan del corazón a la piel, es imposible conformarse con las migajas.

Mientras el agua me golpeaba el rostro, repasé mentalmente los sucesos que habían tenido lugar durante la tarde: la cita en el centro comercial, el extraño encuentro con Marta, oculta bajo aquel disfraz de gallina, lejos de la imagen glamurosa que tanto se empeñaba en mantener. La aparición de Nina: decidida, firme, infalible. Su secuestro y mi intervención, que me había puesto a la altura de cualquiera de esos hombres valientes que por méritos propios estampan sus huellas en las páginas de la historia.

Nuestra huida: una persecución contra el tiempo. Pensé en lo bonita que estaba Nina con el pelo alborotado y las mejillas encendidas por efecto de la carrera y decidí que la aventura le sentaba como el agua a las flores. Ella no lo admitiría nunca, pero había tomado el asunto como un reto. Nina se crecía ante los retos, se complacía en trabajar por objetivos.

Así que no dejaría escapar la oportunidad de ganar la partida, aunque aquello le valiese algún que otro sobresalto.

Capítulo 63

En la habitación reinaba la oscuridad, pero un haz de luz se colaba por la ventana, permitiéndome dibujar con los ojos la silueta de Nina. Tenía el cuerpo enredado entre las sábanas y, aun si no hubiera podido distinguirla, habría sabido que dormía abrazada a la almohada, como siempre.

El sillón era tan incómodo como cabría esperar. Apenas llevaba una hora en él y ya me dolían los músculos. Todos sin excepción, de la misma manera que si hubiese recibido una paliza brutal. De buena gana me habría trasladado a la cama: era una tragedia desperdiciar todo aquel pedazo de colchón por convencionalismos y rencores estúpidos.

De repente la colcha se me antojaba, con sus flores y su colorido suave, el regalo más apetecible del mundo. Tenía frío, y no ayudaba a mermarlo aquella distancia obligada a la que voluntariamente nos habíamos sometido.

Más que nunca, deseaba estar cerca de Nina. Abrazarla, asegurarle que todo iría bien. Porque, a pesar de que se hubiese mostrado tan fuerte, yo sabía que se trataba solo de una pose. Que, como yo, temía lo que podría suceder.

Volví a probar con un cambio de postura. Era en vano, porque aquella noche iba a pasarla en blanco, anhelando su contacto y luchando contra mi propio deseo. Consciente de que tal vez estuviéramos ante la última oportunidad de aclarar las cosas. Al día siguiente, bajo la luz del día, todo volvería a ser como antes. Después de nuestra aventura común, Nina se enterraría entre los brazos de aquel chico que, gustoso y complacido, la esperaba para consolarla.

Quizás no volviésemos a vernos jamás. ¿Y si ella hubiese decidido que era lo mejor para los dos? ¿Y si se negase a compartir otra cosa que no fuera el recuerdo de lo que una vez fue?

Aquellos pensamientos me afligían porque, a medida que el tiempo pasaba, la certeza de que hubiera arraigado en mí un sentimiento distinto a la amistad tomaba terreno.

–Quiero que sepas que lamento profundamente haberte fallado. ¿Podrás perdonarme algún día? –musité, con la esperanza de que Nina pudiese oírme.

En el silencio que siguió a mis palabras el latido de mi corazón se hizo más y más fuerte.

–Nina... de alguna manera, yo te he querido. Pero con un cariño egoísta. – Dejé escapar un suspiro—. Hoy siento algo muy distinto, y mucho más intenso, sin embargo. Más auténtico.

Esperé hasta que el ritmo de mi respiración se hubo restablecido y me hundí en el sillón. Era inútil; al parecer, Nina había caído en un sueño profundo. Y durante el siguiente minuto mi discurso quedó suspendido en el aire denso que flotaba entre aquellas cuatro paredes color terracota.

–Álex.... –La voz de Nina me sacudió como un huracán en medio del desierto.

Me incorporé, y mis ojos ávidos buscaron los suyos en la oscuridad. Se había sentado en el borde de la cama. Dio unos golpecitos sobre el colchón.

–Ven. Siéntate aquí. Hablemos un rato.

–¿Tú tampoco puedes dormir?

–No puedo, no. Siento que hay demasiados cabos por atar. Ya me conoces, cuando una idea me ronda la cabeza soy incapaz de conciliar el sueño.

Había aludido a nuestra especial relación, y aquella suerte de familiaridad me reconfortó.

Corrí a reunirme con ella, procurando mantener una distancia de cortesía. Imaginaba que cualquier paso en falso podría levantar una nueva barrera entre los dos. Una barrera, quizás, definitiva.

–¿Has escuchado entonces lo que he dicho? –Asintió—. ¿Todo?

–Cada palabra.

Me sentí avergonzado. Mis sentimientos habían quedado expuestos. Si Nina era lo suficientemente perspicaz –y me constaba que lo era–, sabría interpretarlos en su justo sentido.

–Y, ¿qué opinas al respecto?

–Que hoy no estoy para sutilezas. Vas a tener que hablar mucho más claro si quieres que te entienda.

Noté que su mirada castaña se derramaba sobre mí y el rubor tiñó mis mejillas igual que un niño al que le hubiesen pedido un beso.

–Nina, yo... lo cierto es que yo...

Sus ojos estaban fijos en mi rostro. La determinación brillaba en sus pupilas. Alargó la mano hacia mí y entrelazó sus dedos con los míos. Eran suaves como la lluvia en agosto.

–Ese sillón es demasiado incómodo –susurró–. Hay mucho sitio aquí. Ven y quédate conmigo, Alex.

Capítulo 64

Me envolvió una oleada de pasión como no había experimentado nunca. Tenía el corazón bloqueado por la mayor emoción de mi vida.

–Confío en ti, Álex. Tú nunca me harías daño. –Quise asegurarle que así era, pero un nudo en la garganta me impedía articular palabra–. Es cierto que estuve enfadada contigo, quizás durante demasiado tiempo... pero también lo es que te eché de menos. Cada día. ¡Me hacías tanta falta!

Sentí los latidos desiguales de mi corazón bajo el jersey.

–No tanto como yo a ti –musité–. Me costaba admitirlo, Nina, pero te necesito como a nadie en el mundo. –Me aproximé hasta que nuestras caderas se tocaron, y mi cuerpo vibró–. He estado ciego durante demasiado tiempo. Esa chica, Marta–continué en tono confidencial– no significa nada para mí.

Puso un dedo sobre mis labios.

–No hablemos de ella. No ahora. Esta noche quiero que la dejemos fuera. –Deslizó su mano por mi mejilla. El contacto de sus dedos con mi piel me obligó a contener el aliento–. Solos tú y yo.

–Hemos perdido demasiado tiempo –añadí, mientras le besaba las manos–. Tú me enviabas señales, pero yo tenía miedo, no estaba preparado. Y ahora siento que me has esperado durante años. No sé si lo merezco ni si podré perdonármelo alguna vez.

Fijó su mirada en mí y su expresión se tornó radicalmente seria. Como la de un predicador que estuviese a punto de ofrecer la única verdad del universo.

–No te sobreestimes, Álex. Es verdad que muchas veces he pensado que era una cuestión de destino que finalmente acabáramos juntos. Pero yo he vivido mi vida mientras tanto.

Fue una bofetada a mi vanidad que provocó en mi ánimo un resultado demoledor: la vida de Nina no dependía de la mía. Era una constatación crucial que tal como me indignaba inyectaba en mi alma una sensación nueva y gratificante. Resultaba liberador, porque si decidíamos involucrarnos, hacerlo hasta las últimas consecuencias (algo que yo deseaba sobre cualquier

otra cosa en aquel momento), se trataría de un pacto de libertad y amor. La expresión “mientras dure” se materializó frente a mis ojos como una cuerda de salvación a la que en último caso cualquiera de los dos podría agarrarse, si es que nuestra relación no funcionaba. Con todo, y paradójicamente, yo deseaba que sí lo hiciera. Lo deseaba como nunca antes había anhelado nada en la vida.

La empujé hasta que quedamos tumbados de lado sobre el colchón, mirándonos a los ojos. Luego arrastré la colcha para cubrir nuestros cuerpos con ella.

—Solos tú y yo —convine, antes de apoderarme de su boca.

Era cálida, suave, como ninguna otra que hubiese probado antes. Y sabía a todos los cacahuets que habíamos compartido en los últimos veinte años. Mi lengua conquistó hasta el último rincón de su boca como si lo hiciese por primera vez. Ni siquiera durante los días en que nuestra amistad devino en un amago de algo más tuvimos un beso como aquel: tan puro y, al tiempo, tan apasionado. Nunca antes Nina se me entregó con tamaña generosidad, sin reservas, ni yo me había sentido tan preparado para ella como en aquel momento.

Sin separar nuestros labios rodamos por la cama hasta que hube quedado sobre ella. Me gustaba aquella sensación. En las últimas semanas me había acostumbrado a rendirme a las exigencias de Marta, a ser un esclavo bajo su yugo y someterme al ansia devoradora de sus deseos. Me sentía un hombre distinto ahora que había decidido vivir lejos de ella, de su influjo. Ahora que alcanzaba a desintoxicarme de su pasión dañina y comenzaba a recuperar el pulso de mi vida, incluyendo el dominio de los sentidos.

Aunque Nina provocaba también un efecto devastador, mucho más profundo en realidad, sobre mi ser, no me anulaba por completo el seso. Con ella podía permitirme ser mucho más libre, mucho más yo. No me obligaba a perder el control ni a renunciar al modo en que entendía el amor. No se mofaba de mí por pretender una sesión de sexo, simplemente, normal. No bufaba ni manifestaba aburrimiento mientras yo deslizaba mi lengua por las diferentes partes de su anatomía.

Se acogía, como yo, a unas pautas. Y, a pesar de ello, no dejaba de sorprenderme su capacidad ilimitada de gozar y la curiosidad que manifestaba en cada uno de sus actos. Se dejaba hacer, se dejaba conocer. Estaba abierta a propuestas y aquello era algo refrescante.

Con todo su aire rebelde, Marta había establecido, a su manera, una especie de rutina. Comprendí que lo que en algún momento pudo haberme parecido innovación no era más que otro de esos recursos durante tantos años ensayados con un sinfín de incautos como yo mismo. Se trataba de procurarle satisfacción, aun a costa de la propia, pues el disfrute de su compañero de cama era una cuestión baladí en tanto el suyo estuviese asegurado.

Nina se mostraba, por el contrario, atenta a mis necesidades. Me tocaba en los sitios donde intuía que podía procurarme placer. Acariciaba mis zonas erógenas, me besaba unas veces con suavidad, otras con intención de urgirme a dar un paso más.

En ocasiones era tímida para volverse, acto seguido, audaz. Yo trataba de dominarme para prolongar el momento. Nos conocíamos desde hacía años, pero aquella noche estábamos descubriéndonos por primera vez. La parte más íntima, esa que se reserva a la persona amada, era un misterio para ambos.

Nos habíamos desnudado con premura. Como dos principiantes. Me sentía neófito en cada paso que daba porque, con toda mi experiencia en la materia, podía llegar a mostrarme torpe en lo que a Nina se refería. Nunca antes había experimentado un deseo como el que ahora me paralizaba el cuerpo. Estaba invadido de un sentimiento nuevo, rayano en lo místico, y mi cuerpo entero palpataba bajo aquel cúmulo de emociones. Ansiaba saborearla, desde el cabello hasta la punta de los dedos, explorar su piel centímetro a centímetro sin dejar un hueco por repasar.

—Álex... —Me conmoví. Jamás había pronunciado mi nombre con tanta dulzura.

Me quedé colgado en sus pupilas durante un instante interminable: estaban dilatadas por una pasión extrema. Cerró los ojos, y comprendí que había alcanzado el límite de su autocontrol.

Entonces me coloqué sobre ella: había llegado el momento de la penetración, de modo que deslicé mi sexo en su interior para provocar que nuestros cuerpos se fundieran en uno solo.

Nina abrió los ojos y me regaló una sonrisa alentadora. Comencé a moverme; ella se acomodó al ritmo que marcaban mis caderas y durante los siguientes segundos cabalgamos al compás: primero suavemente, después, con una urgencia que iba en aumento con cada embestida. Y así hasta alcanzar el éxtasis.

Caí sobre ella. Besé sus labios con ternura. Y supe que las horas de vacío y

nostalgia habían tocado a su fin.

Capítulo 65

Soñé que me abría paso entre el gentío. Marta yacía sobre el asfalto, con un manantial de sangre brotando de su hermoso pecho. Cuando estuve lo suficientemente cerca, me agarraba del jersey para acercar mi rostro al suyo. Dedicaba su último aliento a escupirme unas duras palabras: *Traidor, tú me has matado. Has sido tú, bebé. Pero no te librarás de mí, ¡te condeno a seguirme hasta el infierno!*

Desperté sobresaltado. Nina estaba echada sobre el costado, observándome.

–Soñabas con ella, ¿verdad? Con Marta.

Me sacudió un escalofrío ante la sola mención de su nombre.

–En realidad, se trataba de una pesadilla.

Se incorporó, recostándose sobre el cabecero.

–Podemos cambiar de planes, si no lo tienes claro. –Noté cierta decepción en el tono de su voz, y sentí la necesidad de tranquilizarla.

–Nina –comencé, poniéndome junto a ella y tomándola de la mano–, todo cuanto te dije hace unas horas, todo–silabeé– es escrupulosamente cierto. Créeme.

–No te lo he puesto muy difícil, ¿verdad?

–¿Eso es lo que piensas? ¿Que no he sufrido lo bastante? –Compuse una mueca cómica–. Yo tengo, en cambio, la sensación de que te me has negado durante demasiado tiempo. –Sonrió–. Y, para serte todavía más sincero te diré que, de haber sabido lo que me estaba perdiendo, me habría dado mucha más prisa.

Bajó la vista, ruborizada, temerosa quizás de que sus ojos hablaran con una claridad que la comprometía demasiado.

–Recuerdo que una vez me aseguraste que te habías enamorado de ella.

–¡Porque no sabía lo que era el amor! –protesté–. Estaba confundido, atrapado bajo su potente zarpa. –Me miró con fijeza, como tratando de descubrir en mis ojos una confirmación a mis palabras–. Me dejé deslumbrar por una pasión pasajera. Una vez pasado el hechizo, el carruaje se convirtió

en calabaza. Y mi sueño de encontrar a mi princesa se esfumó.

Exhaló un suspiro. Aquella Nina vulnerable, ignota hasta el momento, me fascinaba al tiempo que sorprendía.

–¿Y tú? ¿Qué me dices de ese chico con el que te vi en el centro comercial? ¿Se trataba del abnegado Rubén? –inquirí, con la esperanza de desviar la atención hacia otro lado y el temor añadido de que mis sospechas se vieran confirmadas de modo definitivo.

–Es un amigo. Nada más.

–¿Un amigo que te visita de madrugada?

–¡Álex! –Estaba realmente ofendida, y sus ojos se encendieron con el brillo incipiente de unas chispas de indignación.

–Perdóname. No tengo derecho –admití, acariciándole la mejilla.

–Desde luego que no.

–Pero es que me he vuelto terriblemente celoso. No quiero compartirte con nadie.

Un recuerdo me vino a la mente: Marta trotando sobre Gaby aquella aciaga noche en El Diablo Rojo. Me daba cuenta ahora de lo poco que me importó entonces el hecho de que alguien más pudiera tocarla, estar dentro de ella. Había sentido una punzada de irritación, pero se trataba más de una cuestión de amor propio que de otra clase de amor.

–Si llegara a enterarme de que ese tipo o cualquier otro pretenden algo de ti distinto de tu amistad, no sé de lo que sería capaz.

–Les darías una buena paliza. Todavía recuerdo al pobre Iván –bromeó–, y se inclinó para besarme.

Fue un beso largo, lleno de promesas. Una vez que nos separamos nos quedamos enganchados en un intercambio significativo de miradas. Sin pestañear, sin respirar siquiera. Con la música de fondo que nuestros corazones palpitantes tocaban.

Corrí hacia el espejo del baño y revisé mi boca. Allí donde Nina había posado sus labios vislumbré los restos de una pasión única.

–¿Qué es lo que miras con tanto interés? –Nina estaba de pie detrás de mí y me observaba con curiosidad. En sus ojos pude leer el ofrecimiento de innumerables momentos deliciosos como el que acabábamos de compartir.

–Estaba convencido de que un beso como el que me has dado tenía que haber dejado huella.

Dejó escapar una risa satisfecha.

–Qué romántico te has vuelto. Jamás lo habría imaginado.

–Hay muchas cosas que ni siquiera sospechas, amiga mía.

–¿Eso es una oferta? –preguntó, provocadora.

–En toda regla. –Tenía el corazón inflamado, como si hubiese caído en él un puñado de alegría.

El timbre del teléfono interrumpió nuestro intercambio amoroso.

–Ana ha llegado –anunció Nina, en tono formal, una vez que regresó de su conversación con el recepcionista–. ¡Comienza la acción!

Capítulo 66

En la recepción continuaba el mismo tipo retorcido y casposo de la noche anterior. No dejó pasar la oportunidad de guiñarnos un ojo.

–¿Qué, ha sido una noche larga? –Un rubor tiñó las mejillas de Nina–. Ya lo creo que sí.

La tomé de la mano, igual que si fuera una valiosa posesión.

–Si no fuera porque estamos condenados a pasar desapercibidos, te juro que con este puño le borraba esa cara de estúpido –le susurré al oído.

–No seas niño, Álex. Solo trata de ser amable.

–Es un baboso. Y me está buscando desde ayer. Porque tenemos asuntos más importantes que resolver; de lo contrario, le arreglaría cuentas aquí mismo.

–No imaginaba que fueras tan machista.

–¡Y no lo soy! –protesté, mientras me percataba de que Nina estaba en lo cierto: mi comportamiento era más propio de un adolescente enardecido que de un adulto cabal.

Ana esperaba junto a las puertas de cristal. Era una mujer de apariencia ruda: alta, desgarrada. Llevaba un uniforme azul oscuro y el pelo recogido en una coleta que acentuaba los rasgos afilados de su rostro.

–Tendrás que explicarme de qué va todo esto –se dirigió a Nina, después de brindarle un breve saludo, rebotante de formalidad–. No sé en qué líos andáis metidos, pero os lo advierto: no me gusta que me utilicen, y mucho menos ser cómplice en ningún asunto turbio. –Nos lanzó una mirada reprobatoria que habría amedrentado a un oso.

–No hay nada oscuro en todo esto, Ana –mintió Nina, y pude ver que tragaba saliva–. Tienes mi palabra.

Por suerte Ana no parecía tan avispada como yo, y aquel detalle le pasó inadvertido.

–Está bien. –Claudicó, relajando por primera vez el gesto–. He traído lo que me pediste. –Se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta.

–¿Estás segura de que nadie te ha seguido? –la interrogué.

Ana enarcó las cejas. Desconfiaba de nuestras intenciones, y en su interior se libraba una batalla entre su sentido del deber y la fidelidad que le debía a Nina.

–Nadie. Salí del instituto a primera hora, con unos cuantos envíos para correos. Como cualquier día de la semana. ¿Quién sospecharía que venía a encontrarme con vosotros aquí?

Ciertamente, era una posibilidad remota.

–De cualquier modo, sería más recomendable hacer el intercambio arriba, para no levantar sospechas –sugerí, después de comprobar que desde la recepción éramos observados por un par de ojos curiosos.

Subimos a la habitación. Cerca de la puerta saludamos a las camareras de piso, que comenzaban su jornada preparando los cuartos para los nuevos clientes. Entraba una luz tenaz por la ventana. Los rayos de sol se afanaban inútilmente en borrar los restos de la intimidad que Nina y yo habíamos disfrutado hacía apenas unas horas. Experimenté una nostalgia deliciosa y las ganas de repetir superaron por unos momentos a la necesidad de dar por zanjado el asunto que nos ocupaba.

–Tanto misterio me saca de mis casillas –manifestó Ana, tras echar un vistazo alrededor–. Voy a darte esto y cerraré el pico para los restos. Pero lo haré solo porque confío en ti, Nina. –Le entregó el saco y se encogió de hombros–. Ahí lo tienes. No me digas lo que piensas hacer con él, porque prefiero mantenerme al margen.

–Te aseguro que no te arrepentirás. –Se apresuró a apaciguarla Nina–. Todavía no puedo explicarte de qué se trata, pero lo haré en cuanto hayamos solucionado las cosas. –Buscó mi mirada, y yo manifesté mi aprobación con un leve asentimiento de la cabeza.

En su despedida, Ana nos deseó suerte. Mientras contemplaba cómo se alejaba por el pasillo, con paso ligero y sin mirar atrás, comprendí que acababa de quitarse un enorme peso de encima. Era lógico, todo el que tenía acceso al enigmático saquito sentía la necesidad de mantenerlo lejos.

Permanecemos un buen rato apoyados en el marco de la puerta, uno junto al otro, absortos en nuestros pensamientos.

Hasta que una caricia de Nina me arrebató el último vestigio de cordura que me quedaba.

Capítulo 67

–Ha llegado el momento. –Inspiré profundamente. Después dejé que el aire me abandonara el cuerpo, y me pareció que junto a aquel aliento se escapaba también mi alma.

–¿A qué hora has citado a Marta?

–A las siete –respondí, al tiempo que apretaba a Nina entre mis brazos. Había regresado esa rigidez que adoptaba cada vez que el nombre de Marta salía a relucir–. No destaca por su puntualidad, pero tratándose de algo que le interesa tanto, no dudo de que llegará a la hora en punto.

–Puedo acompañarte, si lo deseas. –Escudriñó mis ojos, como queriendo descubrir en ellos un secreto que mis palabras no revelaran.

–Te lo agradezco, pero es algo que debo afrontar solo.

Se hizo un silencio, pesado como el aire en una mañana de niebla. Nina fue apartándose de mí con una suavidad que era, aunque tratase de disimularlo, forzada.

Comenzó a vestirse con movimientos lentos. Y yo me quedé observándola tal como un cazador furtivo acecharía a su presa. Parecía revestida de una pátina de tristeza.

–He organizado una reunión escalonada –le expliqué–. En primer lugar, debería llegar Marta. Necesito aclarar ciertas cosas con ella. Es un capítulo que he de cerrar. Podría ser que le estuviera jodiendo la vida, de modo que me gustaría darle la oportunidad de explicarse. –Sentí que era necesario justificarme.

Pero Nina se había metido en su concha, y no se dignó a levantar la vista.

–Lo comprendo –aseguró con tono indiferente, mientras embutía sus piernas dentro de los vaqueros.

–Después tiene que llegar Gaby. Le he puesto como condición que lo haga solo. Pero es un requerimiento absurdo, porque no se puede esperar de un rufián que afronte lo que sea en ausencia de sus secuaces. Está tan acostumbrado a que le resuelvan la papeleta que no será capaz de dar un paso sin que sus gorilas le cubran las espaldas.

Sentí que estaba en medio de un monólogo absurdo: Nina se había quedado muy lejos. Estaba pensativa, con el ceño terriblemente fruncido. Envuelta en una nube de suspicacia que la alejaba de mí por momentos.

–Solo espero que la policía cumpla con lo pactado. Que aparezcan a su debido momento y no vayan a estropear un plan prácticamente perfecto – continué, haciendo cuenta de que no había advertido su elocuente comportamiento.

Apoyé la cabeza en la mano y hundí la mirada en su cuerpo. Me apetecía lanzarme sobre ella, rescatarla de aquel pozo en el que parecía haber caído, arrullarla. Repetirle hasta el cansancio que todo iba a estar bien.

Pero no podía garantizarle que las cosas no se truncaran hasta el punto de crear entre los dos un abismo insuperable. Marta era experta en levantar ampollas. Gaby lo era en dirigir un nido de hampones donde la droga era el menor de los delitos que poblaban su lista. No cabía duda de que se atrevería a despachar a quienes estorbaran su camino.

–Tengo que resolver esto a mi manera. Me lo debo –declaré, en voz queda.

–Sí, ya me lo has dicho. Se trata de una cuestión personal –reconoció, dándole vueltas a un botón que había encontrado el ojal hacía tiempo.

Me incorporé, y di unos pasos hasta colocarme junto a ella.

–En cuanto todo haya acabado... –comencé a decir, luchando en vano por contener la emoción–. Cuando estemos fuera de peligro, te buscaré.

–Ya –farfulló, con la cabeza obstinadamente metida entre los cordones de sus botas.

Me sentí morir por dentro.

–Pase lo que pase, Nina, quiero que sepas que te quiero. –Levantó la mirada y quise más que cualquier otra cosa en la vida encontrar en el fondo un poso del sentimiento profundo al que acabábamos de dar vida.

Pero sus ojos castaños habían adquirido un matiz impenetrable.

Capítulo 68

Tenía el corazón apretado mientras esperaba a Marta en el muelle.

Cerré los ojos; me vino a la memoria la tarde en que me propuso aquel juego. Había confiado en ella, como tantas otras veces. Mi ceguera había sido la causante de que ella abusara de mi paciencia.

Recordé el frío que experimenté cuando mi cuerpo rozó el agua, y me estremecí. ¿Qué había en el interior de su alma? ¿Qué oscuros secretos escondía, por qué disfrutaba ejerciendo el mal sobre aquellos que solo aspiraban a amarla, a hacerle bien?

El ruido de sus zapatos sobre las losas de piedra me sacó de mi ensoñación. Supe que venía encaramada a uno de esos tacones imposibles que tantos dolores de cabeza proporcionan a las chicas prácticas.

Aquel familiar escalofrío recorrió mi columna vertebral, como si una serpiente cascabel la atravesara de parte a parte. Antes de volverla a ver me habría gustado recuperar mi equilibrio emocional. Me temía a mí mismo. En las últimas horas había padecido una revolución de sentimientos y necesitaba devanar la madeja enmarañada de mis pensamientos.

Pero el tiempo se agotaba sin darme la oportunidad de indagar dentro de mi alma.

–Hola, bebé. –Se acercó hasta abanicarme con sus largas pestañas, y comprendí que necesitaría una calma de hielo para no desbaratarme ante la caída de sus ojos de gata.

Me besó en los labios; respondí, pero maquinalmente, sin entusiasmo. En sus ojos se pintó el asombro para dar paso, en el acto, a ese abismo que tan a menudo los hacía insondables.

–Antes de que me entregues el paquete que te confié, quiero contarte una historia. –Ignoré el comentario que daba por hecho la devolución del saco y me dispuse a escuchar lo que tenía que decirme—. La historia de una chica. Alguien que supo amar. –Forzó una pausa y respiró largamente—. Era joven, e inocente. Conoció a un hombre y se volvió loca. Loca de atar. Lo tenía metido en la sangre. Respiraba por él, vivía por él. Cada paso lo daba con el

objetivo de acercársele más.

Abrí la boca para interrumpirla, pero levantó una mano.

–Espera –ordenó, y comprobé que su rostro se había llenado de amargor–. Pasó noches y días esperando a que él se le rindiera. Y el día que lo consiguió fue el más feliz de su vida. Puede parecer tópico, pero no había para ella nada más precioso que su amor. –Dejó vagar su mirada más allá del agua, donde el océano se fundía con el horizonte–. Por eso se desgarró por dentro la noche en que él la dejó. La hizo pedazos. Es cierto que habían tenido problemas, pero, ¿qué pareja no se tira los trastos a la cabeza de vez en cuando? –Su voz se había vuelto grave–. Técnicamente había dejado de quererla. Esa fue la razón que le dio. Pero ella sabía que había algo más. –Pareció volver en sí, porque el brillo de una emoción pintó sus pupilas de un fuego abrasador–. Se había enamorado de otra.

Se quedó en silencio durante unos segundos terribles, dándome la espalda mientras contemplaba la caída del atardecer. El sol se había vestido con un velo anaranjado y caminaba con paso firme hacia el lecho que le daría cobijo hasta el alba.

–Esa chica, la protagonista de la historia que me has contado, ¿eres tú?

Por respuesta derramó una lágrima que corrió a reunirse con la saliva que humedecía sus labios.

Me compadecí de ella; comprendí que había sido herida hasta lo más profundo de su alma. No se trataba de una llaga de amor: era su orgullo el que había sido golpeado sin remedio.

Un pellizco me encogió el corazón. El odio que había anidado en su interior era irreductible, pensé, invadido de una honda tristeza. Marta era digna de lástima, y merecía alguien capaz de salvarla. Un superhombre que la rescatara de los brazos del demonio que ella misma había convocado.

Ese héroe, sin embargo, no podría ser yo.

Por otra parte, en tanto no pusiera orden en su espíritu, Marta jamás encontraría la calma. Me acerqué hasta rodearla con mis brazos, y dejé que reposara su inquietud en el calor de mi caricia.

Capítulo 69

Mientras le acariciaba el rostro, me di cuenta de que no había sentido nada al verla. Ni siquiera ahora que la sujetaba entre mis brazos experimentaba una emoción distinta a la del amigo comprensivo que ofrece consuelo. Todo aquello por lo que estuve a punto de desbaratar mi vida, todo cuanto creí importante, se derrumbaba en aquel momento ante la certeza de que en ningún momento la había amado.

Solo se había tratado de un deslumbramiento pasajero: Marta no había dejado huellas, ni siquiera nostalgia.

-Tal vez estás siendo un poco injusta –sugerí–. Porque para enamorarse es necesario tener el corazón libre. Antes debe haberse producido un desgaste. Quizás lo que habíais construido juntos no era tan sólido, después de todo –apunté, escogiendo las palabras justas para no herir sus sentimientos.

La sentí agitarse entre mis manos.

–¿Estás seguro, poeta? ¿Y qué sabes tú del amor? –preguntó, despectiva, mientras se desasía de mi abrazo.

Me ofendió tanto la duda como el tono empleado.

–Sé que, para conocerlo, hace falta tener corazón.

Dejó escapar una carcajada. Grave, estentórea.

–Así que me acusas de fría. Marta, la chica sin corazón. Pobrecito, bebé, pusiste tus esperanzas en una mujer que no te merece.

Dominé mis nervios y hablé fríamente.

–¿Quieres saber lo que pienso? Te lo diré aunque no quieras oírlo. He sido un monigote a expensas de tus caprichos. Me comiste el alma a mordiscos. Presumes de independencia y, no obstante, no predicas con el ejemplo. La libertad que exiges para ti no es la misma que dejas a los demás.

–Pero has conseguido liberarte de mi yugo –aventuró.

–Sí, y te dejo. Creo que lo mejor será no volver a vernos.

Dio un respingo. Temí que hubiera decidido golpearme. Marta era una mujer temperamental, tenía reacciones impredecibles.

–Tú no puedes dejarme, porque nunca hemos estado juntos.

Me tomó de la mano, obligándome a tocarla. La dirigió a sus senos, y dibujó círculos alrededor de sus pezones erectos. Después la deslizó hacia abajo, hasta la línea en que la falda rozaba el comienzo de sus muslos. La introdujo por debajo de la prenda y la abandonó sobre su sexo, como si se tratase del brazo de una máquina teledirigida.

El calor que desprendía me quemó la piel y aparté mi mano, confuso. Una sonrisa maliciosa le mudó el rostro, y supe que lo nuestro era otra de esas historias a las que no podía ni quería ponerle fin. A pesar de que todo hubiera acabado mucho antes de empezar, Marta pretendía llevarlo mucho más lejos: pretendía chuparme la sangre, cual vampiresa a la caza del próximo infeliz a su servicio, apelando a lo único que nos había atado desde el comienzo.

Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para recuperar el control.

—No quiero que te alejes de mí, *baby*. —Ronroneó, y creí descubrir en el fondo de sus ojos un extraño fulgor—. Estoy muy sola. Nadie parece dispuesto a pasar más que un buen rato conmigo. Salvo tú. Tú decidiste quedarte, a pesar de todo.

—Eso es porque tu reputación te precede. Pero está en ti provocar el cambio. Ofréceles una imagen distinta. —La animé—. Vuelve a empezar.

—¿Ahora ejerces de consejero espiritual?—inquirió, sarcástica, y una mueca de desprecio se dibujó en su cara.

Había regresado la auténtica Marta: la ofensiva, la cruel. Y me alegré de haberme redimido, gracias al amor de Nina, a su capacidad infinita de perdonar.

—Te necesito —insistió—. Sé que no me he portado demasiado bien. Pero no digas que no te lo advertí. Montones de veces te hice ver que no le convengo a un chico decente como tú.

Me dije que el hecho de habérmelo advertido no la hacía menos culpable.

—No tengo perdón, lo sé. Pero es que así es como soy. Espontánea. Intensa. Una vez que no queda nada por descubrir se me acaba el amor. Me apago, me aburro. —Se encogió de hombros—. Por eso, antes de que ocurra, prefiero comportarme un poco mal.

Pensé que lo encantador del asunto es conocerlo todo de la persona que amas; que eso es, justamente, lo que te da la oportunidad de sorprenderla.

—Todo eso me deja frío —repliqué, más convencido que antes de que Marta no era la mejor opción para mí—. He sido un guiñapo en tus manos. Un vasallo rendido a tus encantos. Pero se acabó.

Capítulo 70

Sus ojos se habían quedado huecos, vacíos. Como dos recipientes de un líquido que se hubiese derramado sin solución de continuidad.

–Al menos, me devolverás lo que te encargué que cuidaras como a tu propia vida. –Al fin se quitaba la máscara. La Marta interesada y egoísta que yo conocía había resuelto ir al grano–. Es lo justo. Me pertenece. Además, me lo debes... por los buenos ratos.

–¡Qué cínica eres!

–¿Acaso no es cierto?

Iba a decirle que había creído que aquellas sesiones maratonianas de sexo que habíamos compartido nos habían proporcionado placer a ambos. Pero era inútil, porque su gesto afirmaba lo contrario.

–De cualquier forma, la dificultad de tu encarguito no compensaría ni el doble de lo que tuvimos –le aseguré.

Esbozó una sonrisa escéptica.

–Como quieras. Pero ya hemos prolongado esto demasiado tiempo. Acabemos de una vez: entrégame lo que es mío y démonos un beso de despedida.

El motor de un vehículo que acababa de llegar nos obligó a mirar atrás.

–¿Has quedado con alguien más?

No tuve tiempo de responder, porque Gaby descendía del coche en aquel momento. Lo flanqueaban Rocco y el pequeño Anderson, como una representación macabra del yin y el yang.

Marta dio un paso adelante. Tenía el semblante serio. Nunca la había visto tan concentrada.

–Pero mira a quién tenemos aquí –rompió el silencio Gaby–, la Gatita... ¡Qué alegría! Aunque mentiría si dijera que no esperaba encontrarte junto al Chico Ingenuo. Siempre lo llevas pegadito a tus faldas.

–Ya sabes lo que dicen por ahí, Gaby: los gatos acuden al olor del pescado, sobre todo cuando está podrido.

–No seas arisca, gata. –Le pasó la mano por el rostro, pero ella se la apartó

con una fuerte sacudida—. Hubo un tiempo en que el roce de mi piel te gustaba.

—Pero todo tiene su fecha de caducidad.

Gaby compuso una mueca socarrona.

—Ya vendrás a buscarme cuando tengas ganas de un poco de ese polvito que tanto te gusta.

—No cuentes con ello, gusano. —Le escupió Marta, y cruzó los brazos sobre el pecho, en actitud retadora.

—Hoy has venido muy beligerante, Gata. Y esas maneras no te van. Yo te prefiero melosa. Ese papel te queda de perlas. Embaucar a la gente es lo que mejor sabes hacer.

—¡Cállate, cerdo!

—No hay más que ver cómo has enredado a este incauto. Le has enseñado un poco la patita y mira qué cara de bobo se le ha quedado.

Me dieron ganas de partirle la cara, pero tuve que admitir que llevaba razón.

—A él déjalo fuera de esto. No tiene nada que ver —exigió Marta, al tiempo que me apartaba con el brazo.

—¿Y qué harás si no lo hago? ¿Golpearme? ¿Arañarme con la pezuña?

Sus secuaces le rieron la gracia y el gesto de Marta se endureció.

—Te lo advierto, Gaby. Álex se va o no hay trato. Es mi última palabra.

Aquel acto de generosidad me dejó estupefacto: Marta había tomado las riendas y parecía más decidida que nunca. Sus ojos centelleaban bajo el brillo de una emoción poderosa. Era una mujer nueva, más osada.

—¿Y qué te hace pensar que tienes voz y voto en este asunto? ¿Crees que he venido hasta aquí para negociar contigo? —preguntó Gaby.

—El hecho de que tengo algo que podría enviarte al trullo por una larga temporada.

Marta me lanzó una mirada de advertencia.

—Algo que me robaste con malas artes.

—Como quiera que sea, el caso es que ahora el paquete está en mis manos. Y vas a tener que pagar un alto precio para recuperarlo. —Resopló—. Para empezar, vas a dejar libre a Álex. Él no sabe nada de nuestros asuntos.

—Eso no es lo que tengo entendido. Él mismo me aseguró esta mañana que lo tenía en su poder.

—Porque yo le pedí que me lo guardara. Solo estaba haciéndome un favor.

–¡Qué considerado!

Me di cuenta de que me había convertido en un convidado de piedra y me sentí incómodo. Estaba en medio de un partido de tenis donde yo era la pelota que iba y venía de un lado a otro de la pista.

–No lo has entendido, Gaby. Vamos a hacer las cosas a mi manera. Si quieres recuperar tu tesoro, más vale que se te vayan bajando los humos. De otro modo, no cuentes con irte de rositas.

–Me temo que la que no lo ha pillado eres tú –concluyó Gaby, mientras sacaba una pistola del interior de su chaqueta y nos apuntaba con ella–. Este muñeco se queda. Tú lo metiste en nuestros asuntos. Una vez le di la oportunidad de ponerse a salvo, pero escogió asumir el riesgo. Ahora es demasiado tarde para él.

Capítulo 71

Sentí el frío del acero a pesar de la distancia: la amenaza pendía del aire como una bomba de relojería.

–Poneos ahí –ordenó Gaby, señalando hacia un rincón al borde del muelle–. Ahora vamos subir a uno de esos barquitos para disfrutar de un alegre paseo.

Me sacudió un temblor. Marta, en cambio, permaneció impertérrita.

–En alta mar se os soltará la lengua –continuó Gaby–; las aletas de los escualos tienen propiedades disuasorias.

–Vas a perder el tiempo –lo interrumpió la Gata–, puse el paquete donde jamás podrás encontrarlo. Si lo quieres, tendrás que escucharme. Voy a decirte lo que vamos a hacer.

Gaby soltó una carcajada y el eco de su risa resonó en el silencio que se produjo a continuación.

–Así que tú estás al mando –bramó, al tiempo que agitaba el arma.

Temí que se le escapara una bala. Estábamos en su línea de tiro, cualquier error podría ser letal.

–Porque sé lo que te conviene, créeme –lo desafió Marta.

–¡Tú no sabes nada! –gritó, y la agarró del brazo para conducirla hasta el embarcadero. Noté la mano de Rocco sobre mi espalda, obligándome a seguirlos–. Te has pasado de lista, Gata. No sé qué pretendías cuando te atreviste a birlarme cosas que son para mí tan importantes. ¿Pensabas pedir algo a cambio, amenazarme con denunciarme a la policía? –Esperó una respuesta de Marta, pero ella se limitaba a observarlo con desprecio–. Eres muy poca cosa para enfrentarte a un tipo como yo. Pasamos algunos buenos ratos, por qué negarlo. Pero no vales tanto, nena –agregó, en tono confidencial.

–Cada una de esas veces lo único que sentí fue asco –le espetó ella.

–Muy bien. Veremos si opinas lo mismo después de que pruebes un poco de lo que estos dos van a darte. –Señaló hacia los dos matones, que le dedicaron una sonrisa lasciva–. Cuando acaben contigo, preferirás convertirme

en pasto para los tiburones antes que seguir viva.

–Esta conversación resulta muy fructífera –respondió Marta sin inmutarse–, pero se me ocurren cientos de cosas más divertidas que charlar con una rata de dos patas. Eres soporífero en la cama, pero todavía aburres más cuando te pones metafísico. Si todo este rollo es para contarme que vamos a organizar una orgía en alta mar, te evitaré el gasto de saliva: para meterme miedo necesitas mucho más que dos matones de poca monta como estos.

Pensé que Marta traspasaba todas las barreras: más que alocada, era temeraria. Nadie le había inculcado la virtud del silencio y, por su causa, estábamos a punto de caer en el infierno los dos.

El rostro de Gaby cobraba por momentos un tono más rojizo: la furia había encendido sus mejillas. Busqué la mirada de Marta: deseaba mostrarle mi preocupación. Pero solo encontré unos ojos empañados por el rencor.

–Si algo me pasa, el paquete irá a parar a manos de la pasma –amenazó.

–Te estás marcando un farol –adivinó Gaby, pero una sombra de duda oscurecía su rostro.

–En estos momentos, hay una persona esperando mi regreso. Tiene instrucciones precisas. Si no estoy de vuelta en una hora, enviará el saco a la jefatura.

–Eres una zorra.

–Pero una zorra muy lista.

Me dije que era cierto: Marta parecía una experta en el arte de la negociación. Sabía mentir, aquello no era nuevo para mí. Pero nunca antes la había visto tan persuasiva: actuaba como una profesional, hablaba con seguridad. Mostraba entereza, se mantenía alerta. Aunque intuí que su nerviosismo se acrecentaba a medida que los minutos corrían. La vi mirar hacia la entrada del puerto repetidas veces, como si esperara la aparición de alguien: un salvador, un héroe al rescate o, quién sabe si, simplemente, un amigo.

–Puede ser que hayas pensado en todo –replicó Gaby, tras una pausa durante la que el tiempo pareció congelarse–, pero hay un pequeño detalle que no has tenido en cuenta –murmuró, antes de dirigir el arma hacia mí–, los hombres como yo tienen toda clase de recursos para hacer hablar a las chicas como tú. –Y descerrajó un disparo que me forzó a contraer los músculos.

En un instante sentí que la muerte me pasaba cerca. Mi familia, Nina,

muchos de los episodios acontecidos durante las últimas semanas se agolparon en mi mente. Una sucesión de imágenes vertiginosas que aumentaron mi ansiedad. Terror, angustia. El grito de Marta y el golpe sonoro de un cuerpo al caer sobre el asfalto.

Todavía pude oler la pólvora antes de atreverme a abrir los ojos: se me heló la sangre. Era como si la pesadilla que había tenido horas atrás se materializase ahora de una forma tétrica.

A mis pies yacía Marta. Frente a ella, un Gaby desconcertado luchaba por recuperar la calma perdida.

Capítulo 72

El gemido de las sirenas de varios coches de policía interrumpió la escena. Se agolpaban a la entrada del muelle, como una manada de perros de presa. Las ruedas chirriaron durante la frenada igual que lamentos de un niño. Era sobrecogedor y, aunque me obligué a recordarme que yo mismo los había citado allí, no pude experimentar alivio.

Aquel desenlace fatal me revolvió el estómago. Sentía náuseas: Marta no merecía aquel final, a pesar de todo. El hecho de que se hubiera interpuesto entre la bala y yo no dejaba de sorprenderme. Tal vez había creído que debía compensarme de alguna manera. O quizás había sido un acto reflejo. Sea como fuere, me había salvado la vida y lo había hecho a costa de la suya. Y aquello era algo que yo no olvidaría jamás.

Los agentes descendieron de sus vehículos y se ocultaron tras ellos.

–¡Suelten las armas! –se escuchó una voz a través del megáfono–, están siendo rodeados. No tienen escapatoria.

Gaby se había puesto pálido. Sus guardaespaldas lo miraban de hito en hito, esperando instrucciones.

–¡No se muevan! –gritó de nuevo la voz.

Esperé a ver qué ocurría. No me había atrevido a volver a poner la mirada sobre el cuerpo inerte de Marta, aunque no olvidaba ni por un instante que seguía ahí, inmóvil, comenzando a enfriarse. Una idea atravesó mi cerebro como una flecha envenenada: el recuerdo de ese mismo cuerpo encendido bajo el calor de la pasión compartida durante aquellas madrugadas confusas en que anhelaba tenerla solo para mí. Me estremecí, porque la rigidez que preveía se apoderaría de sus miembros en poco tiempo alejaba aquella imagen de perversión, nostalgia de turbios momentos en los que mi cordura fue puesta a prueba con severidad.

–¡Pongan las manos en alto y avancen hacia los coches! –ordenó el jefe de la policía–. No hagan ninguna tontería. Tenemos órdenes de disparar a matar.

Gaby levantó los brazos. Rocco y Anderson lo imitaron. Varios agentes abandonaron la retaguardia y adelantaron unos pasos, sin dejar de apuntarlos.

Con el sigilo propio de una serpiente Gaby comenzó a moverse. Lentamente, muy despacio. Y en apenas unos segundos había logrado ponerse a mi altura.

–Si no dejan que nos marchemos les juro que lo mato –chilló, mientras con un movimiento raudo me pasaba un brazo de acero alrededor del cuello.

–Lo único que va a conseguir es añadir delitos a su currículum. Déjelo ir y entréguese, señor Paredes.

Gaby bufó.

–¡No voy a ponérselo fácil, malditos polizontes! Venid a por mí si os atrevéis. Pero este niño bonito se muere porque se muere.

Se hizo un silencio de cementerio. La parca me andaba detrás desde hacía rato. Había salvado el pellejo por los pelos, pero si el destino se empeñaba, pronto acompañaría a Marta en su viaje hacia el otro lado.

La policía se había colocado frente a nosotros. No bajaban las armas, pero tampoco se atrevían a dar un paso en falso. Gaby, por su parte, titubeaba. La situación superaba sus previsiones: se movía con mucha más soltura dentro de su negocio; aquel era un campo ignoto para él.

Un hombre vestido de paisano caminó hacia nosotros.

–Suéltalo. –El negociador hablaba con suavidad, sosteniéndole la mirada a su oponente–. No tienes otra salida. Vayas donde vayas, te encontraremos.

Gaby apretó el brazo contra mi garganta y yo me sentí a punto de desfallecer.

–No tenéis nada contra mí.

–Quizás no ahora. Pero si insistes en desacatar nuestras órdenes te haremos pagar todas tus deudas una por una.

Noté que su cuerpo temblaba y el sudor que emanaba de su piel caló hasta la mía, dejando un rastro pestilente que me provocó arcadas.

–No voy a rendirme. ¡No lo haré! –se obstinó.

–Si haces lo que te digo, te irá bien. –El hombre avanzó con parsimonia hacia él. Iba desarmado, con las palmas de las manos hacia arriba en señal de sumisión.

Gaby experimentó una sacudida, y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para continuar respirando.

–Queréis engañarme, pero yo soy mucho más astuto que vosotros.

Trató de dar un paso, pero tropezamos con el cuerpo de Marta.

Todo sucedió demasiado deprisa como para recrearlo a posteriori: una mano envolvió el tobillo de Gaby y caímos al empedrado. Después, alguien

tiró de mí hasta apartarme del dueño de El Diablo Rojo mientras Gaby se quedaba solo y tirado en el suelo. En su rostro se había pintado el asombro.

Perseguí su mirada, y también yo me quedé estupefacto: no era una visión. No se trataba de ese oasis que el viajero sediento cree contemplar en medio del desierto.

Marta se había puesto en pie, y lo apuntaba directamente con una pistola.

Capítulo 73

–Los chalecos antibalas son un invento muy antiguo. Deberías saberlo, nene –silabeó esta última palabra y concluyó su frase con una de sus características carcajadas.

La miré de arriba abajo. De haber sido más perspicaz, me habría dado cuenta de que el disparo no había provocado herida alguna. No había sangre manchando su chaleco, tal como había ocurrido en mi sueño. No tenía siquiera un rasguño, aunque ella se llevó la mano al pecho en señal de protesta.

–Inspectora, ¿se encuentra usted bien?

Uno de los policías se había aproximado a Marta y la asía suavemente por el brazo, como si se tratase de una muñeca de porcelana o una niña desvalida. Pensé en lo paradójico del asunto.

–De puta madre –respondió ella, confirmando mi impresión sobre su invulnerabilidad–. Aunque el impacto duele. Tengo una molestia en el tórax, me cuesta tomar aire. ¡Maldito hijo de puta, te vas a pudrir en la cárcel! Me voy a ocupar personalmente –se dirigió a Gaby.

–La madre que la parió... ¡un jodido madero! –exclamó él, y celebró su descubrimiento lanzando un escupitajo colosal.

–Si llegas a rozarme con esa mierda te corto los cojones, Gabriel Paredes. ¡Llévenselo antes de que lo muela a palos! ¡Y limpien toda esta mierda! –ordenó a sus subalternos mientras apuntaba con un dedo hacia el resto de los delincuentes.

–Quedan ustedes detenidos. Gabriel Paredes Ordóñez, se le imputan los siguientes delitos: tenencia ilícita de armas, tráfico de estupefacientes, agresión...

Contemplé cómo les ponían las esposas y se los llevaban. Sin oponer resistencia. Caminaron hacia los coches y fueron introducidos en el interior sin contemplaciones. Luego las sirenas se fueron acallando a medida que los vehículos se alejaban.

–Bien –se dirigió hacia mí La Gata–. ¿Y ahora? ¿Vas a devolverme lo que

te di, o piensas seguir haciéndote de rogar?

Rebusqué en el bolsillo de la chaqueta.

—Aquí lo tienes —balbucí, porque apenas me salía la voz. A la sorpresa de comprobar que Marta seguía con vida se sumaba ahora el descubrimiento de su nueva personalidad.

Contempló el paquete con satisfacción.

—Tantos dolores de cabeza... —murmuró, mientras desliaba la parte superior. Parecía estar regañando a un niño travieso, en lugar de afanarse en descubrir el contenido. La vi extraer unos documentos. Me pareció que los contaba—. Están todos.

—¿Me habéis hecho pasarlas canutas por un fajo de papeles? —pregunté, indignado.

—Estos no son unos papeles cualquiera. Son documentos que comprometen a Gaby y a sus socios. Pruebas de que su negocio es una tapadera para otros fines ilícitos. Sus operaciones, los últimos movimientos registrados, sus proveedores... Si los hubieses perdido habrías abortado una operación de casi dos años en la que hemos trabajado un buen número de efectivos, noche y día.

Hasta el tono de su voz había cambiado, adoptando el aire profesional de la detective que era. Con todo, no me pasó desapercibido el reproche. Marta era una borde, se vistiera de policía, travestí o de blanca paloma.

—¡Vaya! Lamento haber estado a punto de pifiarla. De haber sabido que era tan importante para ti, habría puesto más interés en ponerlo a salvo. En vez de casi perder el pellejo, me habría dejado matar por el paquete de las narices. O podría haber tratado de meterme yo mismo en aquel nido de víboras para reunirte pruebas —le reproché—. Quién sabe... puede que haya una la próxima vez. Al fin y al cabo, junto a ti he desarrollado mañas de superhéroe, “bebé”.

—No te pongas melodramático, chaval. Nadie te había dado vela en este entierro, pero tú te empeñaste en seguirme. Si te has visto envuelto en algo que te escuece, piensa mejor dónde te metes la próxima vez que te empeñes en hacer de galán.

Comenzó a girarse, pero la retuve.

—No puedes irte así. Me debes una explicación.

Sonrió.

—Pídemelo por favor.

Respiré hondo: era vital conocer algunos detalles; de lo contrario, jamás

lograría alejar ciertos fantasmas.

–Por favor, Marta. Una última concesión.

–El deseo de un condenado a muerte –apuntó, con una mueca pícaro–. Y, después, “Si te he visto, no me acuerdo”.

–Es un trato. –Le tendí la mano.

Me la estrechó con tanta fuerza que la sentí crujir bajo sus dedos.

–Y, después, *Goodbye forever, baby* –canturreó.

Capítulo 74

–Fue todo una mascarada: aquellos hombres, los que irrumpieron en mi camerino la última noche que nos vimos en El Diablo Rojo, eran policías, compañeros de trabajo. Pretendíamos alejar toda sospecha de mí, fingiendo un rapto. Queríamos hacerles creer que se trataba de un ajuste de cuentas por un asunto de drogas. Pero Gaby es muy listo –se encogió de hombros–, no se lo tragó.

–Yo, en cambio, estaba fuera de la trama, y con el famoso paquete encima. ¿Cómo es que no me buscaste antes? ¿Por qué desaparecer durante tanto tiempo?

–Temíamos que te siguieran la pista. No podíamos arriesgarnos.

–Vuestros métodos no resultan muy ortodoxos. Delegar una responsabilidad tan grande en un mero empleado de oficina no me parece serio, la verdad. Además, ¿con qué autoridad exponéis a un simple civil a la ira de una banda de peligrosos delincuentes?

–Durante todo el tiempo te tuvimos vigilado por si era preciso intervenir. Incluso aquella noche en que me buscaste en el bar teníamos efectivos dentro. Luego está Jenny, que funciona como enlace. Ella trabaja como informadora desde hace años y nos ponía al tanto.

Me llevé las manos a la cabeza: Jenny también andaba metida... y yo había estado siendo observado por quién sabe cuántos pares de ojos durante días.

Recordé lo que había hecho en las últimas horas: el hotel, Nina... Quién sabe si también ella se encontraba bajo vigilancia. Tratados como conejillos de indias. Nos habían puesto en el blanco de un grupo de traficantes, exponiéndonos a sufrir las consecuencias de sus métodos infames, y se habían quedado tan anchos. Con solo pensarlo me sacudió la rabia.

–Tus abusos no tienen límite, inspectora.

–Teníamos a los de antivicios encima. Paredes lleva más de una década operando en la zona y nos daba muchos quebraderos de cabeza. Necesitábamos echarle el guante.

–A cualquier precio –apostillé.

–Detuvimos a un par de desgraciados, amigos y colaboradores de él. Estábamos a esto de empapelarlo durante una buena tanda de años –juntó los dedos–, pero los miserables no soltaban prenda. Es un tipo muy respetado y temido.

–Pero yo te vi esnifando coca y no me pareció que te disgustara.

–A veces hay que traspasar ciertas barreras para alcanzar el objetivo. Es un mal menor cuando se trata de ganar.

Me di cuenta de que para ella todo era un juego: su profesión, y hasta su propia vida. Y no pude evitar preguntarme ante qué clase de persona me encontraba. ¿Podría uno sentirse seguro poniéndose en manos de Marta? No es que pusiera en duda su vocación de servicio, pero consumir estupefacientes, practicar sexo con delincuentes confesos, ¿no era mucho más de lo que debería entenderse por males necesarios?

–No puedes culparme por llevar a cabo mi trabajo –añadió, adivinando mi mala predisposición–. Soy policía, tengo un deber que cumplir. Precisamente para que la gente como tú duerma tranquila cada noche. En cambio, tú no tienes excusa. –Me miró con una dura expresión en los ojos–. Me has tendido una trampa. Habías decidido entregarme. ¿Te parece que eso está bien?

–También yo tengo un deber que cumplir –me apresuré a justificarme– para con el resto de la sociedad.

Dejó escapar una carcajada.

–Quitándoles de en medio a una bruja como yo. Mandándola a la cárcel, porque eso es lo que pretendías, ¿no? Pensabas que estaba involucrada en asuntos de drogas y que merecía el castigo que habías decidido infligirme. Por otra parte, como no te había dado lo que tú querías, con tu plan obtendrías una dulce venganza a todas mis ofensas, ¿no es así?

Me ruboricé. Tal vez tuviera razón, aunque solo en parte.

–Por lo menos yo tenía un buen motivo para la mayoría de mis fechorías –proclamó.

–Entonces, todos esos cambios, aquella ocasión en la que me pediste que te sacara de comisaría... los trabajos esporádicos, la forma de actuar y de vivir, ¿era todo una fachada? –aventuré, esperanzado, porque sentía la necesidad de devolver a Marta al pedestal donde una vez la tuve subida. Se lo debía a mi ego.

–Son gajes del oficio. Inherentes a una profesión de riesgo como la mía. Si he de infiltrarme en una familia de cocodrilos, seré la primera en lanzarme al

río. Nunca digo no a un reto –se explicó. Y justo cuando comenzaba a recuperar el aliento, volvió a robármelo—. Pero, si lo que quieres saber es si me divierto con ello, la respuesta es un rotundo e indiscutible sí.

Pasó por alto mi decepción y se apresuró a hundir el dedo en la llaga.

–No te engañes, bebé. Aunque estoy con los buenos en esta película, sigo siendo una chica mala.

Me regaló un gesto travieso. Durante unos instantes estudié su rostro, para concluir que resultaba imposible determinar dónde quedaba la línea de separación entre la persona y el personaje, entre la mujer y la policía. Marta era una chica desconcertante. ¿Habían sido todas sus actitudes producto de una farsa, una pose para acomodarse al papel de investigadora que le había sido asignado? Estaba seguro de que no. Ella era tal cual: policía o delincuente, su afición por la aventura y lo poco común eran rasgos inherentes a su persona.

Como si mis pensamientos hubieran trascendido el ámbito de lo privado Marta esbozó una sonrisa significativa. Luego encendió un cigarrillo y dejó escapar una humareda que me golpeó en la cara.

–Te felicito. Has sido un valiente, manteniendo la serenidad en los momentos difíciles –me tendió una mano que yo rechacé.

No se alteró su gesto: su cara parecía tallada en piedra; si había contrariedad, asombro o desconcierto en su interior resultaba imposible colegirlo indagando en su mirada hermética.

Pensé que el mérito que me atribuía no me pertenecía en exclusiva: debía compartir los honores con Nina, y así lo haría una vez que aquello concluyera.

–Te he salvado la vida. No espero que me lo agradezcas, pero al menos podrías ser amable. –Compuso una mueca pícaro—. Algo disfruté de los ratos contigo.

–Perdona si no te digo lo mismo –le espeté, deseoso de clavarle una estaca en medio del corazón.

Sonrió.

–Yo también me alegro de haberte conocido.

Se dio la vuelta y echó a andar, dándonos la espalda al mar y a mí. Contemplé cómo se alejaba, rodeada de una nube de humo y llevándose consigo el olor de su perfume inimitable.

Dejó sobre el acerado el eco melancólico y sombrío de sus pasos. Era el

adiós definitivo.

Capítulo 75

El último coche policial desapareció, arrastrando consigo un rastro de humo y confusión. Con él se alejaban los últimos rescoldos de las emociones vividas aquella tarde, y yo me quedaba plantado en el puerto, justo en el mismo lugar donde Marta y yo estuvimos aquella vez. Era como volver, de alguna manera, al punto de partida. Que acababa de convertirse en punto y final.

Me apetecía sentarme en el muelle a esperar la llegada de la noche. En soledad, con la única compañía de mis propios pensamientos. Necesitaba contemplar el modo en que se encendían las farolas y las sombras caían sobre el empedrado dibujando formas insospechadas. Rodearme de esa calma que solo los lugares de mar atesoran, aspirar un poco del aire puro que arrastraba el océano en su ir y venir pausado. Experimentaba una profunda agitación que contrastaba con la tranquilidad natural del océano. En las últimas veinticuatro horas había acumulado más emociones que en una docena de años: la huida, la persecución, hacer el amor con Nina. La detención de Gaby y sus hombres. La charla con Marta, nuestra despedida...

Marta tenía un efecto devastador sobre mi equilibrio. Alteraba mi biorritmo y me sacudía de una forma brutal. Al enfrentar la resolución del asunto había contado con cualquier contingencia, exceptuándola a ella. Marta era un terremoto: adoraba el desorden, la agitación del espíritu. Mientras que yo prefería la paz, la rutina, la armonía. Me había costado llegar a aquella conclusión, pero tenía más claro que nunca que éramos dos polos opuestos. Y, aunque exista una creencia generalizada sobre la atracción de los polos opuestos, yo me inclino a pensar que esta es solo aplicable en el campo de la magnética. Marta era nociva para mí, destructiva. Y, en comparación con Nina, perdía aún muchos más puntos. Se acentuaban sus defectos, esos detalles que me repelían.

Porque Nina era tan diferente a Marta como lo era yo mismo. Eran las dos caras de una moneda: la luz frente a la oscuridad, la paz contra el desasosiego. Marta era la sexualidad; Nina, la sensualidad. Marta resultaba

obvia: todo cuanto tenía estaba a la vista. Mientras que Nina dejaba traslucir solo una ínfima parte de lo que estaba dispuesta a ofrecer. Una era la amante experimentada; la otra, la feminidad apenas iniciada en el arte del amor. Nina se mostraba ávida por descubrir, en tanto que a Marta no le interesaba más que demostrarse a sí misma lo poderosa que podía llegar a ser. Se complacía en aumentar su lista de admiradores mientras se procuraba un placer unilateral. Todas sus energías se concentraban en perpetuar una fama no por merecida menos deleznable. Era, en definitiva, fría, interesada y egoísta. Frente a la dulzura de Nina, frente a su capacidad infinita de entrega, aparecía como una bruja despiadada entrenada para comerse el corazón de sus víctimas.

Eran, por definición, la noche y el día.

Había hecho muchas cosas por amor a Marta y, al final, ese amor había resultado un espejismo. Con todo, a ella le debía el hallazgo del auténtico amor. De mi amor por Nina. Marta me había empujado a reconocer un sentimiento que hacía tiempo había anidado en mi alma pero que me había negado hasta la saciedad. Sin pretenderlo, había alejado esos fantasmas que me impedían saltar la barrera que yo mismo establecía entre Nina y yo: el miedo a querer, el miedo a sentir, todo había quedado atrás. Cualquier prejuicio era susceptible de ser superado ante el amor que Nina reservaba para mí.

Ya no recelaba de perder a la amiga, porque estaba seguro de que la tendría siempre, más allá de lo que pudiera acontecer. No estábamos condenados a entendernos. No más que antes. Libremente habíamos decidido aunar el amor físico con el espiritual, y con idéntica libertad podríamos deshacer aquel pacto si las circunstancias cambiaran. Por el momento, y en tanto mi corazón brincara ante la sola mención de su nombre, me quedaría con ella. Junto a ella.

La brisa trajo hasta mí el perfume de las caracolas. El muelle había jugado un importante papel en el triángulo en que se había convertido nuestra historia. Poco a poco el amargor de los recuerdos que los momentos vividos cerca de Marta en ese mismo lugar me traían fue sustituido por el dulce gusto de los besos que también allí había intercambiado con Nina. Besos mágicos, con sabor a cacahuete.

Me puse en pie despacio, con aquella tranquilidad que había adquirido por ensalmo desde que me inclinara en favor de mi amiga. Había llegado el

tiempo de dejar atrás el pasado y entregarse a la tarea de saborear las mieles de un futuro halagüeño.

En el horizonte vislumbraba el brillo de unos ojos tiernos, profundos. Aquella mirada abismática, vacía, en ocasiones hiriente, quedaría para siempre en mi memoria. Como la llama de uno de esos fuegos devastadores que te obligan a correr hacia otro lado. Hacia ese destino, justo hasta el lugar donde la caricia de una mirada castaña la habría de sustituir en adelante.

Capítulo 76

Era noche cerrada cuando llegué al apartamento de Nina. Miré hacia el cielo por enésima vez: ni luna ni estrellas. Aquella era una noche huérfana de todo. Una noche vacía, susceptible de ser colmada con amor.

En el puerto me había sometido a un reciclaje forzoso, una especie de limpieza interior. Me había reconciliado conmigo mismo, pasando revista a cada una de las emociones que vibraban dentro de mí. Las había deslizado por el filtro de la objetividad hasta quedarme tan hueco como la noche. Después, había alcanzado la mejor de las conclusiones: estaba física y psíquicamente preparado para empezar de nuevo, para sentir con la intensidad de un niño.

Enseguida me había dado cuenta de que necesitaba compartirlo con Nina. Comunicarle que todo había salido bien, tranquilizarla. Pero, sobre todo, decirle que no quería marcharme nunca más.

Nina abrió la puerta con una expresión interrogativa en los ojos.

–Debería castigarte –le anuncié, tras envolverla en el abrazo más largo de la historia–. Te advertí que no debías regresar a tu apartamento hasta que yo te avisara de que estabas fuera de peligro.

–Lo sé, pero estuve esperando durante horas. Me pareció que había pasado un siglo. No sabía qué podía haberte ocurrido. ¡Deberías haberme llamado! – protestó.

Le aparté el pelo de la cara y dejé caer un beso sobre su frente.

–La cuestión es que el plan se complicó un poco de forma inesperada.

Frunció el ceño.

–¿Cuánto significa un poco?

–No quieras saberlo.

Se arrojó de nuevo a mis brazos.

–Álex, si te hubiera pasado algo, yo... –La acallé con una ristra de besos.

–Soy un tipo con suerte. Salgo bien parado de las situaciones más adversas.

–Eso es porque has caído de pie. Pero no siempre vas a tener los hados a tu

favor.

–Sería una pena, ahora que le estoy cogiendo el gusto a la acción.

–¡Álex! –me reprendió–. No me digas que piensas ganarte la vida ejerciendo de James Bond.

Sonreí.

–No, en realidad. Porque siempre he sido más de Superagente 86.

Fingió que me daba una bofetada.

–No te vas a escapar sin contarme los detalles. Es lo menos que puedes hacer para compensar las horas de intranquilidad que he pasado.

–Es que se me ocurren cosas mejores en las que entretener el tiempo. – Ensayé una mirada seductora.

–Eres un tunante.

–Un tunante con suerte –comencé a desabotonarle la blusa y la sentí estremecerse bajo el contacto de mis dedos.

–Temí que no regresaras –me susurró al oído–. No habría podido soportarlo.

Introduje mis manos bajo la tela y abrí el corchete del sujetador, que cedió hasta dejar expuesta la piel de seda de su espalda. Nina liberó un suspiro.

–Tuve celos –reconoció– de esa mujer. De que lograra una parte de ti a la que yo quizás jamás tendría acceso.

Empujé la blusa para que se deslizara, dejando uno de sus hombros al descubierto. Acto seguido apoyé mis labios sobre la piel desnuda y un perfume discreto como ella misma me envolvió.

–Yo estaba enamorada de ti. Pero tú no veías más que a la amiga.

–En eso te equivocas –la contradije, y la miré directamente a los ojos. Eran brillantes, del color de la miel, y en ellos se podían leer con claridad infinidad de emociones. Sentí que algo tan intenso como la luz del sol crecía en mi interior amenazando con desbordarse–. Siempre te quise.

Compuso una mueca de incredulidad.

–Ella fue un capricho, pero a ti te he deseado más que a nadie en el mundo. Sin ti me volví loco, Nina –murmuré, y noté que mi corazón se aceleraba al poner la verdad al descubierto.

Se estiró perezosamente.

–¿Cuánto de loco?

–Loco de atar.

No me importaba reconocerlo: era cierto. Nina era apasionada, capaz de

despertar el amor más desesperado. Y la complicidad que había entre nosotros aumentaba el deseo de tocarla, de estar con ella.

–Quédate esta noche. –Ronroneó, mientras me rozaba con una mano que prometía momentos de antología.

–¿Hasta el amanecer? –sugerí, sabedor de lo que un sí implicaría para los dos.

Me dirigió una mirada burlona antes de contestar.

–Probemos con cien días –bromeó, haciendo alusión a aquella conversación que mantuvimos tiempo atrás–. Renovables otros cien.

–Cien días me van a saber a poco –opuse, ganándome una sonrisa de deleite–. Ya me parece que vamos tarde.

–¿Preferirías un hasta siempre? –sugirió, coqueta.

–Hasta siempre se queda corto cuando lo que está sobre la mesa es tu compañía.

–Te estás volviendo ñoño, Alex –me reprochó, divertida.

–¿No te gusta descubrir mi parte más tierna?

–Me fascina, más cuando yo misma me revelo como el origen de tamaño descubrimiento.

Me obsequió con un beso y yo me aferré a sus labios como un parásito a su anfitrión.

–Hagamos un pacto –ofreció, una vez que consiguió zafarse del nudo que mis brazos ejercían en torno a su cuerpo–. Estemos juntos durante mucho, mucho tiempo. Hasta que nos arruguemos como uvas pasas.

Me agarró de la mano, obligándome a seguirla hasta el dormitorio. Pero me detuve a medio camino.

–Todavía no me has contestado. –Sus ojos, bañados por una pasión incontenible, se tiñeron momentáneamente de confusión–. No me has dicho si puedo quedarme contigo hasta el amanecer.

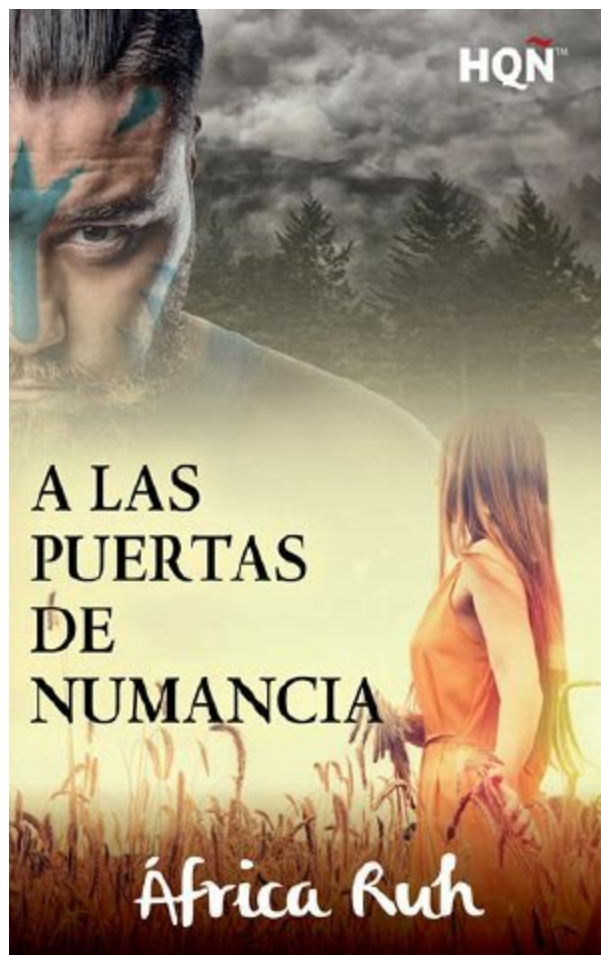
Guardó silencio durante unos segundos, los suficientes para generar una tensión que amenazaba con poner a prueba mi equilibrio.

–Puedes –concedió al fin.

Dejé escapar una risotada, entre nerviosa y satisfecha.

–No me habría ido aunque no me hubieras invitado –le aseguré, antes de volverla a besar.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com